

PINGÜINO



misterio

JOHN DICKSON CARR

***NIDO DE
BRUJAS***

y crimen



Lectulandia

“Los Starberth mueren con el cuello quebrado”, era la curiosa leyenda que circulaba en Lincolnshire, donde la prisión de Chatterham, abandonada durante cien años, guardó sus secretos de muerte y terror desde los días en que las hechiceras eran colgadas en el “Nido de Brujas”. Scotland Yard interviene cuando Martín Starberth es asesinado. Alrededor de su muerte se tejen mil enigmas. ¿Cuál era el secreto de la caja de hierro? ¿Por qué adelantaban diez minutos los relojes de la residencia de los Starberth? ¿Dónde estaba la bicicleta verde y su guía espectral? Estos y muchos otros problemas son resueltos, no por Scotland Yard, sino por el genial profesor, el viejo doctor Fell.

Lectulandia

John Dickson Carr

Nido de brujas

Gideon Fell - 1

ePub r1.0

Titivillus 25.12.2017

Título original: *Hag's Nook*
John Dickson Carr, 1933
Traducción: Valerio Ferreyra

Editor digital: Titivillus
Retoque de portada: Preigad
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

25¢

DELL
BOOK

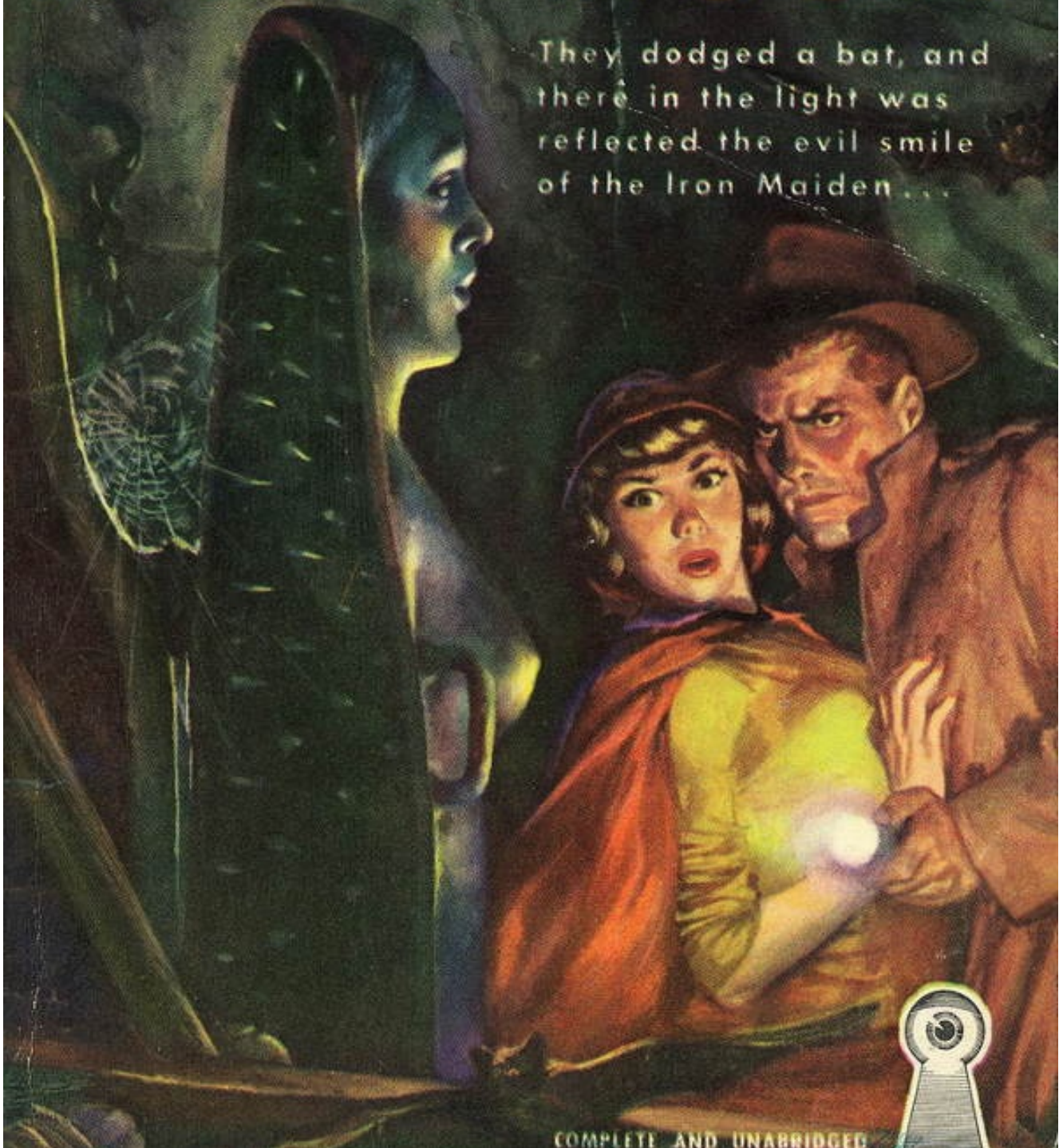
537

JOHN DICKSON CARR

A Gideon Fell Mystery

HAG'S NOOK

They dodged a bat, and
there in the light was
reflected the evil smile
of the Iron Maiden...

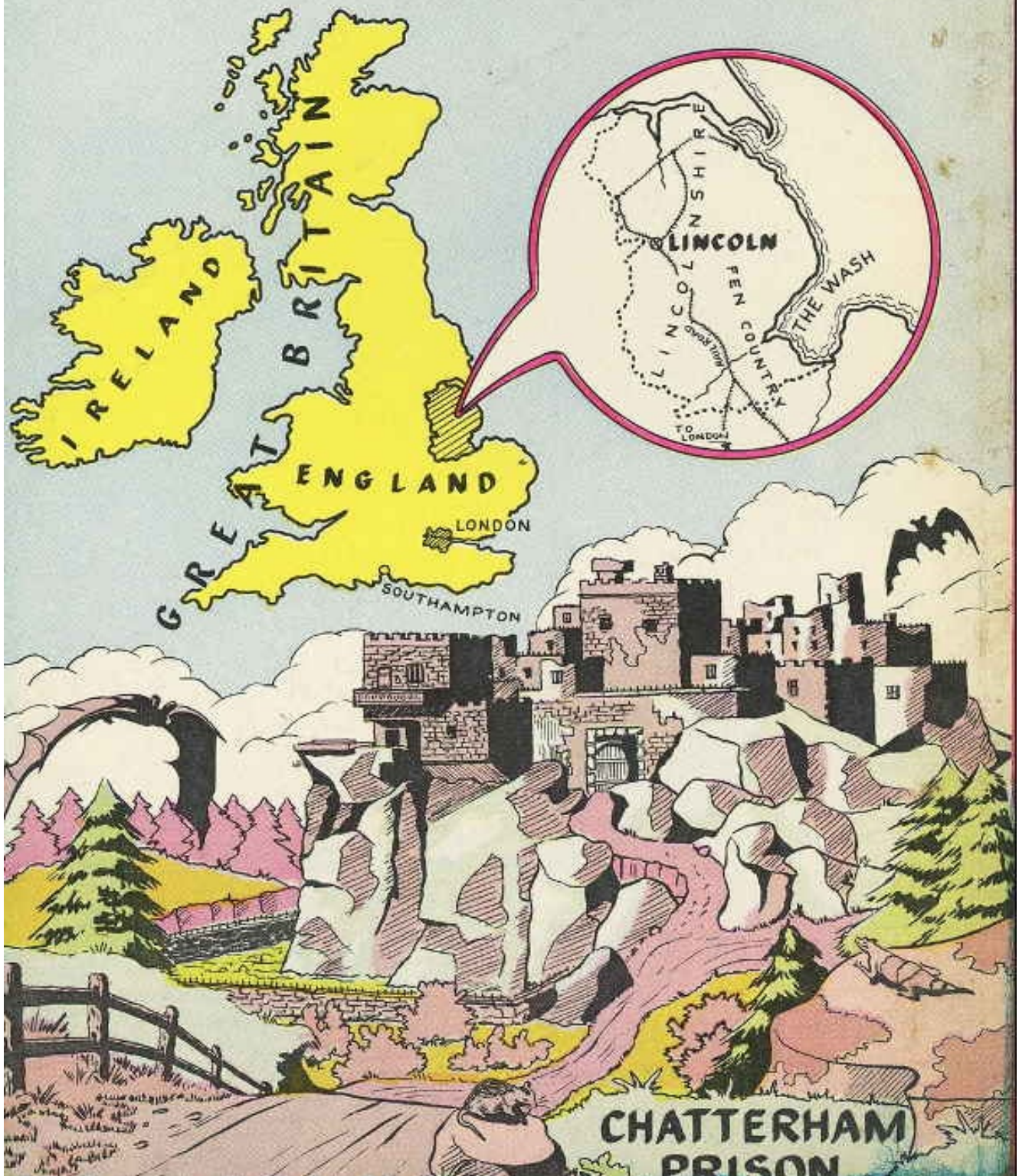


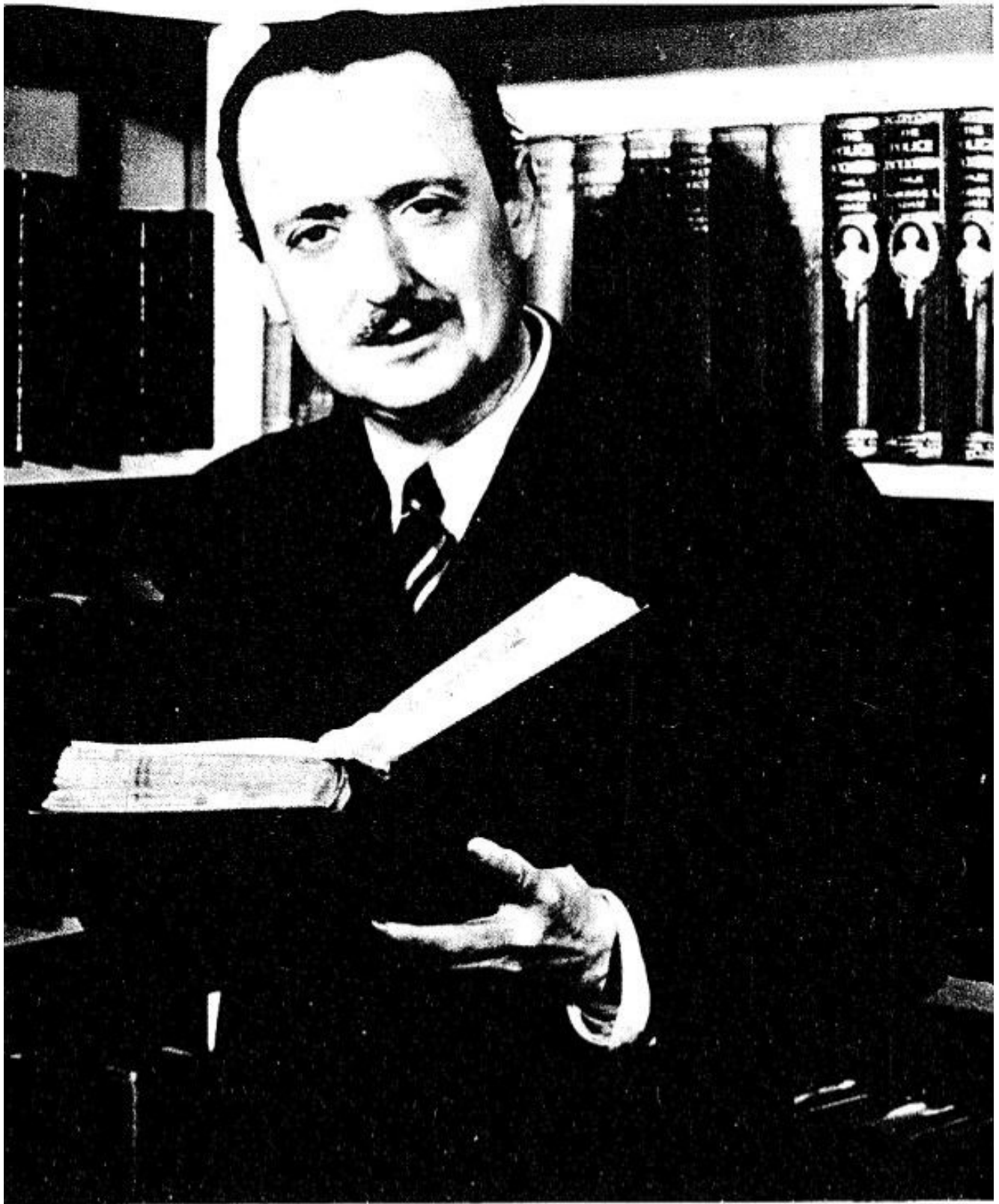
COMPLETE AND UNABRIDGED



Moss-covered, terror-haunted, brooding over century-old secrets of death, an abandoned prison becomes a killer's accomplice in murder.

A D E L L B O O K





John Dickson Carr
CARTER DICKSON

PRÓLOGO^[1]

CARTER DICKSON

Entre los escritores más destacados de la novelística policíaca se halla John Dickson Carr, que utilizó para sus novelas los seudónimos de Carter Dickson y de Carr Dickson.

Aunque se le cataloga como escritor inglés, la realidad es que nació en los Estados Unidos de América el año 1905.

Su ciudad natal fue Uniontown, del Estado de Pennsylvania.

Sus padres fueron Waoda Nicholas Carr y Julia Carr, el primero de los cuales ocupó durante mucho tiempo el cargo de administrador de Correos de Uniontown y temporalmente, de 1913 a 1915, fué miembro del Congreso de los Estados Unidos.

A los ocho años, John Dickson Carr fué llevado a Washington. Mientras su padre «tronaba en el Congreso», el pequeño John, en pie sobre una mesa de la antecámara, recitaba el monólogo de Hamlet a algunos caballeros, entre los cuales se encontraban Thomas Heflin, Pat Harrison y Claude Kitchin.

Sentado sobre las rodillas de «tío Joe», Cannon escuchó relatos de fantasmas.

Sherlock Holmes, D'Artagnan y el Mago de Oz fueron los héroes de su juventud, a los que dedicaba todas las horas que podía.

A los catorce años empezó a escribir en un periódico cuyo hombre se desconoce. Escribía Sobre deporte, haciendo también la crónica de los Tribunales de justicia.

Tan desconocidos como el nombre del periódico en que hiciera sus primeras armas como escritor son los colegios en que estuvo, a excepción de la High School, que, según confesión propia, estaba orgulloso de él porque fué el único instituto en que aprendió sin cansarse.

Pudo haber estudiado la carrera de leyes en la Universidad de Pennsylvania, pero su dificultad con los libros frustró los designios de la familia, y se hizo periodista.

Otro de los grandes tropiezos de su carrera escolar fueron las matemáticas.

En 1920 fué al extranjero, viajando y viviendo en Inglaterra y en el continente europeo. Por esa época escribió una novela histórica, que no tuvo ningún éxito.

En 1930 escribió It walks by Night. Tenía entonces veinticinco años, y fué una obra que atrajo poderosamente la atención de los lectores.

Según el Daily News Standard, de Uniontown, de fecha 31 de agosto de 1939, John Dickson Carr visitó su ciudad natal en compañía de su esposa, oriunda de Bristol, Inglaterra. Como su hija Julia era aún muy pequeña, la dejaron en Bristol

con su abuela materna.

John Dickson Carr escribió la mayor parte de sus treinta libros de misterio en la década que pasó en Gran Bretaña, donde en 1936 fué honrado con la inclusión en el Detective Club.

Fueron sus padrinos en tal solemnidad Dorothy Sayers y Anthony Berkeley. Y hasta G. K. Chesterton le honró con su asistencia al acto.

Durante los ataques aéreos a Londres, de 1940 a 1941, fué varias veces bombardeado, perdiendo casa y fortuna; pero no se movió de la capital.

J. B. Priestley dijo que Carr tenía un sentido tal de lo macabro, que lo elevaba por encima de los escritores de relatos detectivescos. Otros han afirmado que sus novelas son verdaderas obras de arte por su estilo, sus argumentos y el dinamismo de su acción.

Los relatos que ha escrito para la radio han tenido un magnífico éxito.

Las primeras novelas que escribió tenían como fondo París, y su protagonista era Bencolin, de la Policía parisiense. Pero la popularidad del autor no llegó a su máximo hasta que creó al doctor Gideon Fell. Con el seudónimo de Carter Dickson inventó su sir Henry Merrivale, más conocido como «H. M.» o «El Anciano».

La técnica de Carter Dickson es muy semejante a la de Ellery Queen. Su fuerte ha sido y es los problemas criminales mezclados con lo sobrenatural. La maravillosa forma de explicar sus problemas representa, tal vez, la causa de sus éxitos.

John Dickson Carr es un hombre moreno, con bigote, fumador de pipa, cuyos escasos cabellos le dan aspecto de hombre más viejo de lo que es en realidad.

SALVADOR BORDOY LUQUE

Capítulo I

El estudio del viejo filólogo corría a lo largo de su pequeña casa. Era una habitación de techo de vigas, ubicada unos pies bajo el nivel de la puerta; las ventanas con celosías, en la parte posterior, recibían sombra de un tejado, a través del cual se filtraba ahora el sol de la tarde que moría.

Hay algo de irreal en la belleza profunda y soñolienta de la campaña inglesa, en la oscura hierba rica de savia, los siempreverdes, la aguja de la iglesia gris y la carretera blanca y serpenteante. Esto es particularmente agradable para un norteamericano que recuerda las activas rutas de concreto de su país, interrumpidas por las rojas estaciones de servicio y llenas del vaho del tránsito. Uno piensa que es un lugar donde verdaderamente se podría andar por el medio del camino sin parecer extravagante. Tad Rampole observaba el sol a través de las celosías, y las moras color rojo mate que brillaban en el tejado, con un sentimiento que solamente en las Islas Británicas puede apoderarse del viajero. Se siente que la tierra es antigua y encantada; que poseen realidad todas las imágenes fugaces que evoca la palabra “alegría”. Pues Francia cambia como la moda y no parece más antigua que el sombrero de la última temporada. En Alemania hasta las leyendas recuerdan un flamante y ruidoso mecanismo de relojería, como un muñeco mecánico de Nuremberg. Pero esta tierra inglesa resulta (de un modo incomprensible) más vieja aún que sus torres de barbas de hiedra. El son de las campanas parece venir, en el crepúsculo, del fondo de los siglos; hay una gran paz por la que se deslizan los espíritus y que Robin Hood no ha abandonado todavía.

Tad Rampole miró a su anfitrión, frente a él. Llenando con su volumen un vasto sillón de cuero, el doctor Gedeón Fell ponía tabaco en su pipa y parecía reflexionar alegremente sobre algo que éste acababa de decirle. El doctor Fell no era ciertamente demasiado viejo, pero formaba, sin duda, parte de esa habitación. Ésta (pensaba el visitante) parecía una ilustración de las obras de Dickens. Se extendía, vasta y oscura, bajo las vigas de roble, entre cuyos espacios se veía el yeso ennegrecido por el humo; había ventanas de brillantes cristales por encima de las monumentales estanterías de roble, y se sentía que en esta habitación, los libros eran amigos. Olía a cuero polvoriento y papeles antiguos como si todos esos majestuosos libros viejos hubiesen colgado sus sombreros de copa alta, con intención de quedarse.

El doctor Fell respiró con fatiga, sólo por el esfuerzo de llenar su pipa. Era sumamente corpulento, y casi siempre se apoyaba en dos bastones para caminar. Contra la luz que venía de las ventanas del frente, la masa de su cabello oscuro salpicada de gris, se agitaba como estandarte guerrero. Lo acompañó en su vida, inmensa y agresiva, siempre desordenada. Tenía el rostro ancho, redondo y rubicundo, y una sonrisa vivaz por encima de una doble papada. Pero lo que más llamaba la atención era el chispear de sus ojos. Llevaba cristales con ancha cinta negra, y cuando miraba por encima de ellos inclinando hacia adelante su gran cabeza,

los ojillos despedían chispas; podía ser fieramente combativo o reír entre dientes con astucia, y de algún modo lograba ambas cosas al mismo tiempo.

“Tiene que visitar a Fell”, había dicho a Rampole el profesor Melson. “En primer lugar porque es mi amigo más antiguo, y luego porque es una de las grandes instituciones de Inglaterra. Nadie que yo haya conocido, posee tanta información oscura, fascinante y sin utilidad. Lo abrumará de comida y *whisky* hasta que su cabeza dé vueltas; y hablará y hablará interminablemente, sobre cualquier tema, pero en especial, sobre los deportes y las glorias de la vieja Inglaterra. Gusta de la música de banda, el melodrama, la cerveza y las comedias de palos; es un muchacho viejo y usted lo va a querer”.

Esto era innegable. Había calor cordial, *naïveté*^[2] y absoluta falta de afectación en su anfitrión, lo que hizo que Rampole se sintiese como en su casa cinco minutos después de encontrarse con él. Aun antes de esto, tuvo que admitir el norteamericano. Ya antes que Rampole se embarcara, el profesor Melson había escrito a Gedeón Fell... y recibido una respuesta casi indescifrable, ornada con pequeños dibujos cómicos, que terminaba con unos versos relativos a la prohibición. Después había ocurrido el encuentro casual en el tren, antes de que Rampole llegara a Chatterham. Chatterham en Lincolnshire está a unas ciento veinte y tantas millas de Londres y sólo a muy poca distancia de la ciudad misma de Lincoln. Cuando Rampole tomó el tren al oscurecer se había sentido bastante deprimido. Esta gran Londres de color sombrío, con su humo y muchedumbre de peatones, era muy solitaria. Se sentía la soledad al vagar por la estación llena de hollín, de arena y de la férrea tos de las máquinas, y oscurecida por el río de apresurados pasajeros que cambiaban de tren. Las salas de espera eran deslucidas y los pasajeros echando a prisa un trago antes de partir, en el bar que olía a humedad, parecían más deslucidos todavía. Cansados y con las vestimentas arrugadas se veían bajo las luces opacas tan poco interesantes como ellas mismas.

Tad Rampole acababa de salir del colegio, por lo que estaba desesperadamente temeroso de parecer provinciano. Había viajado mucho por Europa, pero bajo una cuidadosa vigilancia paternal sobre un plan preestablecido, y sólo había mirado cuando se lo indicaron. Así su vida se había limitado a espiar las cosas que se ven en las postales con leyendas. Solo, se sentía desorientado, deprimido y más bien resentido. Se horrorizó al darse cuenta de que había estado comparando esta estación desfavorablemente con respecto a la Gran Central... grave falta según los Mejores Autores Americanos.

—¡Oh, bueno, al diablo!

Se sonrió mientras compraba una novela de misterio y caminaba hacia su tren. Siempre le daba un trabajo terrible manejar dinero; parecía formado por una incomprensible variedad de monedas, todas de medidas desproporcionadas. Hacer la cuenta exacta era como unir las piezas de un rompecabezas; no se podía realizar de prisa. Y como cualquier demora le resultaba propia de un torpe o de un avariento,

pagaba con un billete por la menor compra y dejaba hacer la cuenta al vendedor. El resultado fué que iba tan cargado de cambio que sonaba ruidosamente a cada paso que daba.

Fué entonces cuando atropelló a una muchacha vestida de gris.

Literalmente, la atropelló. La causa fué su incomodidad por hacer tanto ruido como una caja registradora andante. Para evitarlo metió las manos en los bolsillos manteniéndolas derechas, caminando con un movimiento de cangrejo, tan absorto en ello que no veía dónde iba. Chocó contra alguien ruidosamente; oyó el sobresaltado cortarse de una respiración, y un “¡Oh!” bajo su hombro.

Sus bolsillos derramaron lo que contenían. Sintió como una distante lluvia de monedas que tintineaban sobre la plataforma de madera. Rojo por la turbación, se encontró aferrando dos brazos pequeños y mirando un rostro. Si hubiera podido decir algo, habría sido: ¡Gug! Se recobró y observó el rostro. La luz del coche de primera junto al que estaban descendía sobre una carita de cejas burlescamente levantadas. Era como si ella lo mirara desde lejos, con aire travieso pero con una contracción amistosa en los labios. Tenía el sombrero puesto al descuido como con humorismo audaz, sobre una cabellera muy negra y brillante; y sus ojos eran de un azul tan oscuro que parecían negros también. El cuello de su grueso abrigo gris estaba levantado, pero no ocultaba la expresión de sus labios.

La muchacha vaciló un instante. Luego habló, con risa que se insinuaba bajo la voz:

—¡Vaya! Usted es rico... ¿Tendría inconveniente en soltarme los brazos?

Rampole retrocedió de prisa, con la aguda sensación de las monedas caídas.

—¡Dios mío! ¡Lo siento! Soy un bárbaro; yo... ¿Se le cayó algo?

—Mi cartera, creo, y un libro.

Él se inclinó para recogerlos. Aún después, cuando el tren corría a través de la oscuridad perfumada de una noche discretamente fresca, no podía recordar cómo habían empezado a conversar. Un sombrío andén, sucio por el hollín y retumbando con el rodar de las vagonetas de equipajes, no debió haber sido el lugar: sin embargo, fuera como fuese, le parecía perfectamente bien. Lo que hablaron no fué nada brillante. Más bien lo contrario. Sencillamente, estaban allí, decían palabras y la cabeza de Rampole comenzó a cantar.

Descubrió que el libro que acababa de comprar y el que había hecho caer de las manos de ella, eran del mismo autor. Como éste era Edgar Wallace, la coincidencia no tenía nada de asombroso para un tercero, pero Rampole le dió mucha importancia.

Se dió cuenta de que estaba tratando ansiosamente de mantener este tema. Sentía que de un instante a otro la muchacha se iría. Había oído decir cuán inaccesibles y distantes eran las inglesas; se preguntaba si ella no sería cortés y nada más. Pero había algo... posiblemente, en los ojos azul oscuro levantados sonrientemente hacia él, de carácter diferente. Estaba recostada contra el vagón con tanta desenvoltura como un hombre, con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo gris; una

figurita desafiante con una sonrisa llena de hoyuelos. De pronto se dió cuenta de que ella estaba tan solitaria como él. Rampole dijo que iba a Chatterham y le preguntó por su equipaje. Ella se enderezó. Hubo una sombra indefinida. La voz ligeramente gutural, de acento cortado y fugaz, se hizo vacilante; la muchacha habló quedamente:

—Mi hermano tiene las valijas —otra vacilación—. Él... perderá el tren, creo... Ahí suena la sirena. Usted debería subir.

Aquella sirena cuyo pitido atravesaba tenuemente el andén, resultaba apenas perceptible. Parecía que desgarraban alguna cosa. Una máquina como de juguete comenzó a resoplar y tartamudear. Las luces del gran andén cubierto, lleno de estrépitos, pestañeaban.

—Mire —dijo él en voz muy alta—. Si usted va a tomar otro tren...

—¡Mejor que se *apresure*!

Entonces Rampole se volvió tan incongruente como la sirena. Gritó de prisa:

—¡Al diablo con el tren! Puedo tomar otro. La verdad es que no tengo que ir a ningún lado. Yo...

Ella debió levantar la voz. Rampole tuvo la impresión de una sonrisa alegre, triunfante y satisfecha.

—¡Tonto! Yo también voy a Chatterham. Probablemente lo veré allí. ¡Suba!

—¿Está segura?

—¡Claro!

—Bueno, está bien entonces. Usted ve...

Ella señaló hacia el tren y Rampole alcanzó a tomarlo cuando ya arrancaba. Estiraba el cuello desde la ventana de un pasillo tratando de verla cuando oyó que la voz gutural le gritaba algo que le llegó claramente. Lo que decía era algo extraordinario.

—Si ve espíritus, me los guarda.

¡Cáspita! Rampole miró fijamente las líneas oscuras de vagones vacíos que dejaba velozmente atrás y las turbias luces de la estación que parecían estremecerse con la vibración del tren, y trató de comprender la última frase. Las palabras, exactamente hablando no eran desconcertantes, pero eran algo... indefiniblemente raro. ¿No habría sido todo una broma? ¿Era esta la versión inglesa de lo innecesario, la frambuesa o uno de esos términos similares, pintorescos y delicados? Por un momento sintió calor en el cuello. Pero no, ¡demonio! Uno podía refrescarse. Un guarda que iba por el pasillo en ese momento, vió a alguien, evidentemente un Joven Caballero Americano, sacando la cabeza fuera de la ventana, hacia la oscuridad, entre un huracán de humo, respirando con delicia, como quien inhala profundamente el aire de montaña.

La, sensación de depresión se había desvanecido. En este tren pequeño y oscilante, casi sin pasajeros, se sentía como en una lancha de carrera. Y ahora Londres no era poderosa y enorme, ni el campo lugar de soledad. Había bebido un vino fuerte en una tierra extraña y de pronto se sentía cerca de alguien.

¿El equipaje? Sintió un escalofrío hasta que recordó que un changador se lo había acomodado en algún compartimiento por ahí. Eso no lo preocupaba. Bajo sus pies sentía vibrar el piso; el tren brincaba y rodaba con estrépito metálico y el prolongado pitido del silbato pareció lanzarse sobre el tren cuando éste aceleró. Por este camino y así comenzaba la aventura. “Si ve espíritus, me los guarda”. Una voz ronca, que sin saberse cómo hacía pensar en una persona en puntas de pie, rodaba por la plataforma...

Si hubiese sido americana le podría haber preguntado su nombre. Si hubiese sido americana... pero de pronto se dió cuenta de que no quería que lo fuera. Los ojos azules bien separados, la cara sólo apenas algo cuadrada para ser una belleza completa, la boca roja llena de hoyuelos al sonreír; todo era a un tiempo exótico y no obstante limpiamente anglosajón como la solidez de los ladrillos de Whitehall. Le gustaba su manera de pronunciar las palabras como burlándose. Parecía fresca y limpia como una persona que anda por el campo.

Volviéndose de la ventana, apenas pudo Rampole contenerse y no subir al tope de una de las puertas del compartimiento. Lo hubiese hecho a no ser por la presencia de un hombre muy tieso y sombrío con una gran pipa, que dirigía una mirada vidriosa hacia afuera desde una ventana próxima, con la punta de su gorra de viaje echada sobre una oreja a modo de boina. Representaba tan perfectamente un inglés de caricatura que Rampole no se hubiese admirado de oírle exclamar: ¿qué, qué, qué, qué?, y verle marchar resoplando y pisando fuerte, si tal actividad atlética estuviese permitida allí.

El americano recordaría esta persona muy pronto. Mas por el momento lo único que sabía era que se sentía gozoso, con apetito y sed. Recordó que adelante de su coche había un comedor. Una vez localizado su equipaje en un compartimiento de fumar, marchó a tientas a través de angostos pasillos en busca de alimento. El tren atravesaba ahora los suburbios, con gran estrépito, crujiendo, oscilando, acelerando bajo el silbido penetrante de su sirena, y dejando atrás hileras de paredes iluminadas.

Rampole vió con sorpresa que el coche-comedor estaba casi lleno, algo sofocante. Olía fuertemente a cerveza y a aceite de ensalada. Deslizándose en el asiento frente a otro pasajero que cenaba, pensó que había algo más de migas y de manchas de las necesarias y se maldijo otra vez por su provincialismo. La mesa se estremecía con las oscilaciones del tren, los reflejos de las luces saltaban sobre los níqueles y maderas lustradas, y observó al pasajero que ingería hábilmente un gran vaso de Guinness^[3] bajo el bigote correspondiente. Luego de un buen rato bajó el vaso y habló.

—Buenas noches —dijo amistosamente—. Usted es el joven Rampole, ¿no?

Si el desconocido hubiese agregado “Veo que llega del Afganistán”, no se hubiese quedado más asombrado Rampole. Una amplia risa entre dientes animó la doble papada del otro hombre. Tenía un modo de reír alegremente entre dientes, “¡je, je, je!”, exactamente igual a un villano de teatro burlesco. Sus ojos pequeños chispearon

sobre el americano por encima de los cristales con ancha cinta negra. Su rostro grande se encendió más; su gran masa de cabello se agitó al compás de su risa, del oscilar del tren o de ambos; y alargó su mano.

—Yo soy Gedeón Fell, ¿sabe? Bob Melson me escribió sobre usted, y me di cuenta de que usted era la persona, en cuanto entró en el coche. Tenemos que tomar una botella de vino celebrándolo. Dos botellas, una para usted y otra para mí, ¿sabe? ¡Je, je, je! ¡Mozo!

Fell se repantigó en su asiento como un barón feudal haciendo una seña imperiosa.

—Mi esposa —continuó luego de ordenar una cena pantagruélica—, mi esposa no me hubiera perdonado nunca que no lo encontrara a usted. Anda estos días preocupada con el yeso que se está desprendiendo en el mejor dormitorio y la nueva regadora giratoria que nunca anduvo hasta que vino de visita el párroco y lo bañó como si estuviera bajo la ducha. ¡Je, je! Beba. No sé qué vino es, y no pregunto nunca; es vino y basta para mí.

—Buen provecho, señor.

—Gracias, muchacho. Permítame beber —dijo el doctor Fell al parecer con algún vago recuerdo de su estadía en Norte América—. *Nunc bibendum est*. Ajá... Así que usted es el mejor estudiante de Melson, ¿eh? Historia inglesa, creo que me dijo. ¿Piensa obtener el doctorado y enseñar después?

Rampole se sintió de repente muy joven y tonto, a pesar de la mirada afectuosa del doctor. Murmuró algunas palabras vagas.

—Eso está muy bien —dijo Fell—. Bob lo elogió a usted, pero dijo: “Pone un tanto de imaginación”. Así dijo. ¡Bah! Déles la gloria, digo yo. Déles la gloria. Ahora bien, cuando yo dictaba cátedra en vuestra Haverford, tal vez no aprendieron mucho de historia inglesa, pero aplaudían, muchacho, aplaudían cuando yo describía batallas. Me acuerdo —continuó el doctor con su ancho rostro resplandeciendo como una alegre puesta de sol, y respirando profundamente—, me acuerdo que les enseñaba la Canción del Banquete, de los hombres de Godofredo de Bouillon, cuando la primera cruzada, en 1187, dirigiendo el coro yo mismo. Entonces todos rompieron a cantar marcando el compás en el piso, y un profesor neurasténico de matemáticas vino pataleando y agarrándose la cabeza entre las manos —como si dijéramos— y exclamó (demasiado cortés el muchacho) si tendríamos a bien dejar de derribar los pizarrones de las paredes de la sala de abajo. “Es una indecencia” —decía y rezongaba entre dientes—, “¡es una gran indecencia!”. “Nada de eso” —le contesté yo—. “Es el *Laus Vini Exercitus Crucis*”. “¡Es la...! —me respondió él—. “¿Cree que no reconozco *No volveremos hasta la mañana*, cuando lo oigo?”. Y entonces tuve que explicar la clásica derivación... ¡Hola, Payne! —tronó el doctor interrumpiéndose para agitar su servilleta hacia el pasillo.

Dándose vuelta, Rampole vió al hombre tétrico y tieso, con la pipa, que había observado antes en el pasillo del tren. Se había quitado la gorra y mostraba un cráneo

con cabello duro y blanco casi rapado, un largo rostro moreno y daba la impresión de estar por, desmoronarse ahí mismo en el pasillo si no se dejaba caer en el primer asiento. Gruñó algo, no muy cortésmente, y se detuvo junto a la mesa.

—Señor Payne, le presento al señor Rampole —dijo el doctor Fell. Los ojos de Payne se volvieron al norteamericano; y el blanco de sus ojos despidió extraños destellos; tenían uña expresión desconfiada—. El señor Payne es el asesor legal de Chatterham —explicó el doctor Fell—. Dígame Payne, ¿dónde están sus honorarios? Yo quisiera que el joven Starberth tomara un vaso de vino con nosotros.

Payne se tocó el mentón con su mano delgada. Su voz era seca, con un ronquido y dificultad previos, como si se diese cuerda.

—No llegaron —respondió lacónicamente el abogado.

—Hum... Ajá. ¿No llegaron?

Rampole pensó que el movimiento del tren descoyuntaría los huesos de Payne. Pestañeó y continuó frotándose el mentón.

—No creo —dijo el abogado de pronto, señalando la botella de vino—, que ya ha tenido demasiado de esto. Tal vez el señor... este... Rampole nos pueda decir algo más. Yo sabía que no le gustaba su horita en el “Nido de Brujas” pero apenas me imaginé que alguna superstición de las prisiones lo mantuviera alejado. Claro que hay tiempo.

Rampole pensó que éste era el galimatías más desconcertante que había oído nunca. Su horita en el “Nido de Brujas”. “Supersticiones de las prisiones”. Y aquí, estaba este hombre descoyuntado, moreno, con arrugas profundas alrededor de su nariz, girando sus ojos y fijando en Rampole la misma mirada vidriosa, azul pálido, que le había dirigido en la ventana del pasillo, poco antes. El americano comenzaba a sentirse acalorado con el vino. ¿Qué demonios era todo esto, en fin?

—¿Cómo... cómo dijo? —pregunto, apartando su vaso.

Payne volvió a carraspear.

—Tal vez me equivoque, señor. Pero creo que lo vi conversando con la hermana del señor Starberth, un instante antes de que partiera el tren. Pensé que acaso...

—Con la hermana del señor Starberth, sí —dijo el americano, comenzando a sentir una palpitación en la garganta. Trató de aparentar serenidad—. No conozco al señor Starberth.

—Ah —dijo Payne, y su garganta hizo un ruidito metálico—. Bien, bien, pues...

Rampole sentía los pequeños e inteligentes ojos del doctor Fell, observando alegres a través de los anteojos. Miraba detenidamente a Payne.

—Creo, Payne —expuso el doctor—, que a él no le atemoriza conocer a alguien que será ahorcado.

—No —respondió el abogado—. Discúlpeme caballero, debo irme a almorzar.

Capítulo II

Más tarde Rampole recordó con frecuencia aquel viaje como si hubiese estado sumergido en lo profundo del campo, como si hubiese volado hacia parajes fríos y misteriosos a medida que pasaban las luces de las ciudades con las horas y el silbato de la máquina que sonaba más tenuemente contra un cielo cada vez más desierto. El doctor Fell no había vuelto a acordarse de Payne, sino para descartar el tema con un bufido.

—No le dé importancia —dijo resollando despectivo—. Es de los que discuten bagatelas. Y, lo peor de todo, es matemático. ¡Puf! Matemático —repitió el doctor Fell mirando ferozmente la ensalada como si esperara hallar un teorema de binomios asomando en la lechuga—. No debería hablar.

El viejo filólogo ni siquiera manifestó sorpresa de que Rampole fuera amigo de la hermana del desconocido Starberth, cosa que agradeció el americano. Estaba recostado, agradablemente embotado por el vino, escuchando a su anfitrión. Aunque no entendía nada de mezclas de bebidas, no dejó de sentir cierto pavor al ver el modo como el doctor Fell tomaba vino encima de la cerveza y luego continuaba con ambos hasta el final de la comida. Pero hizo frente animosamente a cada vaso.

—En cuanto a esta bebida, señor —dictaminó el doctor Fell, y su fuerte voz atronó el coche—, en cuanto a esta bebida, atienda lo que dice el *Alvissmal*^[4]: “Llamada *ale*^[5] entre los hombres, pero entre los dioses *cerveza*”. Con el rostro encendido, la corbata llena de cenizas de cigarros, se revolvía en su asiento, reía y hablaba. Sólo cuando los mozos comenzaron a dar vueltas alrededor de la mesa y a toser discretamente, se persuadió de que era tiempo de levantarse.

Gruñendo, apoyando su enorme cuerpo sobre dos bastones, alejose seguido de Rampole.

Y ahora se habían ubicado uno frente a otro en el rincón del coche desierto Fantasmagórico bajo las turbias luces, el ambiente parecía más, sombrío que el paisaje exterior. El doctor Fell, encogido en su oscuro rincón parecía un gran duende destacándose contra la tapicería de un rojo apagado y las vagas figuras encima de los asientos. Había quedado silencioso; también él sentía esa cualidad irreal. Un viento frío del norte, había refrescado la noche y se veía la luna. Más allá del rápido ruido metálico de las ruedas, parecía que las colinas, estaban fatigadas, obesas y viejas; y los árboles se perfilaban como fúnebres ramilletes.

Entonces Rampole habló por fin. No pudo callar. Una parada en la estación de un pueblo los sacudió. Había ahora un absoluto silencio salvo el largo suspiro expirante de la máquina...

—¿Tendría inconveniente, señor, en explicarme, lo que el señor Payne quería decir con todo eso de «una hora en, el “Nido de Brujas”» y... lo demás que dijo?

Pareció que el doctor Fell, saliendo de su ensimismamiento, se sobresaltaba. Se

inclinó hacia adelante y sus cristales reflejaron la luna. En el silencio oíase a la máquina jadeando ásperamente y un zumbar tenso de insectos. Algo entrecrocó y se estremeció a lo largo del tren. Una linterna se balanceó haciendo señas.

—¿Eh? ¿Cómo? ¡Buen Dios, muchacho! Creí que conocía a Dorotea Starberth. No quise preguntar...

Al parecer era la hermana. Convenía ser prudente.

—Me encontré con ella precisamente hoy. Apenas la conozco —dijo Rampole.

—Entonces, ¿usted no oyó hablar nunca de la prisión de Chatterham?

—No.

El doctor hizo chasquear la lengua.

—Usted logró sacar algo a Payne, entonces. Supuse que era algún amigo antiguo... Chatterham no es prisión ahora, ¿sabe? No ha sido usada desde 1837 y se está cayendo en ruinas.

Se oyó el estrépito de una vagoneta de equipajes. Hubo un breve resplandor en la oscuridad y Rampole alcanzó a ver en un instante una curiosa expresión en el ancho rostro del doctor.

—¿Sabe usted por qué fué abandonada? —preguntó—. Fué el cólera, por supuesto; el cólera... y algo más. Pero se dice que este algo era peor.

Rampole sacó un cigarrillo y lo encendió. No pudo analizar lo que sentía en ese momento, si bien era algo agudo y molesto; pensó más tarde que era como si algo anduviese mal en sus pulmones. En la oscuridad hizo una profunda inspiración del aire fresca y húmedo. Y el doctor Fell continuó:

—Las cárceles, especialmente las de aquel tiempo, eran lugares diabólicos. Y ésta fué construida cerca del “Nido de Brujas”.

—¿“Nido de Brujas”?

—Era allí donde solían ahorcar a las brujas. Todos los criminales comunes eran ahorcados allí, por supuesto. Hum —el doctor Fell se compuso el pecho carraspeando largamente—. Digo “brujas” porque esto era lo que más impresionaba al pueblo. Usted sabe que Lincolnshire significa “país de bañados”. Los antiguos britanos le llamaban *Llyn-dune*, ciudad de los bañados; los romanos lo convirtieron en *Lindum-Colonia*. Chatterham está a cierta distancia de Lincoln; pero la verdad es que hoy día Lincoln es moderna. Nosotros no lo somos. Tenemos el suelo rico, los tembladerales y bañados, aves acuáticas y aire denso y suave... donde la gente ve cosas después de ponerse el sol. ¿Eh?

El tren volvía a rodar. Rampole hizo una risita. En el coche, aquel hombre obeso, glotón y alegre resultaba tan lleno de vida como un buey; mas ahora parecía deprimido y hasta un tanto siniestro.

—¿Ven cosas, señor? —repitió Rampole.

—Construyeron la prisión —prosiguió Fell—, en torno del cadalso... Dos generaciones de la familia Starberth fueron gobernadores allí. En su tierra les llaman alcaides. Es tradicional que los Starberth mueran con el cuello roto. Perspectiva nada

agradable.

Fell encendió un fósforo para su cigarro, y Rampole notó que sonreía.

—No quiero asustarlo con cuentos de fantasmas —agregó, luego de aspirar fatigosamente un rato su cigarro—; sólo quiero prevenirlo. No tenemos la despreocupación americana de ustedes. Está en el aire; toda la campaña está saturada de creencias. No se ría, pues, si le hablan de la Mujer de la Linterna, del duende de la catedral de Lincoln, o más particularmente, de algo referente a la cárcel.

Hubo un silencio. Luego habló Rampole:

—No es probable que ría. Siempre he deseado ver una casa embrujada. Naturalmente, no creo, pero no dejo de interesarme... ¿Cuál es el cuento referente a la cárcel?

—Otro tanto de imaginación —murmuró el doctor, contemplando la ceniza de su cigarro—. Eso es lo que dijo Bob Melson. Mañana sabrá el cuento con detalles. He guardado copias de los diarios. Pero el joven Martín tiene que pasar su hora en la Pieza del Gobernador, abrir la caja y mirar lo que hay dentro. ¿Sabe usted? Por casi doscientos años los Starberth han poseído la tierra donde se construyó la cárcel. Todavía la tienen; la ciudad no la adquirió, y la posee a título de mayorazgo, como dicen los que andan con la ley, el hijo mayor. No puede ser vendida. La víspera de su vigésimo quinto aniversario cada heredero de los Starberth tiene que ir a la prisión, abrir la caja en la Pieza del Gobernador y correr sus riesgos...

—¿Debido a qué, señor?

—No sé. Nadie sabe lo que hay adentro. No debe mencionarlo ni el heredero mismo hasta que las llaves sean entregadas a su hijo.

Rampole cambió de posición. Su imaginación vió una ruina gris, una puerta de hierro y un hombre llevando una lámpara que hacía girar una llave enmohecida. Exclamó:

—¡Dios mío! Suena a... —pero no halló palabras, y quedó sonriendo ambiguamente.

—Inglaterra es así. ¿Por qué?

—Nada, sino que si fuera en América, habría cronistas, tomas cinematográficas, y diez filas de espectadores alrededor de la cárcel para ver qué pasaba. —Se dió cuenta de que había estado indiscreto, cosa que ocurría siempre. El trato con estos ingleses era como estrechar la mano de un amigo que se cree conocer y de pronto la mano resulta ser un puñado de neblina. Había un lugar donde las ideas no coincidían y ninguna semejanza del lenguaje podía llenar el hueco. Notó que el doctor Fell lo escudriñaba, los ojos entrecerrados, desde detrás de los cristales; y sintió alivio cuando el viejo filólogo soltó la risa.

—Le dije que estamos en Inglaterra. Nadie lo importunará, pues esto está estrechamente vinculado a la creencia de que los Starberth mueren con el cuello roto.

—Bien señor, ¿pero por qué...?

—Ahí está la cosa —dijo el doctor Fell inclinándose hacia él—. En general

mueren así.

No se habló más del asunto. El vino de la cena parecía haber embotado el espíritu alegre del doctor, o acaso engolfado en meditaciones que se sospechaban sólo por el lento y constante ritmo con que la brasa de su cigarro se avivaba y oscurecía, en el sitio del doctor. Se echó sobre los hombros una raída manta de tela de cuadros. La gran cabellera oscilaba de atrás hacia adelante. Se le hubiera creído dormido, a no ser por el brillo que escapaba por debajo de sus párpados, la serenidad alegre, y astuta tras aquellos cristales con cinta negra.

Cuando llegaron a Chatterham el americano estaba saturado de sensaciones de irrealidad. Ahora, las rojas luces del tren descendían sobre las vías; un pitido tenue palpitó y se extinguió; el aire de la plataforma de la estación era frío. Un perro ladró a lo lejos al pasar el tren, seguido por un coro que se fué extinguiendo tristemente. Las pisadas sobre la arena producían un crujido que sobresaltaba, cuando Rampole salió de la plataforma siguiendo a su anfitrión.

Un camino blanco serpenteaba entre árboles, y terrenos llanos. Tierras pantanosas con neblina que se levantaba de ellas, y un brillo de aguas negras bajo la luna. Luego, setos vivos que olían a espino blanco; el verde pálido del trigo extendiéndose a través de campos ondulados, grillos que cantaban y la fragancia del rocío; sobre la hierba. Aquí estaba el doctor Fell, el sombrero gacho muy echado hacia adelante y la manta de cuadros sobre los hombros, caminando pesadamente apoyado en dos bastones. No tenía equipaje, dijo, porque había ido a Londres por el día solamente. Cargando una pesada valija, Rampole caminaba junto a él. Por un instante le sobresaltó una figura que iba delante de ellos, con un extraño abrigo y gorra de viaje. Sonaban sus pasos y las chispas de su pipa volaban hacia atrás. Entonces reconoció a Payne. Aunque pareciese que no podía dar un paso, avanzaba con rapidez. ¡Perro insociable! Le parecía oírlo rezongando para sí mientras marchaba. Pero no había mucho tiempo para pensar en Payne, aquí estaba *él*, presintiendo maravillosas aventuras bajo un gran cielo extranjero, en el que ni siquiera las estrellas le eran familiares. Se sentía muy pequeño y solo en esta Inglaterra inmemorial.

—Allá está la prisión —dijo el doctor Fell. Ambos estaban sobre una pequeña altura y se detuvieron. El terreno descendía y se alejaba hacia unos prados llanos cortados de setos. A alguna distancia, delante, Rampole vió, entre árboles, la aguja de la iglesia del pueblo; y las casas-granjas que dormían, con sus ventanas plateadas por la luna, en la rica fragancia nocturna del suelo. Cerca de ellos, a la izquierda, se alzaba un alto edificio de ladrillo rojo con marcos de ventana blancos, austero en su recortado parque, al fin de una avenida de robles (“La Residencia”, dijo el doctor Fell volviendo la cabeza). Pero el americano miraba fijamente la colina de la derecha. Inexplicable en el lugar, cruda y enorme como Stonehenge, las murallas de la prisión de Chatterham destacaban contra el cielo su masa informe.

Eran muy grandes, aunque a causa de la distorsión de la luz lunar, resultaban mayores aún. Y se “encorvaban” (Rampole pensó que ésa era la palabra) y en cierto

sitio parecía que se levantaban y se agachaban por sobre la cima de la colina. A través de las grietas de la mampostería, las viñas semejaban dedos contraídos contra la luna. El borde superior de las murallas estaba recorrido por una línea de agudas puntas, y se veían chimeneas medio desmoronadas. El lugar *parecía* húmedo y embadurnado de fango porque los lagartos lo frecuentaban; se veía que los bañados lo habían ido invadiendo y se habían estancado.

De pronto Rampole dijo:

—Siento como si chocasen insectos contra mi cara. ¿A usted le ocurre lo mismo?

Su voz le pareció anormalmente alta. Las ranas croaban por ahí, como enfermos irritables. El doctor Fell señaló con uno de sus bastones:

—¿Ve usted aquella (era muy singular que usara la misma palabra) aquella joroba allá arriba del lado donde está la franja de pinos? Está construida sobre un foso y es el Nido de Brujas. Antiguamente, cuando la horca estaba al borde de la colina, solían ofrecer un espectáculo a los curiosos, atando al cuello del condenado una cuerda larguísima y precipitándolo desde el borde con la galante opción de quedar con la cabeza arrancada. En aquel tiempo no existían mecanismos para dejar colgado en el aire al condenado, ¿sabe?

Rampole se estremeció, y en su mente se agolpó una multitud agitada de imágenes. Un día de calor, el campo lujurioso y cálido de un verde oscuro, las carreteras blancas que exhalaban vahos y en sus bordes las amapolas. Una muchedumbre rumorosa, con peinado de trenzas, y pantalón corto, el grupo de hombres con vestiduras sombrías que venían en el carro, que rechinaba subiendo la colina, y luego, alguien oscilando como un péndulo diabólico por encima del Nido de Brujas. Por primera vez le pareció a Rampole que el campo se llenaba de voces rumorosas. Cuando se volvió halló fijos en él los ojos del doctor.

—¿Qué hicieron luego de construir la cárcel?

—La conservaron. Pero pensaron que era muy fácil escapar así. De modo que hicieron como una excavación debajo del patíbulo. Si la soga se desataba y trataba de librarse saltando, iba a parar al foso, y... bueno, ahí lo dejaban. No habrá sido agradable morir ahí con esas cosas.

El doctor daba con los pies en el suelo y Rampole recogió su valija para continuar el camino. Le disgustaba conversar allí; las voces retumbaban con ruido anormal; y además uno tenía la molesta sensación de que lo escuchaban...

—Eso —dijo el doctor Fell, luego de dar fatigosamente unos pasos—, mató la cárcel.

—¿Cómo es eso?

—Cuando cortaban la soga, luego de haber ahorcado a una persona, la precipitaban sencillamente en el abismo. Una vez estalló el cólera.

Rampole sintió una opresión en el estómago, casi náuseas físicas. Notó que tenía calor a pesar del aire frío. Un murmullo sutil corrió por los árboles.

—Vivo cerca de aquí —prosiguió el doctor como si continuara el tema. Hasta

hablaba placentemente, como quien señala las bellezas de una ciudad—. Vivimos en las afueras de la aldea. Usted puede ver muy bien desde allí el lado de la cárcel donde estaba la horca, y también la ventana de la Pieza del Gobernador.

Media milla más allá dejaron la carretera y tomaron una pequeña calle. Allí había una vieja, encorvada y soñolienta casa, con yeso y vigas de roble arriba, y piedra cubierta de hiedra, por debajo. La luna lucía pálida sobre los paneles brillantes de las ventanas; los siempreverdes crecían junto a la puerta, y el prado estaba blanco de margaritas. Un pájaro nocturno gorjeó en sueños entre la hiedra.

—No despertaremos a mi mujer —dijo el doctor Fell—. Debe haber dejado una cena fría en la cocina, y bastante cerveza. Yo... ¿*Qué pasa?*

Se enderezó. Respiró con fuerza y dió un salto casi convulsivo, pues Rampole oyó el roce de un bastón en el césped húmedo. El americano miraba por encima de los prados hacia donde, a menos de un cuarto de milla, se alzaba un lado de la prisión, por encima de los pinos, en torno del Nido de Brujas.

Rampole sintió un calor húmedo que le recorría el cuerpo, como lleno de espinitas.

—Nada —dijo en alta voz. Y comenzó a hablar con determinación—. Mire, señor, no quiero molestarlo. Tomé este tren porque no hay otro que llegue aquí a una hora razonable. Podría fácilmente ir a Chatterham y hallar un hotel u hostería o... — el viejo erudito se rió. Era un sonido que daba ánimos en ese lugar. Tronó—: ¡Qué tontería! —y palmeó a Rampole en el hombro. Rampole pensó: “Ha de creer que estoy asustado”, y accedió en seguida. Mientras Fell buscaba la llave, miró hacia la prisión.

Quizá estos cuentos de vieja lo habrían impresionado. Mas hubiera jurado que, por un instante, había visto algo asomando por encima de las murallas de la prisión. Y tuvo una horrible sensación de que ese algo estaba *mojado*...

Capítulo III

Era la tarde de su primer día en Yew Cottage. Sentado en el estudio del doctor Fell, Rampole se sentía, ahora, inclinado a poner en duda todo lo que sonara a fantástico. Esta sólida casita, con sus lámparas a petróleo y su cañería primitiva le hacían sentirse como si, digamos, estuviese de vacaciones en algún pabellón de caza de los Adirondacks; y que en cualquier momento partirían todos de vuelta a Nueva York, y se escucharía el portazo de un auto, que sólo sería abierto de nuevo por el portero de su departamento.

Pero estaba aquí... oyendo zumbiar las abejas en el soleado jardín con su reloj de sol y pajareras, y el olor a maderas viejas y cortinas nuevas; semejante a nada, salvo a Inglaterra. El tocino y los huevos tenían un sabor que antes no había apreciado nunca en toda su plenitud, lo mismo que el tabaco de pipa. Aquí la campaña no parecía artificial, como ocurre cuando se vive en ella sólo en verano; y los arbustos de los tejados estaban en su verdadero sitio.

Y aquí estaba el doctor Fell desplazándose pesadamente por sus dominios, con un sombrero blanco de anchas alas, y soñolienta satisfacción, concienzudamente ocupado en no hacer nada. Estaba la señora del doctor, mujer pequeña, bulliciosa y alegre, que pasaba la vida derribando objetos. Veinte veces cada mañana se oía chocar algo contra el suelo y a continuación: “¡Qué fastidio!”. Luego continuaba la limpieza hasta que se le caía otra cosa. Tenía además la costumbre de asomar la cabeza por cualquier ventana de la casa y preguntar algo al doctor. Uno creía que estaba en la ventana del frente cuando de repente asomaba por una de la parte posterior como el cucú de un reloj; hacía alegremente una seña a Rampole y preguntaba a su esposo dónde estaba alguna cosa. Y él se desconcertaba levemente y nunca sabía. De modo que ella volvía adentro para reaparecer por una ventana lateral con una almohada o un trapo de limpiar en la mano. A Rampole, que fumaba su pipa estirado en una silla, bajo un tilo, le recordaba uno de esos barómetros suizos, cuyas figuras en ronda, siempre están entrando y saliendo de un pequeño chalet, para indicar el tiempo.

El doctor Fell dedicaba las mañanas y parte de las tardes a la redacción de su gran obra: *Las Ceremonias y Costumbres Inglesas al Beber, Desde los Tiempos Primitivos*, trabajo monumental al que había consagrado seis años de eruditas investigaciones. Le encantaba rastrear el origen de expresiones extrañas como: beber el *supernaugulum*^[6]; echar el trago del cazador; empinar a la *freeze crosse*; y *health gloves, mumpes, frolickes*, y otros curiosos términos del arte de beber. Hasta conversando con Rampole, se desahogó violentamente con los tratados de autores como Tom Nash (*Pierce Pennilesse*, 1595) y Jorge Gascoigne (*Dietario Delicado para los Bebedores de Paladar Exigente*), en el que el grosero abuso del beber vulgar y a grandes tragos, es criticado honestamente (1576).

Transcurrió la mañana entre el gorjear de los mirlos en los prados y la soñolienta luz del sol, que disipaba las sugerencias diabólicas emanadas de la cárcel de Chatterham. Pero el esplendor de la siesta lo llevó al estudio del doctor Fell donde su anfitrión cargaba la pipa. El doctor llevaba una vieja cazadora y su sombrero blanco pendía de un ángulo de la chimenea de piedra. Sobre la mesa que tenía delante había unos papeles a los que no dejaba de echar miradas furtivas.

—Tendremos visitas para el té —dijo el doctor—. Vienen el párroco, el joven Martín Starberth y su hermana. Viven en la Residencia, ¿sabe? Me dijo el cartero que llegaron esta mañana. Quizá, también el primo de Starberth, aunque *él* es un compañero fúnebre. Supongo que usted querrá saber más sobre la cárcel.

—Siempre que no sea...

—¿Indiscreción? Oh, no. Todo el mundo lo sabe. Tengo cierta curiosidad de ver al joven Martín, yo mismo. Ha estado en América durante dos años y su hermana ha dirigido la Residencia desde la muerte del padre: Una gran muchacha. El viejo Timoteo murió de una manera bastante extraña...

—¿Un cuello roto? —inquirió el otro, viendo que el doctor vacilaba.

Fell gruñó.

—Si no se rompió el cuello, se rompió casi todo lo demás. El hombre estaba horriblemente machacado. Andaba a caballo precisamente después de ponerse el sol, y el caballo lo derribó... al parecer mientras descendía de la colina de la prisión de Chatterham cerca del Nido de Brujas. Lo hallaron ya tarde aquella noche, caído entre unas malezas. El caballo estaba cerca, relinchando como aterrorizado. El viejo Jankins (uno de sus arrendatarios) fué quien lo halló, y dice que los ruidos que hacía su caballo eran una de las cosas peores que había oído jamás. Murió al día siguiente y conservó toda su conciencia hasta el fin.

Varias veces Rampole había sospechado que Fell estuviese haciéndole objeto de broma por ser americano. Pero ahora comprendió que no se trataba de eso. El doctor Fell se entretenía narrando esos lúgubres episodios porque algo lo atormentaba. Hablaba para desahogarse. Tras el inquieto mirar de sus ojos y el nervioso revolverse en su asiento, se sentía una duda... una sospecha... y aún temor. Su respiración asmática y jadeante se oía en la habitación silenciosa que se llenaba de penumbras con el caer de la tarde. Rampole dijo:

—Imagino que esto revivió la vieja superstición.

—Sin duda. Pero, bueno, por aquí siempre hemos sido supersticiosos. No, este asunto sugería algo peor que eso.

—Usted quiere decir...

—Asesinato —dijo el doctor Fell. Estaba inclinado hacia adelante. Detrás de los cristales sus ojos estaban muy abiertos, y su rostro encendido tenía una expresión de dureza. Comenzó a hablar rápidamente.

—¡Mire! No puedo asegurar nada. Tal vez todo es imaginación, y no es asunto mío. Pero el doctor Markley, médico forense, dijo que el finado tenía un golpe en la

base del cráneo que podía haber sido causado por la caída, pero muy bien por otra cosa. Según me pareció, su aspecto no sugería tanto una caída como más bien que había sido pisoteado por alguien. Pero no por el caballo. Además fué en un anochecer húmedo de octubre, y estaba tendido en unos terrenos pantanosos, pero esto no explica del todo el hecho de que el cuerpo estuviese *mojado*.

Rampole miró fijamente a su anfitrión, y notó que los dedos de éste oprimían los brazos del sillón.

—Pero usted dijo que él estaba consciente. ¿No habló?

—Yo no estuve allí, por supuesto. El párroco me contó todo, y Payne también. ¿Se acuerda de Payne? Bien pues, el herido habló. No sólo habló sino que parecía estar con un humor alegre que resultaba demoníaco. Al filo del alba conocieron que había llegado el fin. El doctor Markley dijo que el herido había estado escribiendo sobre una tabla que le colocaron a modo de mesa, sobre el lecho; quisieron impedirselo, pero mostró los dientes y no se pudo sino dejarlo. “Instrucciones para mi hijo”, dijo —Martín estaba en América, como le dije ya— “ahí está la prueba que hay que pasar”.

El doctor se interrumpió para encender su pipa. La llama del fósforo fué atraída violentamente al depósito de la pipa como si el doctor viera más claro con ella.

—Dudaban en llamar al señor Saunders, el párroco, porque Timoteo era un viejo pecador y odiaba furiosamente a la iglesia. Pero siempre había dicho que Saunders era hombre decente, aunque él tuviese convicciones distintas, de modo que cuando amanecía, lo trajeron por si el párroco accedía a escuchar las oraciones del moribundo. Entró, para ver al viejo Timoteo, solo, y luego de un rato salió secándose la frente con el pañuelo. “Dios mío” —dijo el párroco como si orase— “el hombre no está en sus cabales. Venga alguien conmigo”. “¿Quiere oír la absolución?”, preguntó el sobrino de Timoteo, con expresión singular. “Sí, sí”, dijo el párroco, “pero no es eso; es la manera cómo está hablando”. “¿Qué dijo?”, interrogó el sobrino. “No puedo decirle eso” —respondió el párroco— “pero me gustaría poder hacerlo”.

—En el dormitorio oían a Timoteo y su voz semejante a un graznido sonaba jubilosa, aunque no podía moverse por las fracturas. Llamó para que fuera Dorotea, sola; y después habló a Payne, su abogado, y fué éste quien avisó que Timoteo se moría rápidamente. La luz del amanecer se difundía afuera, cuando todos entraron en la gran habitación revestida de paneles de roble, y un lecho con dosel. Casi no podía hablar ya, pero pronunció claramente la palabra “pañuelo” y pareció reírse. Los demás se arrodillaron mientras el párroco decía las oraciones, y precisamente cuando Saunders hacía el signo de la cruz, salió un poco de espuma de la boca de Timoteo, tuvo un estremecimiento y murió.

Durante un largo silencio, Rampole escuchó el canto de los mirlos. Los rayos solares caían oblicuos y débiles sobre las ramas del tejado.

—Es muy extraño —asintió el americano, por fin—. Pero si no dijo nada, usted casi no tiene razones para sospechar de un asesinato.

—¿No? —dijo Fell pensativamente—. Bien, quizá no. La misma noche —del día en que murió, quiero decir— la misma noche se vió una luz en la ventana de la Pieza del Gobernador. —¿Investigó alguien?

—No. Era imposible lograr que se acercara allí ninguno de los aldeanos, luego de oscurecer, así se le ofrecieran cien libras.

—¡Oh, bueno! Una imaginación supersticiosa...

—¡No era imaginación supersticiosa! —afirmó el doctor sacudiendo la cabeza—. Por lo menos yo no lo creo. Yo mismo vi la luz.

Rampole dijo lentamente:

—Y esta noche vuestro Martín Starberth pasa una hora en la Pieza del Gobernador.

—Sí. Siempre que no se asuste. Ha sido siempre un muchacho nervioso, de la clase de los soñadores, y susceptible con respecto al asunto de la cárcel... La última vez que estuvo en Chatterham fué hace un año, cuando vino para la lectura del testamento de Timoteo. Especificaba como condición, entre otras cosas, que debía pasar la tradicional hora en la Pieza del Gobernador. Después dejó la Residencia a cargo de su hermana y su primo Herbert y volvió a América. Viene a Inglaterra sólo para... algunas festividades.

Rampole meneó la cabeza.

—Usted me ha contado mucho de todo esto —dijo—, todo menos el origen. Lo que no veo es el motivo detrás de esta ceremonia.

El doctor Fell se quitó los cristales y se puso un par de anteojos para leer, grandes como ojos de lechuza. Durante un rato estuvo inclinado sobre las hojas de papel que tenía sobre el escritorio, las manos en las sienas.

—Tengo aquí copia de las informaciones oficiales, llevadas día por día como un libro de navegación, del caballero Antonio Starberth, Gobernador de la cárcel de Chatterham, de 1797 a 1820; y de Martín Starberth (1821-1837). Los originales se conservan en la Residencia; el viejo Timoteo me permitió copiarlos. Tendrían que ser publicados en forma de libro, algún día, como información indirecta/sobre los métodos penales de la época.

Permaneció un rato con la cabeza gacha, chupando su pipa lentamente, fijando en el tintero su mirada meditabunda.

—Antes de fines del siglo XVIII, ¿sabe?, había muy pocas cárceles de *encierro* en Europa. Los delincuentes eran ejecutados directamente, o marcados y mutilados y puestos en libertad, o deportados a las colonias. Había excepciones, como en el caso de los deudores, pero en general no se distinguía entre los que habían sido juzgados y los que aún no lo habían sido, y todos eran arrojados de buen o mal grado, víctimas de un sistema erróneo.

Un hombre llamado Juan Howard inició una campaña de agitación para que se estableciesen cárceles de *encierro*. La de Chatterham fué comenzada antes aún que la de Milbank, considerada generalmente como la más antigua. Y fué construida por los

mismos penados que debían ocuparla, con piedra extraída de las tierras de los Starberth, bajo los mosquetes de sus soldados que vestían la casaca roja y que fueron destacados para ese fin por Jorge III. El látigo era usado a toda hora y los remolones eran colgados de los pulgares o torturados de otro modo. Usted ve que cada piedra ha costado sangre.

Cuando dejó de hablar, antiguas palabras acudieron espontáneamente a la mente de Rampole y las repitió:

—*Hubo un gran clamor por toda la tierra...*^[7]

—Sí. Grande y doloroso. Por supuesto, el cargo de gobernador fué otorgado a Antonio Starberth. De antiguo su familia se había ocupado de actividades afines; creo que el padre de Antonio, había sido teniente preboste del condado de Lincoln. Consta oficialmente —dijo el doctor, respirando profundamente—, que todos los días, mientras duró la construcción, con luz o sin ella, brillase el sol o estuviese nevando, Antonio iba a inspeccionar la obra, montado en una yegua manchada. Los penados lo conocieron en toda su maldad y lo odiaron. Solían verlo siempre, sobre su montura, destacándose contra el cielo azul y la línea negra de los pantanos, con su sombrero de tres picos y la casaca de lana azul. Antonio había perdido un ojo en un duelo. Pretendía pasar por magnánimo, aunque era mezquino, excepto en lo que tocaba a su persona; escribía a veces malos versos, y odiaba a su familia porque se burlaba de él. Creo que solía decir que pagarían esas burlas.

La prisión fue terminada en 1797, y Antonio se trasladó a ella. Fue él quien instituyó la regla de que el hijo mayor debía mirar lo que él dejaba en la caja de la Pieza del Gobernador. No necesito decirle que su cargo era más que diabólico; deliberadamente estoy atenuando los detalles. Su único ojo y su mueca... Fué cosa buena —dijo el doctor Fell pasando la palma de la mano por los papeles, como si quisiese borrar lo que estaba escrito en ellos—, fué cosa buena, muchacho, que arreglase sus cosas en previsión de su muerte, cuando lo hizo.

—¿Qué le ocurrió?

—¡Gedeón! —resonó una voz con tono de reproche, seguida por una andanada de golpes en la puerta del estudio, que hicieron dar un salto a Rampole—. El té.

—¿Eh? —dijo el doctor Fell, alzando una mirada desconcertada.

La señora Fell expuso sus quejas.

—El té, Gedeón. Y quisiera que dejes en paz esa horrible cerveza, aunque Dios sabe cuán malos están los merengues; está tan cerrado aquí, y veo al párroco y a la señorita Starberth que vienen por el camino —se la oyó recobrar profundamente el aliento, y luego terminó diciendo—: ¡Té!

Con un suspiro el doctor se puso de pie, y la oyeron alejarse con ligeros pasos por la galería, repitiendo: “¡Vaya! ¡Vaya! ¡Vaya!” como el escape de un auto.

—Lo tomaremos —dijo el doctor Fell.

Dorotea Starberth se acercaba por la avenida con paso ágil y la acompañaba un hombre calvo y corpulento, que se abanicaba con su sombrero. Por un instante la

emoción dominó, a Rampole. ¡Tranquilo! Ahora no tenía que portarse como un chico. Oía su voz leve y burlona. Ella vestía una blusa amarilla con cuello alto, falda color castaño y chaqueta en cuyos bolsillos había metido las manos. El sol brillaba en su abundante cabello negro, recogido negligentemente en torno a la cabeza y cuando la volvía de un lado a otro, se veía un perfil bien dibujado que sugería el equilibrio de un ala de ave. Luego de cruzar el césped ella lo miró con sus ojos azul oscuro por detrás de las largas pestañas...

—Creo que usted conoce a la señorita Starberth —decía el doctor Fell—. El señor Saunders, le presento al señor Rampole, norteamericano. Está viviendo con nosotros.

Rampole sintió su mano cogida con vigor cristiano por el hombre grande y calvo. Thomas Saunders sonreía profesionalmente, y sus carrillos bien rasurados brillaban; era uno de esos clérigos a quienes se elogia diciendo que lo que menos parecen son clérigos. Su frente transpiraba, pero sus apacibles ojos azules eran tan movedizos como los de un jefe de exploradores. Tenía cuarenta años y parecía mucho más joven. Servía a su fe con tanta decisión y tan sin reservas como había servido a Eton (o Harrow, Winchester o donde fuese) en el campo de deportes. En torno de su cráneo rosado, una franja de cabello rubio ondulaba leve, como una tonsura; y usaba una enorme cadena de reloj.

—Encantado de conocerlo, señor —dijo el párroco con voz retumbante y cordial—. Yo... hum... tuve el gusto de conocer muchos compatriotas suyos durante la guerra. Primos de ultramar, ¿sabe?, primos de ultramar.

Se rió leve y profesionalmente. Este aire de suavidad y aplomo profesionales irritaban al norteamericano, que masculló algo y se volvió hacia Dorotea...

—¿Cómo le va? —dijo ella, extendiendo una mano fría—. ¡Me alegro de volver a verlo! ¿Cómo quedaron nuestros amigos, los Harris?

Rampole iba a decir: “¿Quiénes?”, cuando se dió cuenta de la intencionada inocencia de su mirada y la semisonrisa que la animaba.

—¡Ah, los Harris! Perfectamente, gracias —y con un desconcertante golpe de inspiración agregó—. Muriel está cortando un diente.

Como nadie pareció impresionarse con la noticia, y le daba miedo la escasa fuerza de convicción que había puesto en ella, se disponía a agregar otros detalles íntimos de la familia Harris, cuando la señora Fell asomó repentinamente en una de sus apariciones a modo de cucú, y se encargó de todos ellos. Hizo una cantidad de observaciones ininteligibles, que parecían referirse principalmente a la cerveza, los merengues y la delicadeza, ¡tan dulce!, del párroco; y ¿se había recobrado de la ducha de esa horrible regadora, y estaba seguro de no arriesgar una neumonía? Saunders tosió como probando, y dijo que no.

—¡Bendito Dios... vaya! —exclamó pisando algunas plantas—. Estoy miope, ciega como un murciélago, querido señor Saunders... Y, querida —dijo, volviéndose repentinamente hacia la muchacha—, ¿dónde está su hermano? Usted dijo que iba a venir.

Por un instante pasó por el rostro de Dorotea Starberth la sombra que Rampole había percibido la noche anterior. Vaciló y llevó su mano al reloj pulsera como si fuera a mirar la hora, pero la retiró al instante.

—Oh, va a venir —dijo—. Anda por el pueblo... comprando unas cosas. Vendrá directamente.

La mesa del té estaba tendida en el jardín, detrás de la casa, a la sombra de un gran tilo y un arroyuelo rumoroso se deslizaba a pocos metros. Rampole y la muchacha quedaron detrás de los otros tres.

—El bebé de los Eadwig —dijo Rampole—, está con paperas...

—¡Con viruela! ¡Oh, qué tonto! Creí que me iba, a descubrir usted. ¡Y en una sociedad como ésta! Dígame... ¿cómo saben que nos conocíamos?

—Un viejo abogado tonto nos vió conversando en la estación. Pero pensé que usted me descubriría a *mi*.

Ante esta coincidencia extraordinaria, ambos se miraron, y él vió brillar otra vez los ojos de Dorotea. Se sentía alegre pero nervioso. Dijo “Ajá”, casi como el doctor Fell, notó las manchas de sombras trémulas sobre el césped, y los dos rieron. Ella prosiguió en voz baja:

—No puedo explicárselo. Anoche me sentía desesperadamente deprimida, entre una cosa y otra. Londres es tan enorme y todo andaba mal. Necesitaba hablar con alguien. Y precisamente entonces choca usted conmigo, y me pareció decente, así que hablé...

Rampole deseó dar a alguien un alegre pellizco en la mejilla y en su imaginación dió un grito triunfante. Sintió como si le llenaban de aire el pecho. Dijo, no con demasiado ingenio pero, (y sea honesto consigo mismo el lector burlón) con mucha naturalidad:

—Me alegro de que lo haya hecho.

—Yo también.

—¿Contenta?

—Contenta.

—¡Aah! —dijo Rampole, exhalando el aire, en triunfo.

Adelante, cerca de ellos, se oyó la voz delgada de la señora Fell.

—Azaleas, petunias, geranios, malvones, madreselva, eglantinas —profería su voz penetrante como si anunciara trenes—. No las alcanzo a ver por mi miopía, pero sé que están aquí —con una sonrisa alegre aunque un poco vaga, se apoderó de los recién llegados y los hizo sentar—. Oh, Gedeón, querido, ¿no irás a traer esa horrible cerveza, no?

El doctor Fell se inclinaba ya sobre el arroyo. Resoplando laboriosamente, extrajo varias botellas atadas unas a otras, y se enderezó apoyado en un bastón.

—Observe, señor Rampole —dijo el pastor, con aire de despreocupada tolerancia —, se me ocurre a menudo —siguió como lanzando una acusación terrible, pero con una sonrisa astuta que la mitigaba—, se me ocurre a menudo que nuestro buen doctor,

no puede ser inglés en absoluto. Este hábito bárbaro de beber cerveza a la hora del té... ¡mi estimado señor!... no es... bien, no es inglés, ¿sabe usted?

El doctor Fell levantó su rostro, beligerante.

—Señor —dijo—, lo que no es inglés es el té, permítame que se lo haga saber. Quisiera que echase una ojeada al apéndice de mi libro, nota ochenta y seis, capítulo noveno, consagrado a cosas como té, cacao, y aquella bebida indeciblemente terrible llamada *ice-cream soda*. Allí leerá usted que el té vino de Holanda a Inglaterra en 1666; desde Holanda, su cruel enemigo, donde la gente le llamaba despectivamente agua de heno. Ni siquiera los franceses podían aguantarla. Patin le llama *l'impertinente nouveauté du siècle*, y el doctor Duncan, en su *Tratado de las Bebidas Calientes*.

—Y frente al pastor, también —estaba diciendo la señora Fell, como si se lamentara de algo.

—¿Eh? —interrumpió el doctor, con la vaga idea de que su esposa creía que él estaba blasfemando—. ¿Qué hay, querida?

—Cerveza —dijo la señora.

—¡Oh, demonios! —exclamó el doctor violentamente—. Perdón, perdón —se volvió a Rampole—. ¿Querría *usted* tomar cerveza conmigo, muchacho?

—¡Cómo no! —contestó Rampole, encantado—. Gracias, me gusta.

—... y viniendo de esa agua fría, probablemente les producirá una neumonía —dijo ominosamente la señora Fell. Al parecer, la neumonía era su *idée fixe*—. En qué parará, no sé... más té, señor Saunders, los bizcochos están a su lado... todo el mundo pescando neumonía de ese modo, y ese pobre muchacho que tiene que sentarse esta noche en la Pieza del Gobernador, llena de corrientes de aire; seguramente pescará neum...

Sobrevino un silencio repentino. Luego Saunders comenzó a hablar suave y fácilmente sobre las flores, señalando un cantero de geranios; parecía que trataba de desviarles los pensamientos, desviándoles las miradas. El *doctor Fell terció en la conversación* luego de mirar ferozmente a su esposa, que ni siquiera sospechó que había tocado un tema prohibido. Pero el ambiente bajo el tilo estaba tenso y no era fácil pensar en otra cosa.

Un suave resplandor crepuscular rosado llenaba el jardín, aunque todavía estaría claro por varias horas. A través de las ramas de los árboles se distinguía, a modo de festones de plata, el cielo occidental claro y tibio. Todos ellos, hasta la señora Fell, estaban en silencio, mirando el servicio de té. Se oyó el crujido de un sillón de mimbre. Les llegaba el distante sonido de campanas, y Rampole se figuró ver los ganados, inexplicablemente solos en algún vasto campo, conducidos al establo en el misterioso crepúsculo. En el aire pareció palpitar un zumbido más profundo.

De pronto, Dorotea se puso de pie.

—¡Qué tonta soy! —exclamó—. Casi me olvido. Tengo que ir al pueblo y comprar cigarrillos antes que cierre el cigarrero. —Les sonrió afectando una

despreocupación que no engañó a nadie; la sonrisa parecía una máscara. Observó con descuido ostentoso su reloj pulsera—. Ha sido encantador el rato pasado, señora. Tiene que venir pronto a casa... ¡Dígame! —exclamó como si acabase de ocurrírsele, volviéndose a Rampole—, ¿no querría acompañarme? Usted no ha visto el pueblo, ¿verdad? Tenemos una iglesia de estilo gótico primitivo muy bonita, como se lo puede explicar el señor Saunders.

—Cierto, sí —el pastor pareció vacilar, los miró muy paternalmente, y saludó con la mano—. Vayan, vayan. Tomaré otra taza de té si no molesta a la señora Fell. Se siente uno tan cómodo aquí —y dirigió una sonrisa radiante a la dueña de casa— que uno se avergüenza de ser perezoso.

Se recostó en el asiento con la actitud satisfecha de quien murmura: “Ah, yo también fui joven”, pero Rampole intuyó que estaba muy contrariado. Tuvo la repentina impresión de que ese viejo pelado que oficiaba de protector (*sic*, en las inflamadas reflexiones de Rampole) sentía un interés más que clerical por Dorotea Starberth. ¡El diablo se lo lleve...! Y ahora que pensaba... qué modo de inclinarse sobre el hombro de ella, galantemente, cuando venían por el camino...

—Tenía que salir de allí —dijo la muchacha, como sofocada de ansiedad. Sus rápidos pasos producían un susurro sobre la hierba—. Quería caminar, caminar ligero.

—Comprendo.

—Cuando camino —explicó la muchacha, con la misma voz ansiosa—, me siento libre, como si ya no tuviera que mantener las cosas en el aire como una equilibrista y estar tensa para que no se caiga ninguna... ¡Oh!

Iban por la callejuela umbría, donde la hierba acallaba sus pisadas. Los cercos ocultaban el empalme de la callejuela con la calle, pero oyeron pisadas sobre el polvo de ésta, y murmullos de conversación. Una voz se elevó repentinamente. Les llegó, crispada, a través del aire quieto, viva y desagradable.

—Conoces muy bien esa palabra —decía la voz—. La palabra es *Horca*. Sí, y la conoces tan bien como yo.

La voz rió. Dorotea se detuvo, y su rostro, destacado contra el cerco verde oscuro, se mostró asustado.

Capítulo IV

—Tendré que apurarme para encontrar al cigarrero —dijo Dorotea al instante, levantando su voz fina, para que oyeran—. ¡Dios mío, más de las seis! Pero bueno, él me reserva siempre un paquete de mi marca especial, y si no estoy allí... ¡Oh... vaya! ¡Hola, Martín!

Pasó a la calle, indicando a Rampole, con un gesto, que la siguiera. El murmullo de voces había cesado. De pie en medio del camino, con la mano todavía medio levantada, un joven pequeño y delgado se había vuelto hacia ella. Su rostro tenía la expresión maliciosa y engreída del que siempre se impone a las mujeres; tenía cabellos negros y boca desdeñosa estaba algo ebrio y oscilaba ligeramente. Tras él, Rampole vió la huella de sus pasos en zigzag sobre el polvo blanco.

—¡Hola, Dot! —dijo con voz brusca—. ¡Sí que me sorprendiste! ¿Qué hay?

Hablaba con fuerte acento americano. Apoyando una mano sobre el brazo de su compañero, se mantuvo firme. El otro era evidentemente de la familia; sus rasgos eran rústicos donde los del otro eran delicados; no estaba a la altura de su ropa y su sombrero no tenía la elegante negligencia del de Martín, pero existía un parecido innegable. Estaba cohibido y no sabía qué hacer con sus manos.

—¿Es... estuviste en el té, Dorotea? —dijo tropezando con las palabras—. Lástima que nos retrasamos. No... pudimos llegar a tiempo.

—Por supuesto —exclamó la muchacha fríamente—. ¿Puedo presentarlos? El señor Rampole, el señor Martín Starberth, el señor Herbert Starberth. El señor Rampole es compatriota tuyo, Martín.

—¿Es americano usted? —preguntó Martín, con voz animada—. ¡Qué bien! ¿De dónde? ¿Nueva York? Muy bien. Acabo de llegar de allí. Me ocupo de publicidad. ¿Dónde se aloja? ¿En lo de Fell? *Ese* viejo chiflado. Vea, venga a casa y lo invitaré con algo de beber.

—Tenemos que tomar té, Martín —dijo Herbert con una especie de paciencia inmovible.

—Ah, al diablo el té. Oiga, venga a casa...

—Sería mejor que no vayas al té y, por favor, basta de bebidas. No me preocuparía a no ser por aquel asunto.

Martín la miró.

—Voy al té —dijo estirando el cuello— y más todavía: echaré un traguito más. Vamos, Bert.

Se había olvidado de Rampole, cosa que éste agradeció. Acomodó su sombrero, pasó la mano por mangas y hombros como limpiándolos de polvo aunque no lo había, y se enderezó, carraspeando ligeramente. Cuando el impasible Herbert pasó delante de ellos, conduciéndolo, Dorotea le susurró:

—No lo dejes allá, y cuida que esté bien para la hora de cenar. ¿Oyes?

Martín oyó también. Se volvió, inclinó la cabeza a un lado, y se cruzó de brazos.

—¿Crees que estoy ebrio? —preguntó mirándola atentamente.

—Por favor, Martín.

—Bien, ya té mostraré si estoy ebrio o no. Vamos Bert.

Rampole se apresuró a acercarse a la muchacha cuando se fueron. Al doblar una curva, los oyó discutir, Herbert en voz baja y Martín vociferando, con el sombrero echado sobre los ojos.

Caminaron un rato en silencio. Este breve encuentro había disipado, como un áspero chirrido, el encanto fragante de los setos vivos, pero en realidad, lo había dispersado el viento de los prados que los rodeaban.

El cielo tenía un color amarillo acuoso, de cristalino brillo hacia el oeste, y contra él se destacaban, negros, los abetos; hasta el agua baja de los bañados despedía reflejos de oro. Aquí la llanura comenzaba a elevarse en ondulaciones; y, a la distancia las majadas de ovejas de caras blancas semejaban juguetes de un Arca de Noé infantil.

—Usted no debe pensar —dijo la muchacha, muy derecha mirando rectamente y hablando en voz baja— no debe pensar que siempre es así. No lo es. Pero ahora está muy preocupado, trata de disimularlo bebiendo y resulta jactancioso.

—Me di cuenta que está nervioso. Sería injusto criticarlo.

—¿Le dijo algo el doctor Fell?

—Algo, sí. Me dijo que no era ningún secreto.

La muchacha contrajo los puños.

—Claro que no. Ahí está lo peor. No es ningún secreto. Todo el mundo lo sabe pero se hace el desentendido. Uno está *solo* por eso. Nadie puede hablar de eso en público; estaría mal. No me pueden hablar a mí. Y yo tampoco puedo mencionarlo...

Hubo una pausa. Luego se volvió hacia él casi con violencia.

—Usted dice que comprende, y es bondad suya; pero no, ¡no puede! Yo he ido creciendo con eso... Recuerdo que, cuando Martín y yo éramos pequeñitos, mamá nos levantaba hasta la ventana para que viéramos la cárcel. Ella ha muerto... Papá también.

Él exclamó con dulzura:

—¿No estarán tomando demasiado en serio una leyenda?

—Se lo dije... no iba a comprender.

Su voz era seca y monótona y lo hirió como un golpe. Él buscaba desesperadamente palabras, y descubría que no servían cada vez que hallaba una; buscaba a tientas un punto de coincidencia con ella, como quien busca una lámpara en un cuarto embrujado.

—No tengo inteligencia para cosas prácticas —dijo confundido—. Cuando salgo de los libros, o el *football*, y doy la cara hacia el mundo, me pierdo. Pero creo que, me diga usted lo que me dijese, lo comprendería, siempre que se refiera a usted.

Por encima de las llanuras se difundía un son de campanas. Un resonar lento, triste y antiguo, que vibraba en el aire y parecía parte de él. Allá lejos, ante ellos, la

aguja de la iglesia, entre los robles, recibía la luz postrera. Las aves gorjeaban huyendo del campanario, cuando las notas de las campanas retumbaron con fatiga de hierro, y una corneja graznó... Se habían detenido junto a un puente de piedra que atravesaba una ancha corriente. Dorotea se volvió y lo miró.

—Si usted puede decir eso —dijo—, más no puedo desear.

Sus labios se movieron lentamente en una débil sonrisa, y la brisa acariciaba su cabello oscuro.

—Odio lo práctico —prosiguió con repentina vehemencia—. He tenido que ser práctica siempre desde que murió papá. Herbert es un buen caballo viejo de confianza, con tanta imaginación como aquella parva. Y luego, la señora del coronel Granby, y Leutitia Markley, y la señora de Payne con su tabla de espiritista, y la señorita Porterson que se pasa leyendo los libros nuevos. Y Wilfredo Denim que viene a visitarme infaltablemente todos los jueves a las nueve en punto y que a las nueve y cinco ya no tiene más tema, y continúa hablando de una comedia que vió en Londres hace tres años, o se pone a explicar golpes de tennis hasta creerse que tiene: el baile de San Vito. Oh, sí... y el “viva todo lo viejo” del señor Saunders, y que si Harrow derrota a Eton este año, el país cae en poder de los socialistas. ¡Uf!

Recobró el aliento, sacudiendo la cabeza violentamente, hasta que tuvo que alisar su oscura cabellera pasándole la mano. Luego se sonrió con cierta confusión.

—No sé que pensará usted de lo que digo.

—¡Me parece que tiene toda la razón! —exclamó Rampole con entusiasmo. Le había gustado especialmente la ocurrencia sobre el señor Saunders—. ¡Abajo las tablillas de espiritistas! ¡A bas el tennis! Espero que Harrow derrote a Eton por una línea. ¡Hum! Quiero decir que usted tiene completa razón y viva el socialismo.

—No dije nada del socialismo.

—Bien pues, diga algo entonces —propuso él con magnanimidad—. Vamos, dígalo. ¡Viva Norman Thomas! Dios bendiga...

—Pero, ¿por qué, tonto? ¿Por qué?

—Porque no le gustaría al señor Saunders —explicó Rampole. La tesis le pareció buena aunque vaga. Pero recordó de pronto otra cosa—. ¿Quién es ese Wilfredo que viene a visitarla los jueves a la noche? “Wilfredo” es un nombre cursi, en todo caso, y parece de un tipo peinado a la Marcel.

Ella se deslizó por la barandilla del puente y pareció liberarse de toda la fuerza de su pequeño cuerpo. Su risa —real y desafiante como se la había oído la noche anterior— había escapado de su prisión también.

—¡Bueno! No conseguiremos *jamás* estos cigarrillos si no nos apresuramos... Comprendo su manera de hablar... ¡No corra! Vamos despacio, es un cuarto de milla. Rampole dijo: “Adelante”, dejaron atrás las parvas, con el viento de frente, y Dorotea aun reía.

—Espero encontrarme con la señora de Granby —exclamó sin aliento. Pareció considerar perversa esta idea, y su rostro cubierto de rubor se volvió por sobre el

hombro, los ojos chispeantes—. Lindo, lindo... ¡Oh! Me alegro de llevar tacones bajos.

—¿Para ir más rápido?

—¡Tonto! Si tengo calor ya... Dígame, ¿es deportista?

—¡Hum!... Algo.

Algo. Por su mente pasaron letras blancas sobre carteles negros, en una oscura casilla del campo de deportes, donde había copas de plata en cajas de cristal, y pelotas conservadas, con fechas pintadas en ellas. Luego, dejando el camino velozmente atrás, recordó otra escena de tanta alegría precisamente como la que sentía ahora. Noviembre, una marejada de ruidos, el rumor del aliento, y el zaguero haciendo señales como un actor. Un dolor de cabeza que embotaba. En sus piernas, finos alambres tensos, los dedos fríos e insensibles. Luego el jadeo y esfuerzo de la línea, sordos choques. De repente una ráfaga fría sobre el rostro, la sensación de volar por encima de líneas blancas, las piernas cuyos músculos parecían alambres, como los de un títere, y una cosa cubierta de barro que recogió en el aire bajo los postes mismos del arco. Volvió a oír aquel trueno abrumador y sintió comprimirse y dilatarse su estómago cuando el rugido atronador levantaba el oscuro aire como la tapa de una olla. Esto había ocurrido el otoño pasado tan sólo, y le parecía algo ya milenario. Aquí se hallaba ahora en una aventura más extraña, a la hora del crepúsculo, con una muchacha cuya sola presencia era como el eco de esos mil años desaparecidos y rugientes.

—Algo —repitió de pronto y respiró profundamente.

Estaban en los suburbios del pueblo. Árboles de troncos enormes sombreaban los frentes blancos de las tiendas, y los ladrillos de las aceras formaban dibujos irregulares como letras infantiles. Una mujer se detuvo para mirarlos. Un ciclista curioseó tanto que se fué a la zanja y se le oyó maldecir.

Recostándose contra un árbol, respirando agitadamente y con el rostro encendido, Dorotea soltó la risa.

—Basta ya con su juego tonto —dijo, mirándolo con ojos brillantes—. Pero, Dios, me siento mejor.

De la impetuosa excitación que los había poseído pasaron a una alegría tranquila y honda. Caminaron con aire juicioso y serio. Compraron los cigarrillos, y el cigarrero explicó que se había demorado después de hora, y Rampole satisfizo un viejo sueño adquiriendo una larga pipa de arcilla. Lo sugestionó la droguería con sus grandes frascos de cristal verde y rojo y su imponente ejército de drogas, que parecía salir de un cuento medieval. Había una hostería llamada *El Hermano Tuck* y una taberna, *La Cabra y el Racimo*. Rampole se apartó de esta última sólo por la negativa (inexplicable para él) de la muchacha, de acompañarlo a tomar algo. En términos generales, estaba muy impresionado.

“Uno se puede hacer afeitar y cortar el pelo en la cigarrería”, siguió reflexionando. “No es tan diferente de Norteamérica después de todo”.

Se sentía tan bien que hasta los encuentros fastidiosos no lo molestaban. Se encontraron con la señora Theodosia Payne, la esposa del abogado, que caminaba con aire imponente y severo por la Calle Mayor, llevando bajo el brazo su tabla espiritista. Tenía un sombrero formidable. Movía las mandíbulas como el muñeco de un ventrilocuo, pero hablaba como un sargento mayor. No obstante, Rampole escuchó con una cortesía digna de un ciudadano de Chesterfield el relato que hizo de las divagaciones de Lucius su *control*, al parecer un miembro tarambana y nómada, del mundo de los espíritus que se deslizaba por todas partes sobre la tablilla y pronunciaba con un fuerte acento *cockney*^[8]. Dorotea vió el rostro de su acompañante peligrosamente congestionado, y se lo llevó lejos de la señora Payne antes de que ambos soltaran la risa. Eran casi las ocho cuando emprendieron el regreso. Todo les agradaba, desde las lámparas del alumbrado público (que parecían ataúdes de cristal y quemaban un gas pálido y débil) hasta una tienda minúscula donde se podía comprar animales dorados de pacotilla y hojas sueltas de canciones cómicas olvidadas hacía mucho. Rampole había sido siempre gran comprador de futilidades inútiles, basado en dos sólidos principios: que no las necesitaba y que tenía el dinero para gastarlo; de modo que, habiendo hallado un espíritu afín que no creía que aquello fuese una chiquillería, se hizo el gusto.

Volvieron a través de un crepúsculo luminoso, teniendo los volantes con una mano cada uno, a modo de himnario, y cantando gravemente una canción llamada *¿Dónde estabas, Enrique, cuando la última fiesta?...* y Dorotea recibió severas instrucciones de reprimir la risa en las partes patéticas.

—Ha sido espléndido —dijo la muchacha cuando alcanzaban la calle que llevaba a la casa de Fell—. No se me ocurrió nunca que hubiese algo interesante en Chatterham. Siento tener que ir a casa.

—Tampoco a mí —respondió el muchacho vagamente—. Sin embargo fué así esta tarde.

Pensaron un momento mirándose.

—Tenemos tiempo para una más —propuso Rampole como si se tratase de la cosa más importante—. ¿Quiere que ensayemos *La Rosa de Bloomsbury Square*?

—¡Oh, no! El doctor Fell es un gran tipo, pero yo tengo que conservar *un poco* de dignidad. Vi a la señora Granby espiando por detrás de las cortinas todo el tiempo que estuvimos en el pueblo. Y además se está haciendo tarde...

—Bueno, pero...

—De modo que.

Ambos vacilaron. Rampole se sentía un poco como en sueños y su corazón latía a un ritmo acelerado. Alrededor de ellos, el cielo amarillo había cambiado en un resplandor oscuro con orla de púrpura. Los ojos de ella eran enérgicos y vivos pero como velados de penas; pasaron por el rostro de él como un llamado desesperado. Aunque él miraba tan sólo en ellos intuyó que sus manos lo buscaban. Tomó las manos de la muchacha.

—Permítame acompañarla a su casa —dijo hablando como con dificultad—, permítame...

—¡Hola! —retumbó una voz desde la avenida—. ¡Esperen! Un minuto.

Rampole sintió como un espasmo físico en el corazón. Estaba trémulo y a través de las tibias manos de la muchacha sintió que ella temblaba. La voz interrumpió una emoción tan intensa que ambos quedaron como aturcidos; y luego la muchacha rompió a reír.

El doctor Fell, respirando con fatiga asomó, corpulento, por la calle. Rampole vió tras él otra figura que le pareció familiar; sí, era Payne, con la pipa curvada en la boca. Parecía que la masticaba.

El temor, que volvía luego de unas horas breves y escasas.

El doctor tenía aire grave. Se detuvo a recobrar su aliento, apoyando un bastón contra su pierna.

—No quiero alarmarla, Dorotea —comenzó— y sé que el tema es tabú; pero es lo mismo: es hora de decir las cosas claras...

—Hum... —dijo Payne, con tono significativo, y carraspeando—. ¿La... hum... visita?

—Sabe todo el asunto. Ahora bien, muchacha, no es cosa mía, ya sé...

—Diga, por favor —ella se retorció las manos.

—Su hermano estuvo aquí. Quedamos un poco preocupados por su aspecto. No quiero decir por la bebida. Eso se le pasará; de cualquier modo, estaba enfermo y cuando se fué, parecía sereno. Pero yo hablo del temor que tiene; su manera violenta y desafiante. No queremos que se enrede y perjudique a causa de este asunto estúpido, ¿comprende?

—¿Y? ¡Adelante!

—El párroco y su primo lo acompañaron a la casa, Saunders está muy preocupado con esto. Mire: seré absolutamente franco. Usted sabe por supuesto que antes de morir su padre dijo a Saunders algo bajo secreto de confesión; y que Saunders pensó sencillamente que en ese momento el moribundo no estaba en sus cabales. Pero ahora Saunders está volviendo a pensar todo el asunto. Bien, *acaso no haya nada en todo esto*, pero... por si acaso... vamos a vigilar. La ventana de la Pieza del Gobernador se ve claramente desde aquí, y esta casa no está a mucho más de unas trescientas yardas de la cárcel, ¿entiende? Saunders y yo, y el señor Rampole si quiere, estaremos de guardia todo el tiempo. Habrá luna y podremos ver a Martín cuando entre. Todo lo que tiene que hacer usted es ir hasta el frente del prado, y verá bien las puertas del frente. Cualquier ruido o movimiento algo sospechoso... y Saunders y este joven cruzarán el prado en menos tiempo del que tarda un espíritu en desvanecerse —se sonrió, poniendo la mano en el hombro de la muchacha—. Todo esto son tonterías, lo sé, y yo no soy más que un viejo lunático. Pero, hace mucho que conozco su gente... ¿comprende? Ahora veamos, ¿a qué hora comienza la vigilia?

—A las once.

—Ah, eso me parecía. Bueno, pues, en cuanto haya salido de la Residencia, *háblenos por teléfono*. Estaremos vigilando. Naturalmente, no vaya a decir nada de esto a Martín; se supone que tal cosa no se hace, y si lo supiese se pondría tan nervioso que por jactancia iría por otro lado y trastornaría todos nuestros planes. Pero usted podría sugerirle que se siente cerca de la ventana, con su lámpara.

Dorotea respiró profundamente.

—Yo sabía que había algo en todo esto —dijo con voz opaca—. Yo sabía que me ocultaban algo... Dios mío, ¿por qué tiene que ir, en fin de cuentas? Porque no podemos romper con esas costumbres estúpidas, y...

—No pueden, a menos que quieran perder la herencia —exclamó Payne severamente—. Es lástima. Pero las cosas están dispuestas así. Y yo estoy encargado de ello. Tengo que entregar al heredero varias llaves... hay más de una puerta que pasar. Cuando me las devuelva, tiene que mostrarme cierta cosa que está en la caja, no interesa lo que es, para probarme que efectivamente la abrió.

Los dientes del abogado crujieron de nuevo fuertemente contra su pipa. En la penumbra, el blanco de sus ojos estaba luminoso.

—La señorita Starberth sabía todo esto, señores, lo supieran o no los demás —pronunció con tono seco y cortante—. Se está hablando abiertamente. Muy bien. Permítanme entonces que proclame *lo que me concierne* desde la torre de la iglesia. Mi padre recibió de los Starberth este fideicomiso, antes que yo. Antes de él, lo habían tenido mi abuelo y el abuelo de él. Expongo estos detalles, señores, para no, parecer un tonto apegado a tecnicismos. Les digo francamente: aunque quisiera transgredir la ley, no violaría el fideicomiso.

—Bueno, que pierda el derecho a la herencia, entonces. ¿Cree usted que nos; importa un camino...?

Payne la interrumpió secamente:

—Pero *él* no es tan necio, piensen lo que piensen usted y Bert. ¡Buen Dios, muchacha! ¿Quiere quedar en la calle y convertirse en un hazmerreír? Puede ser que esta ceremonia sea tonta. Pero es la ley, y es un fideicomiso. —Dió una palma de una mano contra la otra, produciendo un sonido—. Yo le diré lo que es más tonto. Son sus temores. Ningún Starberth ha sufrido tal cosa desde 1837. Y nada más que porque su padre estaba cerca del “Nido de Brujas” cuando el caballo lo derribó...

—No... —dijo dolorida la muchacha.

Sus manos temblaban y Rampole dió un paso adelante. No hablaba, y sentía la garganta caliente y como llena de arena, de ira. Pero pensaba: “Si oigo la voz de éste un minuto más, ¡por Dios!, lo abofeteo”.

—Ya habló bastante, ¿no le parece? —exclamó de mal modo el doctor.

—Ah —dijo Payne—. Justo.

El ambiente era de violencia. Oyeron que Payne contraía sus secas mejillas contra los dientes. Repitió, “Justo” con su voz baja y seca, pero era evidente que percibía la fiera hostilidad que lo cercaba.

—Si me disculpan, señores —continuó fríamente—, acompañaré a la señorita Starberth. No, señor... —exclamó al ver que Rampole hacía, un movimiento—, no es ésta la ocasión. Debo decirle algo confidencial, y debe ser sin testigos. He cumplido parte de mi obligación ya, entregando las llaves al señor Martín Starberth. Falta el resto. Como... este... posiblemente sea amigo más antiguo que ustedes —su voz delgada se elevó aguda y áspera hasta parecer un ladrido— acaso pueda mantener reservadas *algunas* cuestiones.

Rampole estaba tan furioso que sintió una absurda náusea.

—Costumbres, ¿dijo usted? —preguntó.

—Calma —aconsejó Fell.

—Vamos señorita Starberth —se oyó decir a Payne. Le vieron recoger los puños y moverse desgarbadamente; sus ojos despidieron chispas, cuando volvió la cabeza y miró por encima del hombro. Rampole estrechó la mano de la muchacha, y cuando se recobró ya se habían ido.

—Quieto, quieto —dijo el doctor luego de un momento—. No se ponga furioso. Sencillamente, Payne está celoso de su posición como consejero de la familia. Yo estoy demasiado preocupado para enojarme. Tenía una teoría, pero... no sé, no sé... Está saliendo todo mal... todo mal... Venga, vamos a comer.

Mascullando, se adelantó por la calle. Algo pareció que clamaba en el corazón de Rampole y la sombra se llenó de fantasmas. Por un segundo fué la liberada, alegre muchacha que corría con la cabellera flotando al viento, lo intencionado de su tenso rostro cuadrado, su ambigua sonrisa sobre un puente; práctica, burlona, traviesa como un duende; luego, de repente, su palidez junto al cerco, su sobresalto cuando volvieron estos terrores. ¡Que no le ocurra nada a ella! ¡Que ningún mal la toque! Haya buena guardia porque éste es hermano de ella.

Los pasos crujían en la hierba y el zumbido de los insectos latía con agudeza. Distante, en el sofocante aire del occidente, retumbaba el trueno.

Capítulo V

Hacía calor, calor espeso y enervante; las brisas, que parecían ráfagas de un horno, sacudían un instante los árboles y morían. Si la casa hubiese sido un barómetro suizo, las pequeñas figuras hubieran estado ahora oscilando violentamente. Comieron a la luz de las bujías, en el pequeño cuarto con paneles de roble y platos de peltre alrededor de las paredes. El ambiente estaba caliente como la cena y el vino, o más que ambos; la cara del doctor se encendía más y más, mientras llenaba y volvía a llenar su vaso. Pero habían desaparecido su resoplar y su oratoria fluida. Hasta la señora Fell estaba quieta, aunque nerviosa y alerta. Seguía pasando las cosas equivocadas aunque nadie se fijaba en ello.

Tampoco se demoraron de sobremesa, con el café, cigarros y oporto, como era costumbre del doctor. Luego Rampole subió a su cuarto, encendió la lámpara a petróleo y comenzó a cambiarse. Unos pantalones de tennis manchados, camisa cómoda y zapatos de tennis. Su cuarto era pequeño con techo en pendiente, bajo los aleros; y su ventana miraba hacia la cárcel de Chatterham y el “Nido de Brujas”. Un insecto chocó en su vuelo contra el cristal de la ventana con un ruido sordo que lo sobresaltó, y otro aleteaba ya en torno de la lámpara.

Cualquier ocupación era un alivio. Terminó de vestirse y dió unos cuantos pasos por la habitación. Allí, arriba, el calor parecía espeso con olor a madera seca, como altillo; hasta la goma del empapelado despedía un olor sofocante y la lámpara, peor que todo. Apoyando la cara contra el cristal, miró hacia afuera. La luna que aparecía tenía aire enfermizo y la rodeaba un halo amarillo. Eran las diez. Maldita incertidumbre. El reloj de viaje sobre la mesa de luz, a la cabecera de la cama cuadrada, daba su tic-tac con una despreocupación irritante. El calendario en la parte inferior de la base del reloj destacaba una cifra: 12, y en rojo vivo *Julio*. Ambos signos parecían mirarlo. Trató de recordar donde había estado el 12 de julio y no pudo recordarlo. Otra ráfaga sacudió los árboles. El calor se le adhería, húmedo, y se difundía por su cerebro en ondas que mareaban; *calor...* Sopló la luz. Metiendo la pipa y la tabaquera impermeable en el bolsillo, bajó. Un sillón hamaca crujía incansable en la sala donde la señora Fell estaba leyendo un diario con grandes ilustraciones. El doctor había llevado dos sillas de mimbres al costado de la casa que daba a la cárcel, pues allí estaba muy oscuro y considerablemente más fresco. Allí se movía el resplandor rojo de la pipa del doctor y al sentarse sintió Rampole que le ponía en la mano un vaso frío.

—Ahora —dijo el doctor— no tenemos más que esperar.

Aquel trueno distante se movía en el oeste con un ruido que parecía realmente la bola de un juego de bolos rodando a lo largo de la avenida sin derribar los bolos. Rampole echó un gran trago de cerveza fría. ¡Esto estaba mejor! La luna no estaba muy resplandeciente, pero ya la parte baja de la llanura se veía bañada por una luz como leche desnatada, que iba ascendiendo los muros.

—¿Cuál es la ventana de la Pieza del Gobernador? —preguntó en voz baja.

El resplandor rojo hizo un movimiento.

—Aquella grande... la única grande. Casi en línea recta desde aquí. ¿La ve? Justamente al lado de ella hay una puerta de hierro que da a un pequeño balcón de piedra. Por él asomaba el gobernador para presenciar las ejecuciones.

Rampole asintió. Todo aquel lado aparecía cubierto de hiedra, y estaba combado en partes donde el peso de la mampostería había hecho inclinarse los muros hacia la colina. A la luz lechosa Rampole distinguía ramas que salían de los gruesos barrotes de la ventana. Directamente bajo el balcón, pero muy abajo, había otra puerta de hierro. Frente a esta puerta, la colina de piedra caliza caía a pico sobre los abetos puntiagudos del “Nido de Brujas”.

—Y por la puerta de abajo —dijo— sacarían a los condenados, supongo.

—Sí. Todavía se pueden ver los tres bloques de piedra, con agujeros, que sostenían el andamiaje de la horca... El brocal de piedra del pozo está oculto entre aquellos árboles. Por supuesto, éstos no estaban aquí cuando el pozo se usaba.

—¿Todos los muertos eran arrojados allí?

—Oh, claro. Uno se pregunta si Lodo el campo no está infectado, aún después de cien años. Así las cosas, el pozo es la Meca de toda especie de bichos repugnantes. Durante quince años el doctor Markley ha hecho, agitación pública por ese asunto, pero no logró que el concejo municipal hiciera algo, porque es tierra de los Starberth. Hum...

—¿Y no quieren que sea rellenado...?

—No. Es parte de la antigualla, también; reliquia del Antonio del siglo XVIII. He recorrido de nuevo el diario. Y cuando pienso en la manera como murió y en ciertas frases singulares del diario, a veces pienso...

—Todavía no me ha dicho cómo murió —dijo Rampole calmamente.

Mientras hablaba, se preguntó si realmente quería saberles La noche anterior, pensaba, estaba seguro de que algo mojado miraba desde los muros de la prisión. De día no lo había notado, pero ahora sentía un olor a estancado, que parecía difundirse por el prado, desde el “Nido de Brujas”.

—Me olvidé —murmuró el viejo erudito—. Iba a leérselo esta tarde, cuando mi señora nos interrumpió. He aquí... —Hubo un crujido de papel, y sintió en su mano un grueso paquete—. Llévelo arriba después; quiero que usted lo lea y forme su propia opinión.

¿Croaban las ranas? Lo oía claramente mezclado al zumbido de los insectos. ¡Por Dios!, el olor a estancado *era* más fuerte; no se trataba de ilusiones. Tenía que existir alguna explicación natural... el calor del sol, ahora despedido del suelo, o algo por el estilo. Ojalá supiera más sobre la naturaleza. De nuevo se oía el inquieto susurro de los árboles. Dentro de la casa, un reloj dió una campana solitaria.

Diez y media —masculló el doctor—. Me parece que el coche del párroco viene por la avenida.

Por ella avanzaban luces vacilantes. A tropezones y con gran ruido metálico un modelo Ford T, alto y viejo (de la clase que se usa siempre en los chistes), dió vuelta y se detuvo. El párroco aparecía muy tieso en su asiento. Cruzó de prisa bajo la luz lunar y tomó una silla del frente del prado. Su aire de aplomo y despreocupación era poco visible ahora; Rampole tuvo la repentina intuición de que aquel aire era una ficción ante los demás, para disimular una intensa vigilancia de sí mismo. En la oscuridad no se le veía bien la cara, pero parecía como si transpirara. Cuando se sentó notaron que estaba agitado.

—Comí un bocado a la carrera —dijo— y vine derecho. ¿Arreglaron todo?

—Todo. Ella nos telefonará en cuanto salga él. Tome, ahí tiene un cigarro y cerveza. ¿Cómo estaba cuando lo dejó?

Se sintió crujir la botella contra el costado del vaso.

Lo bastante fresco como para sentir temor —contestó el párroco—. Fué al bar en cuanto llegamos a la Residencia. Yo estaba en duda sobre si disuadirlo de beber tanto o dejarlo. No obstante, Herbert logró contenerlo. Cuando salí de la Residencia, estaba en su cuarto encendiendo un cigarrillo con la colilla del otro; creo que debe haber fumado un paquete mientras estuve allí. Yo..., hum, le señalé los efectos dañinos de tanto tabaco... —no, gracias, no quiero fumar— sobre sus nervios y me respondió mal.

Quedaron en silencio. Rampole se dió cuenta de que estaba atento al reloj.

Martín Starberth estaría también atento a él, en otra casa.

De repente se oyó dentro de la casa el campanileo estridente del teléfono.

—Ahí está. ¿Quiere atender usted el mensaje, muchacho? —dijo el doctor respirando con más rapidez—. Usted es más ágil que yo.

En su apuro, Rampole casi cayó sobre los escalones. El teléfono era de modelo viejo (había que doblarse) y la señora Fell ya le alcanzaba el receptor.

—Ya está en camino —se oyó la voz de Dorotea. Estaba admirablemente serena—. Vigilen el camino que lleva. Tiene una linterna grande de bicicleta.

—¿Qué tal está él?

—Habla con alguna dificultad, pero está bastante sereno —agregó, con cierta vehemencia—: ¿Ustedes está bien, no?

—Sí. No se aflija, por favor. Lo vamos a cuidar. No corre peligro, querida.

Sólo cuando ya salía de la casa recordó la última palabra que había dicho sin darse absolutamente cuenta; y pese a la agitación y tensión, se sobresaltó. La había pronunciado sin tener conciencia de ello cuando lo hizo.

—¿Y, señor Rampole? —retumbó la voz de Saunders en la oscuridad.

—Ya salió. ¿Cuánto dista la Residencia de la cárcel?

—Un cuarto de milla en dirección a la estación del ferrocarril. Usted debe haber pasado anoche por ahí. Él y el doctor se hallaban delante de la casa. Se volvió, corpulento, brillándole el cráneo a la luz de la luna. He estado cavilando... cosas horribles... todo el día. Cuando faltaba mucho para este asunto, me reía. Ahora que

ha llegado... pues bien, el viejo Timoteo Starberth.

Algo turbaba la conciencia a lo Eton del buen párroco. Se pasó un pañuelo por la frente.

—Dígame, señor Rampole, ¿estaba Herbert allá?

—¿Por qué Herbert? —preguntó el doctor en tono cortante.

—Porque... ah... porque me gustaría que estuviese aquí. Ese joven es de confianza. Sólido y de fiar. Sin nervios. Admirable, muy inglés y admirable.

De nuevo llenó el cielo el retumbar contenido y próximo del trueno. Una brisa fresca rumoreó por el jardín y las flores blancas danzaron. Hubo un pestañear de relámpago como cuando el electricista prueba un segundo las candilejas antes de que empiece la función.

—Será mejor que vigilemos para ver si llegó bien —dijo el doctor ásperamente—. Si está ebrio puede tener una caída peligrosa. ¿Dijo ella que estaba ebrio?

—No mucho.

Remontaron la calle. Por aquel lado la cárcel se ocultaba en su propia sombra, pero el doctor Fell indicó la posición aproximada de la entrada.

—No hay puerta, por supuesto —explicó. Pero la pendiente rocosa que lleva hasta ella estaba perfectamente iluminada por la luna; una huella serpenteaba casi hasta la sombra de la prisión. Por unos diez minutos nadie habló. Rampole se entretuvo tratando de llevar el ritmo de las notas de un grillo contando entre los chirridos y se perdió en un laberinto de números. La brisa inflaba su camisa con un fresco delicioso.

—Ahí está —dijo repentinamente Saunders.

Un rayo de luz blanca apareció por encima de la colina. Luego, una figura que avanzaba lenta pero sin detenerse, asomó sobre la cresta, de manera tan extraña que pareció levantarse del suelo. Trataba de moverse con decisión, pero la luz vacilaba y variaba su dirección como si Martín Starberth la dirigiese hacia cada rumor leve que escuchase. Observándola, Rampole comprendió el terror que dominaba a la pequeña figura, desdeñosa y embriagada. Se la vió, pequeñita a aquella distancia, vacilar ante las puertas. Vieron la luz inmóvil que alumbraba una entrada abierta. Luego desapareció adentro.

Los que vigilaban regresaron y se dejaron caer, con el ánimo oprimido, en sus asientos. Dentro de la casa el reloj comenzó a dar las once.

—... con tal de que le haya dicho —Saunders había estado hablando desde hacía un rato, pero Rampole lo notaba recién ahora— que se siente cerca de la ventana —extendió sus manos—. Pero, después de todo, seamos razo... seamos... ¿Qué *puede* ocurrirle? Ustedes saben, lo mismo que yo...

Tan, retumbó el reloj, lentamente. *Tan*, tres, cuatro, cinco...

—Otro poco de cerveza —dijo el doctor Fell. La voz del párroco, suave, untuosa, ahora penetrante y tensa, parecía irritar al doctor.

De nuevo quedaron a la espera. Un eco de pisadas en la prisión; una fuga de ratas

y lagartos a medida que la luz penetraba; Rampole, tensas todas sus facultades, creía escucharlas. Recordó unas líneas de Dickens, un apunte sobre una excursión más allá de Newgate; en una noche de llovizna viendo, a través de los barrotes, a los guardias sentados en torno del fuego y sus sombras sobre el muro blanqueado.

Un resplandor surgió desde la Pieza del Gobernador. No se movía. La linterna era muy potente y despedía un rayo recto, horizontal, contra el que se destacaban los barrotes de la ventana. Era evidente que la había colocado sobre una mesa y allí estaba despidiendo su rayo hacía, un rincón del cuarto. Eso era todo... la fina banda de claridad detrás de los barrotes cubiertos de hiedra surgiendo solitaria contra la masa sucia de hiedra de la prisión. La sombra de un hombre se movió allí y luego se desvaneció.

Aquella sombra parecía tener un cuello increíblemente largo.

Rampole se sorprendía al darse cuenta de que su corazón latía agudamente. Había que hacer algo, concentrarse en alguna cosa...

—Qué le parece, señor —dijo a su anfitrión—, quisiera subir a mi cuarto y mirar esos diarios de los dos gobernadores... De allí puedo vigilar la ventana. Quiero *saber*.

De repente se le ocurrió que tenía importancia vital saber cómo habían muerto aquellos hombres. Palpó los papeles que estaban húmedos. Recordó que los había sostenido en la misma mano cuando tomó el receptor del teléfono. El doctor murmuró algo, aunque pareció que no lo había oído.

Rodó el crujido del trueno, como si pesados carros hicieran vibrar los cristales de las ventanas, cuando subía las escaleras. Una brisa densa pero que aún exhalaba calor, invadió el cuarto. Encendió la lámpara, acercó la mesa a la ventana y puso en ella los papeles. Echó en tomo una mirada antes de sentarse. Allí estaban desparramadas sobre el lecho las hojas con las canciones cómicas, que había comprado aquella tarde; y estaba también la pipa de arcilla.

Se le ocurrió una idea vaga y singular; que si fumaba en esa pipa, recuerdo de una hora de alegría, estaría más cerca de Dorotea. Pero le pareció una tontería y se maldijo cuando tuvo conciencia de ello. Iba a volverla a guardar cuando se produjo un ruido; la frágil pipa de arcilla resbaló, de sus manos y se estrelló en el suelo.

Se estremeció como si hubiese herido a un ser vivo. La contempló fijamente durante un momento y luego se apresuró a sentarse frente a la ventana. Los insectos comenzaban a chocar con tenue *¡tick!, ¡tick!*, y a bullir contra la ventana. A la distancia, al otro lado del prado, se veía la luz pequeña e inmóvil, en la ventana de la prisión. Oía el murmullo de las voces del doctor y de Saunders, exactamente bajo su ventana.

A. Starberth, Caballero, Su Diario

PRIVADO

(Dieciocho de setiembre de 1797. Primer Año de la Excelente Obra de construcción de la Cárcel de Chatterham, en el Condado de Lincoln y el trigésimo séptimo del Reinado de Su Soberana Majestad,

Jorge III).

Quae Infra Nos Nihil Ad Nos

Escritas a máquina estas páginas tenían una sugestión más intensa, pensó Rampole, que la que hubieran tenido los amarillentos originales. Su escritura debía haber sido pequeña, neta y precisa como el hombre de apretados labios; que la había trazado. A continuación venía un trozo imaginativo compuesto según el mejor gusto literario de la época, sobre la majestad de la justicia y la noble misión de castigar a los malhechores. Y repentinamente se volvía burocrático.

PARA SER AHORCADOS, el jueves diez del corriente, los siguientes, a saber: Juan Hepditch, por Robo en camino real.

Luis Martens, por haber fabricado moneda falsa, importe: 2 libras.

Costo de la madera para erigir la horca, 2 chelines, 4 peniques. Sacerdote: 10 peniques (gasto que yo habría suprimido gustosamente pero que está prescripto por la ley, porque esos hombres son de baja extracción social y tienen poca necesidad de consuelos espirituales).

Hoy he estado observando la excavación de un pozo viendo que la hiciesen hasta una profundidad adecuada, es decir, 25 pies de profundidad y 18 pies de ancho, siendo más bien foso que pozo propiamente dicho, y destinado a contener los huesos de los malhechores. De este modo se ahorran gastos innecesarios de sepultura y se tiene una precaución de lo más loable, por aquel lado. Su borde ha sido guarnecido con una hilera de hierros puntiagudos por orden mía.

Me ha contrariado mucho el que mi nuevo traje escarlata y el sombrero con encajes, encargados hace ya seis semanas, no hayan llegado en la diligencia. Estaba resuelto a presentarme adecuadamente: el escarlata (a manera de juez) produciría una apariencia imponente, en las ejecuciones, y he preparado unas palabras para pronunciarlas desde el balcón. El nombrado Juan Hepditch (a lo que he oído) tiene un bello talento oratorio, aunque de clase social baja y debo cuidar que no me supere.

Estoy informado por el jefe de los carceleros que hay cierto descontento, y que los presos golpean en las puertas de las celdas, en las galerías subterráneas, a causa de una, clase de rata gris de campo que devora el pan de los confinados y que es difícil de ahuyentar; además, estos hombres se quejan que, debido a la natural oscuridad, no las pueden ver hasta que tales ratas están encima de ellos y les arrebatan la comida. Maese Nicolás Threnlow me preguntó: “¿Qué debo hacer?”. A lo que repliqué: “Que era por causa de sus propios hábitos perversos que habían caído en tal situación y debían soportarla; y asimismo indiqué que se reprimieran tales ruidos intolerables, con castigos de azotes que inducirían a los criminales a observar la debida y humilde conducta”. Esta tarde comencé a escribir una balada nueva a la manera francesa, y la creo muy buena.

Rampole se movió en su silla y alzó inquieto los ojos, en los que dió la luz inmóvil más allá del llano. Bajo su ventana, sobre el césped, oyó al doctor Fell comentando algunos hechos relacionados con las ceremonias inglesas al beber y el murmullo de protesta del pastor. Luego continuó leyendo, pasando ligeramente las páginas. El relato distaba mucho de ser completo. Una cantidad de años faltaban totalmente. Otros tenían apenas una nota o dos. Pero la sucesión de horrores, crueldades, frases morales retumbantes y mezquinos regocijos por el ahorro de dos peniques, mientras el viejo Antonio garabateaba versos... no eran más que el prelude.

El tono del relato cambiaba. Aparecían quejas violentas en su diario.

Me llaman Herrick^[9] él cojo, ¿verdad? (escribe en 1812). Dryden^[10] in falsetto.

Pero comienzo a pensar un plan. Odio con toda el alma y maldigo a cada uno de aquellos a los que por desgracia estoy ligado por vínculos de sangre. Hay cosas que se puedan comprar y cosas que se puede hacer para derrotarlos. *Por lo cual recuerdo que últimamente las ratas están engordando.* Entran en mi cuarto y las veo más allá del círculo de la luz mientras escribo.

Con el transcurso de los años (notó Rampole) ha desarrollado un nuevo estilo literario, pero su rabia crece como una manía. Para el año 1814 hay una sola entrada:

—Debo ir despacio con las compras. Cada año, cada año. Ahora las ratas parecen *conocerme*.

De todo lo demás, sólo un pasaje hizo estremecer a Rampole:

—Junio 23. Me estoy consumiendo y me da trabajo conciliar el sueño. Varias veces me ha parecido oír que golpeaban desde afuera la puerta de hierro que lleva a mi balcón. Pero cuando abro no hay nadie. Mi lámpara quema cada vez peor y comienzo a sentir cosas en mi lecho. *Pero tengo seguras a las bellezas.* Es fortuna que tengan tan fuertes los brazos.

Una ráfaga dió ahora de lleno en la ventana y casi arrancó las páginas de las manos de Rampole. Por un instante lo sobrecogió la sensación horrible de que se las quitaban; y el choque y roce de los insectos no contribuía a serenarlo. La luz de la lámpara brincó levemente, pero tornó a brillar, amarilla y quieta. Un relámpago iluminó la prisión y un instante después el trueno estremeció todo...

No había terminado el diario del viejo Antonio y faltaba aún el de otro Starberth... Pero estaba demasiado fascinado para leer más rápidamente. Había ido viendo cómo se consumía el viejo gobernador tuerto a medida que pasaban los años y lo imaginaba ahora tocado con un sombrero alto, llevando casaca entallada, y el bastón de puño de oro que mencionaba a menudo. De pronto se interrumpió la impasible regularidad del diario.

Julio 9. Oh, Señor Jesús, dulce dispensador de consuelo a los desamparados, vuelve tus ojos a mí. ¡Socórreme! No sé cuál es la causa, pero no puedo dormir, y entre costilla y costilla puedo poner un dedo. ¿Devorarán a mis queridos?

Ayer ahorcamos a un hombre, por asesinato, como ya indiqué. Marchó al patíbulo llevando un chaleco a rayas azules y blancas. La multitud me demostró su hostilidad.

Ahora duermo con dos candelas de junco encendidas. Un soldado está de guardia en mi puerta. Pero, anoche mientras redactaba mi informe acerca de esta ejecución, oí golpes suaves en mi habitación, a los que traté de no prestar atención. Había despabilado la bujía de mi cabecera y puesto mi gorro de dormir y me disponía a leer en el lecho. Por lo que tomé de la mesa mi pistola cargada y llamé al soldado para que echara atrás las sábanas. Y cuando lo hubo hecho, pensando sin duda que yo estaba loco, vi en el lecho una gran rata gris que me clavaba sus ojos. Estaba mojada y había un gran charco de agua negra donde ella estaba y la rata parecía hinchada de gorda y trataba de sacarse de los agudos dientes un pequeño girón de tela a rayas azules y blancas.

A esta rata el soldado la mató con la culata de su fusil, porque ella no tenía agilidad bastante para correr por el piso. Tampoco quise dormir en el lecho aquella noche. Hice que encendieran un gran fuego y bebiendo ron caliente me adormiló ante él, sentado en una silla. Me pareció que estaba a punto de, quedar dormido cuando oí un murmullo como de muchas voces en el balcón fuera de mi puerta de hierro (aunque esto sea imposible, a tal altura desde el suelo) y una voz baja susurró en el agujero de la llave: *Señor, ¿queréis venir afuera y hablar con nosotros?* Y cuando miré, me pareció que corría agua por debajo de la puerta.

Rampole echóse hacia atrás y sintió opresión en la garganta. Las palmas de sus manos estaban húmedas. Ni siquiera le estremeció el estallido de la tormenta, y la lluvia que se abatía a torrentes sobre el prado en tinieblas y silbaba entre los árboles. Oyó al doctor Fell que gritaba: “¡Ponga adentro esas sillas! ¡Podemos mirar desde el comedor!”; y a Saunders que respondió con unas palabras ininteligibles. Tenía los ojos clavados en unas notas escritas con lápiz a la terminación del diario. Era letra del doctor Fell, porque llevaban las iniciales G. F.

Lo encontraron muerto en la mañana del 10 de setiembre de 1820. La noche anterior había sido de tormenta y fuerte viento y es muy poco probable que los carceleros o soldados hubiesen oído sus gritos, si él los hubiese proferido. Lo hallaron caído de través sobre el reborde de piedra del pozo, con el cuello roto. Dos de los hierros de la verja lo habían atravesado de parte a parte, y lo sostenían empalado, con la cabeza colgando hacia el interior del pozo.

Hubo algunas sospechas de que se tratase de un crimen. Sin embargo no se veían señales de lucha; y se señaló que si hubiese sido atacado, aún varios atacantes hubiesen tenido gran dificultad para dominarlo... A pesar de su edad era famoso por la potencia casi increíble de sus brazos y hombros. Hecho muy curioso, pues a lo que parece, adquirió esa fuerza después de llegar a gobernador de la prisión y la aumentó con el correr de los años. En el último tiempo permanecía siempre en la prisión y visitaba raras veces a su familia en la Residencia. La conducta extravagante al final de su vida influyó en la decisión del jurado, que fué: “Muerte por accidente en un momento de enajenación mental”.

G. F., Cottage, 1923.

Poniendo su tabaquera sobre las hojas de papel para que no volaran, Rampole se echó de nuevo hacia atrás. Tenía fija la mirada en la lluvia, y su imaginación reconstruía aquella lejana escena. Mecánicamente alzó los ojos hacia la ventana de la Pieza del Gobernador. Y entonces, por un segundo quedó inmovilizado en su asiento.

La luz en la Pieza del Gobernador no estaba más.

Tan sólo un trémulo telón de lluvia en las tinieblas delante de él. Se puso en pie de un salto, sintiéndose tan débil que no podía apartar la silla y por encima del hombro miró el reloj de viaje.

No eran aún las doce menos diez. Una sensación horrible de desconcierto, un sentimiento de que la silla se le había enredado en las piernas. Y entonces oyó el grito del doctor Fell desde abajo. Ellos también lo habían notado. No podía haber pasado más de un instante. El cuadrante del reloj se desvaneció; no podía separar sus ojos de esas manecillas impasibles, o escuchar otra cosa que el tic-tac impersonal en un gran silencio.

Y entonces cogió el picaporte de la puerta, la abrió de un empujón y se precipitó escaleras abajo, presa de una náusea física que le causaba vértigos. Como en una niebla vió al doctor Fell y al pastor de pie y sin sombrero bajo la lluvia, mirando hacia la prisión y el doctor todavía sostenía una silla bajo el brazo.

—¡Un momento! ¿Qué pasa, muchacho? —preguntó—. ¡Está blanco como un fantasma! ¿Qué?

—¡Tenemos que ir allá! ¡La luz no está! La...

Todos estaban un poco sofocados y no notaban la lluvia que salpicaba en sus

rostros. A Rampole le entró en los ojos y por un momento le estorbó la visión.

—Yo no me apuraría tanto —dijo Saunders—. ¡Es la cosa bestial que ha estado leyendo usted, no le haga caso! Tal vez ha calculado mal el tiempo... ¡Espere!... ¡Usted no conoce el camino!

Rampole se zafó de un tirón de la mano del doctor y corrió por el césped, empapado, hacia el prado. Oyeron que Rampole decía: “Se lo prometí a ella”, y luego Saunders partió tras él. A pesar de su corpulencia era buen corredor. Juntos se deslizaron por una cuesta llena de barro; Rampole sintió que el agua le llenaba los zapatos de tenis cuando lo detuvo un cercado de alambre. Lo pasó de un salto, se lanzó por una pendiente y luego volvió a subir otra vez por los pastizales altos del prado. El torrente de agua lo enceguecía, pero intuitivamente comprendió que se desviaba a la izquierda, hacia el “Nido de Brujas”. Era un error; no era éste el camino, pero el recuerdo del diario de Antonio ardía vívidamente en él. Saunders, detrás, gritó algo que se perdió entre el crujir y retumbar de los truenos. Al resplandecer del siguiente relámpago, vió a Saunders, que, gesticulando, se apartaba de él, corriendo hacia la derecha, en dirección al portón de la cárcel; pero él continuó su camino.

Cómo se internó en el “Nido de Brujas” fué cosa que nunca pudo recordar más tarde. Una pendiente aguda y resbaladiza, césped que se enredaba en los pies como alambres, después zarzas, malezas que le arañaban a través de la camisa; no veía sino que se resbalaba sobre los abetos y un precipicio lleno de agua que parecía venirle encima. La respiración le hacía doler los pulmones y se apoyó contra una corteza empapada para librar de agua sus ojos. Pero él sabía que estaba *allí*. Alrededor, en la oscuridad, sentía como un siniestro agitarse, y cuchichear; choques sordos en el agua, una impresión de cosas que reptaban o se arrastraban, pero lo peor de todo: olor. También había cosas que daban contra su cara. Extendiendo la mano tocó un muro bajo de piedra en bruto y palpó un hierro áspero por el óxido. Algo había aquí, que oprimía el cerebro, congelaba la sangre y hacía temblar las piernas. Entonces vino el relámpago con luz intermitente a través de los árboles... Se hallaba mirando el ancho foso, al nivel de su pecho y oyendo el agua que chocaba allá abajo.

No vió nada que colgara allí, cabeza abajo, a través del borde del pozo, empalado en un hierro. En la oscuridad comenzó a andar a tientas alrededor del pozo, tomándose de los hierros con su ansia frenética de saber. Y sólo cuando estuvo exactamente bajo el borde de la roca y comenzaba a¹ respirar aliviado, fué cuando su pie chocó con algo blando.

Se puso a palpar en la oscuridad, tan entumecido, tan transido, que tentaba con un cuidado que resultaba macabro. Sintió un rostro frío, unos ojos abiertos y una cabellera mojada. Pero el cuello estaba flojo y suelto como si fuese de goma, porque estaba roto. No necesitó el resplandor del relámpago siguiente para saber que era Martín Starberth.

Sus piernas se aflojaron y se apoyó de espaldas contra la roca, cincuenta pies

abajo del balcón del gobernador, que un segundo antes se había destacado negro a la luz del relámpago. Un gran estremecimiento lo recorrió; sintióse empapado y perdido y un único pensamiento lo abrumaba: había fallado en su promesa a Dorotea. La lluvia lo inundaba por todas partes, el barro se espesaba bajo sus pies y se hacía más profundo el rugido de la tormenta. Levantó sus ojos estupefactos y vió al final de la llanura, en la casa del doctor Fell, la luz amarilla en la ventana de su cuarto. Allí estaba, bien visible por un claro entre los árboles, y las únicas imágenes que acudieron a su mente, por singular paradoja, fueron las hojas de canciones, desparramadas sobre su lecho, y los fragmentos de una pipa de frágil arcilla esparcidos por el suelo.

Capítulo VI

Budge, el mayordomo, daba su acostumbrada vuelta por la Residencia, para asegurarse de que todas las ventanas estaban cerradas, antes de retirarse a su lecho de soltero respetable. Estaba seguro de que todas las ventanas estaban perfectamente cerradas, que lo habían estado cada noche durante los quince años que llevaba en su cargo, y que así seguirían hasta que la gran casa de ladrillos rojos se desmoronase o Fuese Tomada Por Americanos (contingencia esta última que la señora Bundle, ama de llaves, solía mentar con tono lúgubre como si narrase una horrenda historia de espíritus). No por eso dejaba el señor Budge de alimentar una tenebrosa desconfianza hacia las doncellas. Tenía la convicción de que en cuanto volvía la espalda, cada una de ellas era dominada por el deseo de deslizarse sigilosamente y abrir las ventanas para que entrasen los rateros. Su imaginación no llegaba a concebir la posibilidad de que un ladrón las abriera por sí mismo, lo que era igual.

Su recorrida por la larga galería del primer piso le mereció especial atención. No tardaría mucho en llover y esto tenía importancia a sus ojos. No le preocupaba la vela de su joven, señor en la pieza del Gobernador. Eso era una tradición, un final previsto, como servir a la patria en tiempo de guerra, cosa que se aceptaba estoicamente como la guerra; tenía sus peligros, pero era sencillamente así. Budge era hombre razonable. Sabía que existían malos espíritus, tal como conocía la existencia de los sapos, murciélagos y otras cosas desagradables. Pero tenía la sospecha de que hasta los fantasmas mismos se habían vuelto apocados y medio afónicos en estos tiempos de decadencia en los cuales la servidumbre tenía tanto tiempo libre. No era como en los viejos días cuando servía su padre. Su principal cuidado era el que hubiese un fuego en la biblioteca cuando regresara el joven amo; una fuente de sandwiches y el *whisky*.

Pero no; otras y mayores preocupaciones lo asediaban. Cuando llegó al centro de la galería de paneles de roble, donde estaban los retratos, se detuvo como lo hacía siempre para levantar la luz hasta el retrato del viejo Antonio. Un artista del siglo XVIII lo había pintado, vestido de negro y con las condecoraciones sobre el pecho, sentado ante una mesa, apoyando la mano sobre un cráneo.

Budge conservaba el cabello y era hombre de hermosa apariencia. Le gustaba encontrar semejanza entre él y el antiguo gobernador de rostro pálido, reservado y clerical, a pesar de la historia de aquél; y siempre, luego de haber estado contemplando el retrato, Budge reanudaba su recorrido con porte y paso de mayor dignidad. Y ¿quién hubiese podido sospechar su culpable secreto:... que lloraba en los pasajes tristes de las películas, que gustaba con pasión? Nadie sabía que una vez había pasado insomne muchas noches con el horrible temor de que la señora de Tarpon, el farmacéutico, lo hubiera visto en este estado cuando se pasó la película americana *Hacia Oriente*, en Lincoln.

Esto le trajo algo a la memoria. Cumplida su inspección arriba, descendió por la gran escalera con su imponente paso de oficial de la Guardia. El gas ardía bien en el salón de entrada, aunque la tercera estufa de la izquierda chisporroteaba. No tenía que asombrarse demasiado si cualquiera de estos días instalaban luz eléctrica. Otra novedad americana. ¡Ah, estaba ya el señor Martín corrompido por los americanos! Siempre un poco extravagante pero verdadero caballero hasta que comenzó a hablar esa ruidosa jergonza que uno no entendía, únicamente de bares y bebidas con nombres de piratas... y, como si no fuera bastante, hechos con ginebra, buena solamente para viejas y borrachines; sí, y llevaba un revólver según sabía él. ¿“Tom Collins” era el nombre de uno de los piratas, o no? ¿O era el llamado John Silver? Y algo que llamaban *sidecar*...

Sidecar. Esto le recordó la motocicleta del señor Herbert. Sintió, inquietud.

—¡Budge! —llamó alguien desde la biblioteca.

La costumbre despejó la mente de Budge como despejó su expresión. Luego de colocar su lámpara con cuidado sobre la mesa del vestíbulo, entró en la biblioteca con una actitud que expresaba debidamente que no estaba seguro de haber oído bien.

—¿Llamó usted, señorita Dorotea? —preguntó Budge.

Aunque su mente era una pizarra fofa, no pudo menos de notar una circunstancia desconcertante o, más bien, casi inconveniente. La caja empotrada en el muro estaba abierta. Conocía su ubicación, detrás del retrato del señor Timoteo, su finado amo; pero en quince años jamás la había visto así, indecentemente expuesta a la vista. Notó esto antes aún de que mirara mecánicamente hacia la chimenea para ver si tiraba bien. La señorita Dorotea estaba sentada en una de las grandes sillas duras, con un papel en las manos.

—Budge —dijo ella— ¿quiere pedirle al señor Herbert que baje?

Vaciló.

—El señor Herbert no está en su cuarto, señorita Dorotea.

—¿Quiere buscarlo, por favor?

—Creo que el señor Herbert no está en la casa —dijo Budge, como si hubiese meditado profundamente algún problema y llegado a una conclusión.

Ella dejó caer el papel en su regazo.

—Budge, ¿qué quiere decir usted, por Dios?

—El... hum ¿no dijo nada de que pensara salir, señorita?

—¡No! ¿Dónde iba a ir?

—Menciono el asunto, señorita Dorotea, porque tuve ocasión de ir a su cuarto, por un encargo, poco después de la comida. A lo que vi, estaba arreglando una pequeña valija.

Otra vez vaciló. Se sintió inquieto porque el rostro de ella había tomado una expresión singular. Se puso de pie.

—¿Cuándo salió?

Budge echó una ojeada al reloj que estaba sobre la repisa. Sus manecillas

señalaban las once y cuarenta y cinco.

—No estoy seguro. Creo que salió inmediatamente después de la comida. Salió en su motocicleta. El señor Martín me había pedido que le consiguiera una linterna eléctrica de bicicleta, más conveniente para... este... la travesía. Por eso noté que el señor Herbert había salido. Fui a la caballeriza a sacar una linterna de una de las máquinas y, ...bueno, el señor Herbert pasó por mi lado...

¡Cuán singular era la actitud, de la señorita Dorotea! Ciertamente que tenía razón de estar trastornada, al encontrarse repentinamente con que el señor Herbert había partido sin decir palabra, y por otra parte, con la caja de seguridad abierta por primera vez en quince años; pero no le gustaba que ella lo demostrara. Sintió lo mismo que una vez que se le ocurrió mirar por el agujero de la llave y vió... Budge se apresuró a rechazar ese recuerdo embarazoso de su juventud irreflexiva.

—Es extraño que no lo viese yo —decía Dorotea, mirando fijamente a Budge—. Estuve sentada en el césped durante una hora por lo menos después de comer.

Budge tosió.

—Iba a decirle, señorita, que él no salió por el camino, sino que se dirigió por el pastizal hacia Shooter's Lane. Yo lo noté porque me llevó, un rato encontrar una linterna que sirviera al señor Martín y fué cuando vi que doblaba por la callejuela...

—¿Habló usted de esto al señor Martín?

Budge se mostró ligeramente sorprendido.

—No, señorita —respondió con dignidad—, le di la linterna como sabe usted, pero no creí dentro de mis atribuciones darle cuenta...

—Gracias, Budge. No necesita esperar al señor Martín.

Al saludar inclinándose se aseguró con una ojeada de soslayo, de que los sandwiches y el *whisky* estaban en el lugar debido, y se retiró. Púsose cómodo consigo mismo como quien se afloja el cinturón; era de nuevo el señor Budge.

Muchacha singular su joven ama. Casi hubiera pensado "una buena pieza" pero era una falta de respeto. Tiesa y de maneras a lo grande, repechada y de ojos fríos. Ningún sentimiento. Nada de afecto. La había visto crecer... a ver... había cumplido veintiún años el pasado mes de abril: desde que tenía seis. Una criatura, ni condescendiente ni segura de salir con la suya, como el señor Martín, o agradeciendo apaciblemente un servicio como el señor Herbert, sino extraña...

Observó que tronaba con mayor frecuencia ahora y que en los lugares oscuros de la casa penetraban finas bandas de luz de los relámpagos. ¡Ah, buena idea la suya de encender el fuego! El gran reloj de pie del vestíbulo necesitaba cuerda. Mientras la daba siguió pensando cuán extraña criatura había sido la señorita Dorotea. Recordó una escena: la mesa del comedor, y él mismo allí, cuando el señor y la señora vivían. Los dos señoritos, Martín y Herbert, habían estado jugando a la guerra con otros muchachos en la quinta de Oldham. Hablando de ello durante la comida, Martín había reprendido a Herbert por no subir como vigía en la rama más alta de un arce. El señorito Martín era siempre el jefe y Herbert lo seguía obedientemente; pero esta vez

se rehusó a obedecer órdenes. “No quise” —repitió en la mesa—. “Esas ramas están podridas”. “Bien, Bert”, dijo la señora con su manera gentil. “Recuerden, hasta en la guerra hay que ser cautos”. Y entonces la pequeña Dorotea había asombrado a todos, exclamando de pronto y en tono de gran violencia, aunque no había dicho palabra en toda la tarde: “Cuando sea grande yo me casaré con un hombre sin ninguna precaución”. Y su actitud era de fiereza desafiante. La señora la reprendió y el señor rió entre dientes tan sólo, con su modo seco y desagradable. Era extraño recordar eso ahora. Llovía. Terminaba de darle cuerda al reloj, cuando comenzó a dar la hora. Budge lo miraba distraídamente y tuvo la sensación de que algo lo sorprendía, sin saber qué. Medianoche era lo que daba el reloj. Bueno, nada de particular, seguramente...

¡Pero no! Algo andaba mal. Algo chirrió en lo profundo de su cerebro mediocre y rutinario. Turbado, se quedó mirando con el ceño fruncido el paisaje pintado en el cuadrante...

¡Ah! ¡Ahora se daba cuenta! No hacía sino unos minutos que había estado hablando con la señorita Dorotea y el reloj de la biblioteca había dado las once y cuarenta y cinco. El reloj de la biblioteca debía andar mal.

Sacó su reloj de oro que no había variado en muchos años y lo abrió. Doce menos diez. No, el reloj de la biblioteca estaba bien; y éste gran reloj, por el que las sirvientas arreglaban los demás relojes de la casa, estaba adelantado diez minutos y medio exactamente. Un gemido subió por la garganta de Budge, pero tuvo que quedar sin ser proferido. Ahora, antes de poder retirarse con la conciencia en paz, debía dar una vuelta y revisar los demás relojes. El reloj dió medianoche.

Entonces, en ese instante, sonó el teléfono. Y cuando iba a atender el llamado, Budge vió a Dorotea de pie en la puerta de la biblioteca, con el rostro blanco...

Capítulo VII

Sir Benjamín Arnold, jefe de policía, estaba sentado detrás del escritorio en el estudio del doctor Fell. Sus manos huesudas estaban plegadas sobre el escritorio, recordando la actitud de un maestro. Su aire general se parecía un poco también al de un maestro, salvo el rostro, tostado por el sol y equino. Su espesa cabellera, un tanto agrisada, estaba peinada a la pompadour; los ojos brillaban penetrantes detrás de los lentes.

—... me pareció lo mejor —decía—, encargarme personalmente. Se sugirió el envío desde Lincoln de un inspector. Pero hace tanto tiempo que conozco a los Starberth y al doctor Fell en particular, que me pareció lo mejor venirme hasta Chatterham y dirigir yo mismo a la policía. Así podemos evitar escándalos, o por lo menos limitar lo desagradable que revele la investigación.

Vaciló mientras carraspeaba.

—Usted, doctor... y usted, señor Saunders, saben que, nunca he tenido ocasión de ocuparme en un caso de asesinato. Estoy casi seguro de navegar por aguas desconocidas. Si falla todo, tendremos que apelar a Scotland Yard. Pero creo que entre nosotros podemos resolver este infortunado suceso.

El sol estaba alto y era una mañana clara y tibia, pero en el estudio había poca luz. Durante el largo silencio que siguió, se oían los pasos del agente que iba y venía afuera en el vestíbulo. Saunders balanceaba su cabeza como absorto. Fell se quedó ceñudo y sombrío. Rampole, cansadísimo y embotado, apenas prestaba atención.

—¿Usted... hum... dijo “caso de asesinato” Sir Benjamín? —inquirió Saunders.

—Conozco la leyenda de los Starberth, naturalmente —respondió el jefe de policía, asintiendo—. Y confieso que tengo mi teoría con respecto a ella. Quizá no he usado la expresión “caso de asesinato” en su sentido exacto. Podemos excluir la hipótesis de un accidente. Pero ya vendré a esto... Ahora bien, doctor...

Se enderezó, contrayendo los labios y cerrando los puños huesudos y nudosos, acomodándose como un conferencista a punto de iniciar un tema importante.

—Doctor, usted ha descrito todo lo que ocurrió hasta que la luz se apagó en la Pieza del Gobernador. ¿Qué pasó cuando usted fué a investigar...?

Con aire pensativo el doctor Fell tocaba el borde del escritorio con el bastón. Carraspeaba y se mordía el bigote.

—Yo no fui allá. Gracias por el cumplimento, pero yo no me pude mover como estos dos. Hum... no. Mejor será que se lo expliquen ellos.

—Ah, bien... Creo, señor Rampole, que usted encontró el cuerpo, ¿no?

El aspecto frío y oficial de la interrogación, puso incómodo y nervioso a Rampole. No podía hablar con naturalidad y tenía la sensación de que todo lo que dijera podía volverse contra él. ¡La justicia!, era algo imponente y que atemorizaba. Sentíase culpable aunque sin saber de qué.

—Lo encontré, sí.

—Dígame, entonces. ¿Por qué se le ocurrió ir directamente al foso, y no pasar el

portón, y subir a la Pieza del Gobernador? ¿Tenía algún motivo para sospechar lo sucedido?

—Yo... no lo sé. He estado todo el día tratando de ver claro en eso. Fué mecánico, instintivo. Había estado leyendo estos diarios... la historia de la leyenda, y todo eso... de modo que... —hizo un ademán de impotencia.

—Comprendo. ¿Qué hizo después?

—Me quedé tan atontado que me dejé caer sobre la pendiente y estuve sentado allí Entonces me hice cargo de la situación y llamé al señor Saunders.

—¿Y usted, señor Saunders?

—En cuanto a mí, Sir Benjamín —dijo el párroco dándole al título todo su valor — estaba casi ante la puerta de la prisión cuando... cuando oí el llamado del señor Rampole. Me había parecido extraño que se dirigiese hacia el “Nido de Brujas” y traté de hacerle señas, pero apenas había tiempo para pensar.

Contrajo el entrecejo sentenciosamente.

—Muy bien. Cuando tropezó con el cuerpo, señor Rampole, ¿yacía al borde del pozo directamente bajo el balcón?

—Sí.

—Yacía, ¿cómo? Quiero decir, ¿de espalda o boca abajo?

Rampole reflexionó, cerrando los ojos. Todo lo que recordaba era la cara mojada.

—De costado, creo... Sí, de eso estoy seguro.

—¿Derecho o izquierdo?

—No sé... déjeme pensar. Sí, sobre el derecho.

De pronto, el doctor Fell se inclinó hacia adelante, golpeando la mesa con su bastón.

—¿Está seguro de eso? —preguntó—. ¿Está seguro, ahora, hijo? Mire que es fácil confundirse.

El otro asintió.

—Sí... —al tocar el cuello del muerto, se había inclinado y lo había sentido todo machacado contra el hombro derecho—. Era el derecho. Lo juraría.

—Exacto, Sir Benjamín —confirmó el párroco, juntando las yemas de los dedos.

—Muy bien. Y ¿qué hizo luego, señor Rampole?

—Pues, el señor Saunders llegó y no sabíamos qué hacer. Lo único que se nos ocurrió fué sacarlo de la lluvia. Primero pensamos traerlo aquí, luego desistimos para no asustar a la señora Fell; al fin, lo llevamos arriba y lo pusimos en uno de los cuartos de la prisión. Sí... hallamos, también la linterna que había usado. Quise hacerla andar pero con el golpe se había destrozado.

—¿Dónde estaba esa linterna? ¿En su mano?

—¡No! Estaba a cierta distancia de él. Parecía como si la hubiesen lanzado desde el balcón; quiero decir que estaba demasiado lejos para que *el muerto* la hubiese llevado.

El jefe de policía tamborileó con los dedos sobre la mesa. Una espiral de arrugas

se formaba en su cuello curtido, mientras inclinando a un lado la cabeza, fijaba sus ojos en Rampole.

—Ese punto —dijo—, puede ser de la mayor importancia para el veredicto del jurado que deberá ser de accidente, suicidio o asesinato... Según el doctor Markley, el cráneo del joven Starberth estaba fracturado, ya por la caída o a causa de un golpe fuerte aplicado con lo que llamamos en general un instrumento romo; su cuello estaba roto y había otras contusiones que resultan de una caída grave. Pero estos aspectos serán considerados después... ¿Qué más, señor Rampole?

—Me quedé con él mientras el señor Saunders bajaba para avisar al doctor Fell y para ir a Chatterham a buscar al doctor Markley. Yo no hice más que quedarme aguardando, encendiendo fósforos y... bueno, eso nada más, esperé.

Se estremeció.

—Bueno, gracias. ¿Y usted, señor Saunders?

—No hay mucho más que decir, Sir Benjamín —contestó Saunders, tratando de ubicar algunos detalles—. Fui a Chatterham luego de prevenir al doctor Fell que telefonara a la Residencia, y hablase a Budge, el mayordomo, informándole de lo sucedido.

—¡El tonto ese...! —empezó Fell con un estallido violento. Como el pastor lo mirara con aire de sorpresa y reproche, agregó—: ¡Budge, digo! No vale un maravedí para estos casos. Repitió lo que yo decía y oí que alguien gritaba, en vez de guardarlo para sí hasta que alguien pudiese dar la noticia con precaución a la señorita Starberth, ella la supo al instante.

—Como decía, Sir Benjamín... claro que usted tiene razón, doctor... fué gran indiscreción... como decía... —prosiguió el pastor con el aire de quien trata de dar la razón a varios a un tiempo— fui a buscar al doctor Markley, deteniéndome sólo en la vicaría para llevar un impermeable; luego volvimos, alzamos al doctor Fell y fuimos a la prisión. Después de un examen rápido, el doctor Markley dijo que no había nada que hacer sino avisar a la policía. Llevamos el... cuerpo a la Residencia en mi coche.

Parecía a punto de decir algo más, pero selló sus labios de repente. Reinó un silencio enormemente tenso, como si todos los demás hubiesen contenido también en el momento de hablar.

Sir Benjamín había abierto un gran cuchillo plegadizo y sacaba punta a un lápiz y el frote rápido y ágil del cuchillo de acero contra la madera sonaba tanto que Sir Benjamín alzó los ojos y lanzó una mirada penetrante.

—¿Interrogaron a las personas de la Residencia?

—Sí —dijo Fell. *Ella* se condujo en forma admirable. Logramos un informe conciso y claro de todo lo sucedido en la noche, de ella y de Budge. No molestamos a la servidumbre.

—No importa. Tendré los datos directamente de ellos... ¿Hablaron a Herbert?

—... No —respondió Fell luego de una pausa—. Después de la cena, según Budge, arregló una valija y salió en su motocicleta. No ha vuelto.

Sir Benjamín dejó el cuchillo sobre la mesa. Quedó sentado rígidamente con los ojos clavados en Fell. Después se quitó los lentes y los repasó con un viejo pañuelo; sus ojos, que tras los cristales parecían agudos, se mostraron ahora débiles y hundidos.

—Su insinuación —dijo— es absurda.

—Del todo —repitió Saunders, como un eco, con la mirada dirigida hacia adelante.

—Ninguna insinuación, Dios mío —rezongó Fell y golpeó con la contera del bastón contra la puerta—. Usted pidió hechos. Pero no quiere ninguno. Usted quiere que yo diga algo así: “Claro, hay el pequeño dato de que Herbert Starberth fué a Lincoln al cine; llevó algunas ropas para dejarlas en el lavadero; y salió tan tarde del teatro que seguramente decidió pasar la noche en casa de un amigo”. A estas suposiciones usted le llamaría hechos. Pero le doy hechos y usted los llama suposiciones.

—¡Hombre! —dijo Saunders reflexivamente—. A lo mejor hizo precisamente eso.

—¡Bueno! —dijo Fell—. Podemos decir a cualquiera lo que Herbert hizo. Pero no lo llamemos un hecho. Eso es lo importante.

Sir Benjamín hizo un ademán de impaciencia.

—¿Dijo a alguien adónde iba?

—No, a menos que haya sido a otro que no sea la señorita Dorotea o Budge.

—Ah. Bueno, hablaré con ellos. No quiero oír más. Quisiera saber si no había enemistad entre Martín y Herbert.

—Sí la hubo, Herbert la ocultó admirablemente.

Saunders se daba golpecitos en la barbilla redonda y rosada. Interpuso:

—Acaso haya vuelto ahora. No hemos estado en la Residencia desde anoche. El doctor Fell rezongó. Levantándose con evidente mala gana, Sir Benjamín estúvose de pie hurgando con su cuchillo el cuadrado de papel secante. Luego hizo un gesto profesoral, comprimiendo sus labios otra vez.

—Señores, si les parece bien iremos a echar una ojeada a la Pieza del Gobernador. Entiendo que ninguno de ustedes subió allí anoche... Bueno. Empezaremos entonces, sin teorías de antemano.

—Lo dudo —dijo Fell.

Alguien hizo “¡Uuuuh!” y produjo un leve ruido cuando se disponían a salir del estudio. La señora Fell se alejó por el vestíbulo. Comprendieron por la expresión desorientada del agente de policía que ella le había estado hablando. Muy turbado tenía en la mano un gran buñuelo.

—Deje eso, Withers, y venga con nosotros —gruñó Sir Benjamín—. ¿Apostó un hombre en la prisión? Bueno, vamos.

Salieron a la carretera. Sir Benjamín llevaba su viejo abrigo de Norfolk flotando y un sombrero gastado _echado de cualquier modo sobre la cabeza. No se oyó palabra

hasta que llegaron al gran portón, de la cárcel. La gran reja de hierro que antaño cerrara el paso, se movía arqueada y crujiente, como ebria de óxido. Rampole recordó cómo había chirriado y crujido, cuando entraban el cuerpo de Martín Starberth. Un oscuro pasillo frío y hormigueante de mosquitos llevaba, hacia adentro. Viniendo de afuera, donde había tanto sol, era como entrar en una nevera.

—He estado aquí una o dos veces —dijo el jefe de policía echando una mirada de curiosidad a su alrededor— pero no recuerdo la disposición de los cuartos. Doctor, ¿quiere ir delante? Dígame: la parte donde está la Pieza del Gobernador está con llave, ¿verdad? Supongamos que el joven Starberth echó llave a la puerta exterior cuando entró: ¿cómo nos arreglamos? Yo debía haber sacado las llaves.

—Si alguno lo arrojó por aquel balcón —gruñó Fell— usted puede estar seguro de que el asesino tuvo que salir de la Pieza del Gobernador después. De modo que no debe haber intentado dar un salto de cincuenta pies. Oh, estese tranquilo: encontraremos abierta la puerta.

—Esto está infernalmente oscuro —dijo Sir Benjamín. Estirando su largo cuello preguntó señalando una puerta a la derecha—. ¿Es allí dónde llevaron anoche al joven Starberth?

Rampole asintió con la cabeza y el jefe de policía entreabrió una puerta de roble carcomido y atisbo hacia adentro.

—No hay mucho allí —anunció—. ¡Uf! ¡Qué asquerosa telaraña! Piso de piedra, ventana con rejas, chimenea, a lo que alcanzo a ver. No mucha luz —dió un manotazo delante del rostro ahuyentando algunos bichos invisibles.

—Aquel era el cuarto de guardia y detrás la oficina de la prisión —explicó Fell—. Ahí era donde el gobernador interrogaba a los que traían y se anotaba su entrada antes de ubicarlos.

—En todo caso, está lleno de ratas —interrumpió Rampole, tan súbitamente que todos lo miraron sorprendidos.

El olor a tierra, a sótano, del lugar, le pareció igual al de la noche anterior.

—Está lleno de ratas —repitió.

—Oh... ah... Ciertamente —dijo Saunders—. ¿Y, señores?

Avanzaron por la galería. Las paredes eran desiguales, con sus piedras desaparejas y parches de musgo verde oscuro. “Lugar único”, pensó Rampole, “para la tifoidea”. Ahora casi no se veía nada y adelantaban a empujones, tomados de los hombros unos a otros.

—Debíamos haber traído una linterna —gruñó Sir Benjamín—. Allí hay un obstáculo.

Algo chocó contra el piso de piedra cubierto de malezas, con un ruido apagado. Involuntariamente dieron un salto.

—Esposas —dijo Fell, que estaba más adelantado, entre la oscuridad—. Grilletes y cosas de éstas. Todavía cuelgan a lo largo de las paredes. Estamos pues entrando a los calabozos. Fíjense bien a ver si descubren la puerta.

Era imposible, pensó Rampole, orientarse en el laberinto de galerías; aunque luego de pasar la primera de las puertas interiores se filtraba un poco de luz. En cierto punto, una ventana con gruesa reja de hierro empotrada en el muro de cinco pies de espesor, daba a un patio húmedo y sombrío, antes pavimentado y ahora cubierto de malezas y ortigas. A lo largo del muro pendían, como dientes podridos, las puertas rotas de los calabozos. Y en el centro de este patio horrible, se alzaba produciendo un efecto sobrenatural, un gran manzano cubierto de blancas flores.

—El calabozo maldito —exclamó el doctor Fell.

Nadie pronunció una palabra después. No buscaron, no preguntaron a su guía el significado de ciertas cosas que veían. Pero, en un cuarto sin aire, justamente antes de llegar a la escalera que llevaba al segundo piso, vieron a la Doncella de Hierro, a la luz de los fósforos; vieron el carbón para ciertos fuegos. El rostro de la Doncella de Hierro tenía una sonrisa soñolienta y saciada, y las arañas se balanceaban en las telas que colgaban de su boca. Y había también murciélagos que aleteaban, de modo, que no se detuvieron.

Rampole tenía contraídas las manos; no pensaba sino en las cosas que le rozaban el rostro con ligeros golpes, o en algo que se arrastraba por su espalda. Se oían las ratas. Cuando se detuvieron al fin ante una puerta enorme recubierta de hierro, en una galería del segundo, piso, se sintió aliviado; como si se arrojara en agua fresca y clara luego de estar sentado en un hormiguero.

—¿Está... está abierta? —preguntó Saunders, y su voz los sobresaltó.

La puerta raspó y chirrió cuando el doctor Fell la empujó con ayuda de Sir Benjamín; torcida y oxidada era difícil moverla porque tocaba el piso de piedra. Una nube de polvo se agitó en torno de ellos. Parados en el umbral de la Pieza del Gobernador miraron a su alrededor.

—Creo que no deberíamos entrar —dijo Sir Benjamín, luego de un rato—. ¡Es lo mismo! ¿Alguno de ustedes ha visto el cuarto antes?... ¿No? Lo suponía. Hum... ¿No deben haber cambiado mucho los muebles, eh?

—Casi todo era del viejo Antonio —dijo Fell—. El resto pertenecía a su hijo Martín que fué gobernador aquí hasta que... hummm... murió, en 1837. Ambos dejaron instrucciones para que no se cambiara nada.

Era una habitación relativamente espaciosa, aunque su cielorraso resultaba bastante bajo. Exactamente frente a la puerta donde estaban, se abría la ventana. Esa parte de la prisión se hallaba en sombras, y las enredaderas entretejidas en torno de las rejas no dejaban pasar mucha luz; abajo, en la superficie desigual del piso de piedra, se veían pequeños charcos de agua de lluvia. A unos seis pies a la izquierda de la ventana, se divisaba la puerta que daba al balcón. Estaba abierta con su hoja casi en ángulo recto con relación a la pared; y grandes gajos pendientes de vid, apartados violentamente cuando habían abierto la puerta, colgaban en la entrada, de modo que apenas si dejaba penetrar más luz que la ventana.

Era evidente que en algún tiempo se había intentado prestar una apariencia de

comodidad a este sitio sombrío. Habían superpuesto a los muros de piedra un artesonado de roble, ahora carcomido. En el muro hacia la izquierda de la guardia, entre un armario alto y una biblioteca llena de grandes volúmenes descoloridos encuadernados en becerro, se veía una chimenea de piedra con un par de candelabros en la repisa. Un sillón cubierto de moho había sido llevado frente a la chimenea. Allí sería, pensó Rampole, donde el viejo Starberth se hallaba sentado ante la llama con su gorro de dormir cuando oyó que tocaban la puerta y susurraban una invitación para que saliese a reunirse con los muertos.

En el centro de la habitación se hallaba un antiguo escritorio plano, cubierto de espesa capa de polvo y restos, y una silla derecha de madera colocada junto a él. Rampole miró fijamente. Sí, en el polvo se veía un angosto espacio rectangular donde la linterna había estado la noche anterior, allí, en aquella silla de madera frente al muro de la derecha, era donde había estado sentado Martín Starberth con el rayo de luz de su linterna dirigido hacia.

Bien. A mitad del muro de la derecha, a nivel con él, estaba la puerta de la bóveda, caja de seguridad, o como se llamase. Era una puerta lisa de hierro, de seis pies de altura y tres de ancho, ahora opaca por el óxido. Justamente debajo de su picaporte de hierro había un curioso aparato como una caja aplanada de hierro, con un gran ojo de llave en un extremo y en el otro algo que parecía una lengüeta de metal sobre una pequeña bola metálica.

—Los datos eran correctos entonces —dijo de pronto el doctor—. Así me parecía. De otro modo hubiera sido muy fácil.

—¿El qué? —preguntó Sir Benjamín con gesto irritado.

Fell indicó con su bastón.

—Supongamos que un ladrón quisiese forzar esto. Pues si tuviese el ojo de la cerradura a la vista, sacaba un molde y hacía hacer una llave maestra; aunque sería una llave enorme. Pero con *esta* combinación no podría obtenerla a menos de volar toda la muralla con dinamita.

—¿Qué combinación?

—Una con letras. He oído que había una. Usted sabe que da idea no es nueva. Metternich tenía una y Talleyrand habla de “*Ma porte qu’on peut ouvrir avec un mot, comme les quarante volems de Scheherazade*”^[11]. ¿Ve esta bola con la lengüeta corrediza de metal sobre ella? La pieza metálica cubre un cuadrante como en la moderna caja fuerte, salvo que están allí las veintiséis letras del alfabeto en lugar de números. Usted hace girar la bola y deletrea una palabra (la palabra preestablecida), antes de que se pueda abrir la puerta; sin esta palabra es inútil tener únicamente la llave.

—Con tal de que alguien quisiese abrir la maldita cosa esta —dijo Sir Benjamín.

Quedaron callados de nuevo, todos molestos. El párroco se pasaba el pañuelo por la frente, segura señal, y miraba un gran lecho con dosel adosado al muro de la derecha. Estaba aún arreglado con ropas y almohadón comidos por la polilla; y

pendían girones de cortina de algunos aros de bronce ennegrecido en torno de la cabecera. Junto a ésta se veía una mesita de luz con un candelabro. Rampole pensaba en lo escrito por Antonio: “Yo había arreglado mi vela y puesto el gorro de dormir; y me preparaba para leer acostado cuando noté un movimiento entre las ropas del lecho...”.

El americano desvió su mirada rápidamente. Bien, alguien más había muerto en este cuarto después de Antonio.

Más allá de la caja se veía un escritorio con puertas de cristal, con un busto de Minerva y una gran Biblia encima. Ninguno de ellos, salvo el doctor Fell, podía librarse del todo de la sensación de que estaban en un lugar de peligro donde había que caminar con cuidado y no tocar. Sir Benjamín se estremeció.

—Bien —comenzó Sir Benjamín con tono lúgubre—. Aquí estamos. Que me ahorquen si sé lo que debemos hacer. Ahí estuvo sentado el pobre muchacho. Allí puso su lámpara. Ninguna señal de lucha... nada roto...

—A propósito —interpuso el doctor Fell pensativamente— me pregunto si la caja estará aún abierta.

Rampole sintió opresión en la garganta.

—Querido doctor —dijo Saunders—, piensa usted que los Starberth aprobarían... Bueno, decía simplemente.

El doctor Fell pasaba ya delante de él y las conteras de sus bastones resonaban contra el piso. Volviéndose violentamente hacia Saunders, Sir Benjamín se enderezó.

—Se trata de un asesinato, ¿sabe? Tenemos que ver. Pero, ¡espere! ¡Espere un segundo, doctor! —se adelantó serio y torpe, con su larga cabeza estirada hacia adelante—. ¿Le parece prudente? —preguntó bajando la voz.

—Me gustaría saber —monologaba el doctor, que parecía no haber oído— cuál es la letra clave de la combinación. ¿Quiere ponerse un momento a un lado, viejo? Gracias... Mire... ¡Dioses! ¡La cosa está *aceitada*!

Manipulaba con la lengüeta de metal, de arriba hacia abajo, subiéndola y bajándola, mientras ellos se apretaban en torno suyo.

—Está puesta en la S. Quizá sea la última letra de la palabra, o, acaso, no. ¡Sea como sea, ahí va!

Se volvió con una mueca soñolienta que ondulaba entre su doble papada, y por encima de los cristales los miró burlonamente, cuando cogió la manija de la caja.

—¿Todos listos? ¡Atención ahora!

Giró la manija y lentamente la puerta se movió sobre sus goznes. Uno de los bastones cayó sobre el piso con estrépito.

Nada salió.

Capítulo VIII

Rampole no sabía qué podía suceder. Se mantuvo junto al doctor, aunque los demás retrocedieron instintivamente. Durante un instante de silencio oyeron a las ratas que se movían detrás del artesonado de madera.

—¿Y bien? —preguntó Saunders con tensa voz.

—No veo nada —dijo Fell—. A ver, muchacho, encienda un fósforo, ¿quiere?

Rampole se maldijo cuando hizo saltar la cabeza del primer fósforo. Encendió otro pero no bien lo introdujo en el interior de la caja, el aire estancado lo extinguió. Se adelantó más y encendió otro fósforo. Olor a rancio y a humedad. Una gruesa telaraña le rozó el cuello. Y ahora en el hueco de su mano brilló una tenue llamita azulada...

Un recinto de piedra, de seis pies de altura y tres o cuatro de fondo, al fin de los cuales se entreveían estantes y, al parecer, libros apolillados y deshechos. Eso era todo. Una especie de vértigo que sentía lo abandonó y su mano quedó firme.

—Nada —dijo.

—Nada —rió entre dientes Fell—, *a menos que haya salido*.

—¡Lindo asunto, no! —rezongó Sir Benjamín—. Vea, hemos andado dando vueltas entre una pesadilla. Yo soy hombre de negocios, de realidades, de sentido común. Pero les juro, señores, que este maldito lugar me había asustado, francamente.

Saunders se pasó el pañuelo alrededor de la barbilla. Se había puesto repentinamente rojo y radiante, respiró profundamente haciendo un ademán amplio y amable.

—Mi querido Sir Benjamín —protestó con voz sonora—, ¡nada de eso! Bien dice usted... hombres prácticos. Como servidor de la iglesia estoy obligado a ser el más práctico de todos en lo que toca a... a cosas de esta especie. ¡Tonterías! ¡Tonterías!

Rebosaba tanta satisfacción que pareció a punto de estrechar la mano a Sir Benjamín, que miraba ceñudo por encima del hombro de Rampole.

—¿Qué más? —preguntó.

—¿Se ve algo más?

Rampole asintió con un gesto. Mantenía el fósforo cerca del piso y lo movía a su alrededor. Por la silueta grabada en la gruesa capa de polvo, resultaba evidente que había habido allí alguna cosa. Era una marca rectangular de unas dieciocho pulgadas de largo por diez de ancho. Pero apenas si oyó la indicación del jefe de policía de que cerrara la puerta de la bóveda. La última letra de la combinación era “s”. Algo significativo y desagradable le volvía a la memoria. Algo escuchado a través de un cerco a la hora del anochecer; palabras proferidas a Herbert Starberth por Martín, ebrio y arrogante, cuando ambos volvían de Chatterham la tarde anterior. “Tú conoces la palabra necesaria perfectamente. Es *horcas*...^[12]”.

Poniéndose de pie sacudió el polvo de sus rodillas y cerró la puerta. Algo había

habido en la bóveda —con toda probabilidad una caja— y quien había asesinado, a Martín Starberth, la había llevado.

—Alguno se llevó... —dijo involuntariamente.

—Sí —dijo Sir Benjamín—. Esto parece de toda evidencia. No hubieran mantenido tanto tiempo toda esta pantomima si no hubiese algún secreto. Pero puede haber algo más. ¿No se le ha ocurrido a usted también, doctor?

El doctor Fell andaba alrededor de la mesa del centro como si la olisqueara. Tentó la silla con el bastón; se agachó (su gran mata de cabellos pareció volar) para mirar bajo la mesa. Entonces levantó la vista con aire de no haber comprendido palabra.

—¿Eh? ¿Eh? —masculló—. Perdone, pensaba en otra cosa. ¿Qué decía usted?

Sir Benjamín tomó de nuevo su actitud de dómine, contrajo la barbilla y los labios, indicando que iba a decir algo profundo.

—Mire —dijo— mire. ¿No le parece a usted más que coincidencia que tantos de la familia Starberth hayan muerto de este modo particular?

Fell alzó la vista como quien en una comedia de cine acaba de recibir un mazazo.

—¡Brillante! —exclamó—. ¡Brillante, muchacho! Bien, ya lo creo. Obtuso como soy, comienzo a notar la coincidencia yo mismo. ¿Y qué más?

A Sir Benjamín no le hizo gracia. Plegó sus brazos.

—Pienso, señores —anunció como si se dirigiera a todos— que progresaremos, en esta investigación si reconocemos que, después de todo, yo soy el jefe de policía y que me costó mucho trabajo encargarme de...

—¡Sh! Lo sé. No quise decir nada —el doctor Fell se mordió el bigote para ocultar una mueca—. Fué su manera tan terriblemente solemne de decir cosas evidentes, eso es todo. Todavía va a ser estadista usted. Por favor, continúe.

—Con su permiso —concedió Sir Benjamín. Trató de mantener su aire profesoral pero la sonrisa le recorría el rostro pecoso. Se frotó la nariz con gesto cordial y recobrando la seriedad, prosiguió—: No, mire ahora. Todos ustedes estaban sentados en el prado vigilando esta ventana, ¿no es así? Habrían visto si sucedía algo anormal; seguro... una lucha, la linterna derribada o algo así. ¿Estamos? Un grito, por ejemplo, lo habrían oído.

—Es muy probable, sí.

—Bien, pues aquí no hubo lucha. Miren dónde estuvo sentado el joven Martín. Podía ver la única puerta del cuarto; es muy probable que le hubiese echado llave también si estaba tan nervioso como dicen ustedes. Y aunque un asesino hubiese entrado primero en el cuarto, no tenía lugar para esconderse... a menos que... ¡Un momento! Ese armario...

Atravesó el cuarto y lo abrió levantando espeso polvo.

—Tampoco sirve esto. Nada más que polvo, y ropas llenas de moho. ¡Cáspita!, he aquí una casaca bordada con cuello de castor, estilo Jorge IV ¡Vaya! —cerrando las puertas de un empujón se volvió—. Juraría que nadie se escondió ahí. Y otro lugar, no lo habría. En otras palabras, el joven Starberth no pudo ser sorprendido sin lucha o

al menos un grito. Ahora bien, ¿cómo saben ustedes que el criminal no entró aquí, después de que el joven Martín había caído desde el balcón?

—¿Qué demonios está diciendo usted?

En la boca de Sir Benjamín se dibujó una misteriosa y significativa sonrisa.

—Digámoslo así —propuso—. De hecho, ¿vieron ustedes que el asesino lo arrojaba? ¿Lo vieron caer?

—No, no podemos decir eso, Sir Benjamín —interpuso Saunders, que evidentemente sentía que lo habían olvidado demasiado tiempo. Se quedó pensando — pero, bueno, no pudimos haber visto. Estaba muy oscuro, llovía mucho y la luz se había apagado. A mí me parece que hasta podrían haberlo arrojado mientras la luz estaba encendida. Vea... la luz estaba aquí, en la mesa. La extremidad ancha de la linterna está aquí, de modo que la luz estaba dirigida hacia la bóveda. Hay seis pies hasta el otro lado, donde está el balcón. A una persona la hubiera ocultado la oscuridad.

Sir Benjamín se enderezó y estirando un dedo lo puso en la palma de la otra mano.

—Lo que yo quiero decir es esto, señores. Acaso haya un asesino. Pero no es seguro que éste se haya deslizado hasta aquí, lo haya golpeado en la cabeza y lanzado al abismo; quiero decir que acaso no haya habido tal cosa como *dos* personas en el balcón... Una trampa de muerte... quién sabe ...

—Ah —dijo Fell entre dientes, encogiendo los hombros—. Bien...

—Ustedes ven, señores —Sir Benjamín continuó, volviéndose a los demás en un esfuerzo para definir con precisión lo que pensaba—. Quiero decir esto... Dos Starberth por lo menos, antes de éste, han encontrado la muerte delante de este balcón... Ahora bien, supongamos que en este balcón hubiese algo... un mecanismo... ¿eh?...

Rampole volvió los ojos hacia el balcón. Más allá de las hiedras desgarradas se veía un muro bajo de piedra, dispuesto en balaustrada, sugestivo.

—Comprendo —asintió—. Como en las novelas. Recuerdo una que leí cuando chico y que me impresionó muchísimo. Algo de una silla atornillada al suelo en una vieja casa y algo pesado que se precipitaba desde el cielorraso y mataba al que se sentase en ella. Pero, ¡mire! Tales cosas no existen. Y además alguien tenía que hacer funcionar eso...

—No necesariamente. Puede haber un asesino, pero quizá este “asesino” está muerto desde hace doscientos años.

Los ojos de Sir Benjamín se abrieron de par en par y luego se fueron concentrando.

—¡Por Júpiter! Aquí me oriento mejor. Justamente acabo de pensar eso yo también: supongamos que el joven Martín abre la bóveda, encuentra una caja, adentro de la caja instrucciones para hacer *algo en el balcón*. Bien, algo sucede, la caja escapa de sus manos y cae al pozo... la linterna va por otro lado, donde usted la

halló... ¿eh?

Toda teoría expresada con fe atraía generalmente la adhesión de Rampole. Volvió a pensar en las líneas del manuscrito de Antonio: “Pero comienzo a pensar en un plan. Odio de todo corazón y maldigo a todos los que desgraciadamente son parientes míos. Odio con toda el alma y maldigo a cada uno de aquellos a los que por desgracia estoy ligado por vínculos de sangre... Por lo cual recuerdo que en los últimos tiempos las ratas están engordando”.

Y sin embargo... no. Aun en su entusiasmo las objeciones se oponían a esta hipótesis bien hilvanada.

—¡Pero, mire, señor! —Protestó—. ¿Sugiere usted seriamente que Antonio se propuso colocar una trampa mortal para todos sus descendientes? Y aunque fuese este el caso, no hubiese sido muy efectiva. Habría atrapado sólo a una persona. La víctima saca la caja, lee el papel o lo que sea, y es precipitada por el balcón. Muy bien. Pero al día siguiente el secreto es descubierto. ¿O no lo es?

—Al contrario. Precisamente es el secreto lo que no han descubierto. Supongamos que las instrucciones eran algo como esto: “Leed este papel, guardadlo otra vez en la caja, cerrad la bóveda y cumplid las instrucciones...”. Pero esta vez —dijo Sir Benjamín, tan nervioso que comenzó a golpear el pecho de Rampole con su largo índice— esta vez, la víctima, por alguna causa, toma la caja y el papel consigo... y allá van todos al pozo...

—Bien, entonces. ¿Y los demás Starberth que no murieron así? Hubo varios entre Martín, en 1837 y 1930. Timoteo apareció con el cuello roto, en el Nido de Brujas, pero no hay modo de saber...

El jefe de policía aseguró sus lentes, con un ademán excesivamente suave. Parecía el profesor ayudando a su estudiante favorito.

—Querido señor Rampole —dijo con un carraspeo profesoral— ¿no es creer demasiado en la inventiva mecánica del hombre, suponer que atraparía a *todos* sus descendientes? No, no. Fallaría de cuando en cuando por una causa u otra. Antonio puede haber muerto al probarla... Por supuesto, usted puede aceptar la primera teoría que he delineado, si la prefiere. Confieso que había pasado por alto eso, momentáneamente. Quiero decir, un criminal que quiere robar algo de la bóveda. Ha preparado su trampa de muerte en el balcón, usando la del viejo Antonio, para sus propios fines actuales. Espera hasta que el joven Martín haya abierto la bóveda. Entonces... de alguna manera, hace que Martín sea atraído al balcón, y allí el mecanismo lo precipita. La linterna cae y se rompe. El criminal (que materialmente no ha tocado a su víctima) toma su presa y se va. Tenemos aquí, admito, dos teorías, cada una de las cuales gira alrededor de un mecanismo mortal, creado antaño por Antonio Starberth.

—¡EHH! —retumbó una voz atronadora.

En este momento ambos estaban tan absortos en su diálogo, tocándose el hombro y haciendo ademanes para destacar un punto, que se habían olvidado totalmente de

los demás. El violento exabrupto de Fell los trajo a la realidad con un sobresalto. Siguieron enérgicos golpes del bastón en el piso. Rampole se volvió y vió la corpulenta figura del doctor extendida en la silla junto a la mesa; sus ojos echaban fuego y agitaba el bastón en el aire.

—Ustedes dos —dijo el doctor— tienen los cerebros más lúcidamente lógicos que yo haya visto. No están tratando de resolver algo concreto. Están simplemente discutiendo cuál puede ser la historia mejor narrada.

El ruido tremendo que produjo su nariz retumbó como toque de trompeta desafiando a la batalla. Mas luego prosiguió con mayor cordialidad:

—Veamos, pues. Yo también soy gran aficionado a tales relatos. He perfeccionado mi intelecto durante cuarenta años con literatura del tipo de la Mano Sangrienta. De modo que conozco todas las trampas de muerte clásicas: la escalera que precipita a un abismo tenebroso, el lecho con dosel que cae, el mueble con la aguja envenenada, el reloj que dispara una bala o un cuchillo, la pistola dentro de la caja fuerte, el objeto que cae del cielorraso, el lecho que exhala un gas mortal cuando lo entibia el calor del cuerpo, y todos los demás probables o no probables. Y confieso —agregó Fell con placer— que cuanto más improbables son, más me gustan. Tengo un cerebro sencillo y melodramático y nada me encantaría tanto como poder creerles. ¿Han visto ustedes *Sweeney Todd, el Barbero Diabólico de Fleet Street*? Deberían ver esa pieza. Fué una de las primeras obras terroríficas, muy popular a comienzos de 1880 más o menos: trata de un peluquero siniestro que tenía una silla que se precipitaba al sótano con los clientes. Allí los degollaba con toda comodidad. *Pero...*

—¡Un momento! —exclamó Sir Benjamín con tono impaciente—. ¿Todo esto quiere decir sencillamente que usted cree que nuestra teoría es muy rebuscada?

—La novela gótica, particularmente —continuó Fell—, está llena de tales... ¿eh? —dijo. Se interrumpió y levantó la vista—. ¿Rebuscado? ¡Dios nos bendiga, no! Algunas de las trampas más ingeniosas han sido reales, como el buque de Nerón que se desarmaba y los guantes envenenados que mataron a Carlos VII. No, no. No reprocho a ustedes lo improbable. El hecho es que ustedes no tienen *en* qué ser improbables. En esto consiste el que ustedes queden muy atrás de las novelas de detectives. Estas pueden lograr una conclusión improbable pero lo hacen sobre la base de evidencias probables, sólidas y buenas, que están a la vista. ¿Cómo saben ustedes que había una “caja” dentro de la bóveda?

—¡Bueno, claro! No lo sabemos, pero...

—¡Justo! Y no bien piensan en una caja suponen que dentro hay un “papel”. Y entonces imaginan unas “instrucciones” en él. El joven Starberth cae desde el balcón, ¿y qué se hace con la caja? Bien, se la hace desaparecer detrás de él. ¡Maravilloso! Tenemos que no sólo han inventado una caja y un papel, sino que ahora los han hecho desaparecer, y el asunto está completo. Como dicen nuestros amigos los americanos: ¡Anteojerías! No, no sirve.

—Muy bien, entonces —dijo Sir Benjamín, con aire un tanto despechado—.

Examine ese balcón si le parece. Por mí, no lo haré.

Fell se apoyó sobre sus bastones.

—Oh, sí que voy a examinarlo. Tenga presente que yo no sostengo que no pueda haber alguna trampa de muerte, a lo mejor está usted en lo cierto —agregó. Quedó con la vista fija delante de él, con su gran rostro encendido inmóvil y ausente—. Pero quiero recalcarle que solamente sabemos con seguridad una cosa: que Starberth yacía debajo del balcón con el cuello roto. Eso es *todo*.

Sir Benjamín insinuó esa sonrisa tensa que parecía bajar más que subir las comisuras de sus labios. Dijo con tono irónico:

—Me alegro de que encuentre por lo menos algo bueno en esta idea, He adelantado dos teorías perfectamente buenas sobre el caso, basadas en una trampa.

—¡Palabras solamente! —estaba ya mirando por la puerta hacia el balcón y parecía preocupado.

—Gracias.

—Bien —murmuró Fell, cansado—. Se lo demostraré, si quiere. Sus dos teorías están basadas en la suposición de que el joven Starberth fué atraído al balcón, o sea: A) por instrucciones que encontró en la caja, o: B) por alguna estratagema de quien quería robar la bóveda, y logró hacerlo salir para que el balcón realizara su siniestra tarea... ¿no es así?

—Correcto.

—Muy bien, entonces. Póngase en el lugar del joven Starberth. Está sentado en esta mesa donde él estaba, y usted tiene al lado su linterna; nervioso como estaba o sereno como lo está usted. ¿De acuerdo? ¿Ve la situación?

—Veo claro todo, gracias.

—Sea para lo que sea, usted se levanta para ir hasta aquella puerta con lo que no sólo trata usted de abrir una puerta sellada, sino de asomarse a un balcón más negro que la pez... ¿Qué hace usted?

—Pues hombre, tomo la linterna y...

—Precisamente. Allí está. Toda la historia consiste en eso. Usted sostiene la linterna mientras abre la puerta, y luego dirige la luz al balcón para ver adónde va, antes aun de poner el pie allí. Bien, eso es precisamente lo que la víctima no hizo. El más leve rayo de luz pasado por esa puerta lo hubiéramos visto desde mi jardín. Pero no vimos nada.

Hubo un silencio. Sir Benjamín se echó el sombrero a un costado y frunció el ceño.

—¡Por Júpiter! —murmuró— ¿sabe que está muy bien lo que dice? Y sin embargo... ¡Oiga! Hay algo que no comprendo. Yo no veo de qué manera pudo el asesino entrar en este cuarto sin que Starberth haya gritado.

—Tampoco yo —dijo Fell—. Si esto lo consuela. Yo...

Se interrumpió mientras una expresión de asombro se reflejaba en sus ojos, los que se habían clavado en la puerta de hierro que llevaba al balcón.

—¡Oh, Señor! ¡Oh Baco! ¡Oh viejo sombrero mío! ¡Todo esto es inútil!

Caminó pesadamente hasta la puerta. Primero se arrodilló y examinó el piso polvoriento y lleno de arena, con terrones de suciedad y piedras caídas cuando habían abierto la puerta. Pasó su mano sobre ellos. Levantándose, revisó la parte exterior de la puerta; la entrecerró y miró el agujero de la llave.

—Abierta con llave, seguramente —masculló—. Aquí donde raspó el orín se ve una marca reciente...

—Entonces —saltó Sir Benjamín—. ¿Martín Starberth abrió la puerta después de todo?

—No, no. No lo creo. Quien la abrió fue el asesino —Fell dijo algo más que no se oyó bien, porque abriéndose paso entre la hiedra había salido al balcón. Los otros se miraron con inquietud. Rampole sintió que su temor al balcón había aumentado. Pero se dirigió hacia él y Sir Benjamín iba a su lado. Volvió la cabeza y vio a Saunders examinando con atención los títulos de los libros encuadernados en becerro, a la derecha de la chimenea; se diría que no estaba dispuesto a separarse de allí, aunque sus pies pareciesen moverse en dirección al balcón.

Apartando las hiedras Rampole salió. El balcón no era grande; apenas era algo más que un sustentáculo alrededor de la base de la puerta, y una balaustrada de piedra que llegaba hasta la cintura. No había mucho espacio sobrante luego que él y Sir Benjamín se pusieron a un lado y otro del doctor.

Nadie hablaba. El sol matinal no daba aún sobre el techo de la prisión; esos muros, la colina y el “Nido de Brujas” allá abajo, todavía estaban en sombras. A unos veinte pies, abajo, Rampole alcanzó a ver el filo del peñasco que sobresalía entre el fango y las malezas, y los tres bloques de piedra que habían sostenido antaño el patíbulo. Por aquella puertecilla, allá abajo, sacaban a los condenados del cuarto de depósito donde el herrero les quitaba los hierros antes del salto postrero que había observado Antonio desde aquí arriba, “con su traje nuevo escarlata y su sombrero con encajes”.

Inclinándose por encima de la baranda, Rampole miró las fauces del abismo, allá abajo entre los abetos; hasta le pareció que alcanzaba a ver una espuma verde sobre sus aguas, muchos pies más abajo, pero estaban en profunda sombra.

Sólo se veía ese pozo de boca amenazadora con un cerco de picas, a cincuenta pies debajo del balcón. Al otro lado de él hacia el norte, los prados estaban alumbrados por el sol y salpicados de flores blancas. Se veía más allá de las tierras bajas cortadas con cercados como un tablero ondulado de ajedrez, el camino blanco, el río de vivos reflejos, las casas blancas entre los árboles y la aguja de la iglesia. Paz... No llenaban los prados ahora los rostros de la gente que venían a ver a los ahorcados. Rampole divisó un carro de heno que iba bamboleándose por la carretera.

—... parece bastante sólido —oyó Rampole que decía Sir Benjamín— y entre los tres hacemos bastante peso. Aunque, la verdad... no me gusta mucho andar tocando esto... ¡Quieto! ¿Qué está haciendo?

Fell estaba escarbando entre la hiedra que cubría las oscuras piedras.

—Siempre quise examinar esto —dijo— y pensaba que nunca iba a tener ocasión de hacerlo. Hum... ¿Aguantará o no? —agregó hablando para sí. Se oyó el ruido de hiedras arrancadas.

—Yo me andaría con más cuidado, si estuviese en su lugar. Aunque...

—¡Ah! —exclamó Fell, soltando un resoplido—. ¡Hola! ¡A la Victoria!, como decía el viejo brindis sajón. ¡Fíjense! Nunca pensé encontrarlo, pero aquí está. ¡Je, je, je! —se volvió con expresión alegre—. Miren aquí, en el borde de afuera de la balaustrada. Hay un lugar gastado donde puedo introducir mi pulgar. Y otro, no tan gastado,' en el bordé de adentro.

—Bien, ¿y qué hay con eso? —preguntó Sir Benjamín—. Oiga, Fell, no ande tocando eso. Uno no sabe.

—Investigaciones a la antigua. Debemos celebrar esto. Bueno, señores, vámonos. No creo que haya más nada ahí afuera.

Cuando volvían a la Pieza del Gobernador, Sir Benjamín echó una mirada de desconfianza a Fell, y le preguntó:

—Si usted vió algo, ¡bueno!, porque lo que es yo... Y de cualquier modo, ¿qué tiene que ver con el asesinato?

—¡Absolutamente nada, hombre! Es decir, sólo indirectamente. Claro que si no fuese por esas dos ranuras en la piedra... Pero no sé... —Se frotó las manos—. Dígame, ¿se acuerda del lema del viejo Antonio? Lo había hecho grabar en sus libros, anillos y qué sé yo... ¿Lo vió alguna vez?

—De modo que —dijo el jefe de policía, achicando los ojos astutamente—, volvemos al viejo Antonio, ¿eh? No, no vi nunca su lema. Pero, si usted no tiene más que decir, creo que sería mejor que saliéramos de aquí y fuéramos a la Residencia. Vamos entonces. ¿Y qué tiene que ver eso?

Fell echó una mirada circular a la sombría habitación.

—El lema era *Omnia mea mecum porto*. “Llevo conmigo todo lo mío”. ¿Eh? Piénselo. Y, mire, ¿qué me dice de una botella de cerveza?

Capítulo IX

Un camino de arena, todo sinuoso. Palomas grises, bajo los olmos. Un prado de bien recortado césped bajo el sol. La casa, alta, imponente, con sus muros de ladrillo rojo mate, revestimientos blancos y cúpula, y, por encima, la veleta dorada, envejeciendo sin perder su gracia, desde los días de la reina Ana. Por ahí hay abejas que zumban y, en el aire, el aroma agradable del heno.

No era así como la había visto Rampole la noche anterior. Llovía cuando el Ford de Saunders se detuvo, y entre ambos llevaron escalones arriba el liviano cuerpo que se estaba poniendo rígido. Ante él se había abierto alumbrador con luz amortiguada la entrada al vestíbulo, como si de golpe lo hubiesen arrojado a un escenario iluminado ante mil personas. Y ahora que iba por el camino temía hallarse otra vez con Ella. Había ocurrido así: arrojado sobre un escenario, desorientado, aturdido, absurdo; desvestido, al modo como se siente uno en sueños. No estaba. Ella en el vestíbulo entonces. Solamente ese mayordomo... (¿cómo se llamaba?) que se inclinó ligeramente, retorciéndose las manos, había preparado un lecho en la sala.

Y después apareció Ella, saliendo de la biblioteca. Los ojos enrojecidos mostraban que había estado llorando desesperadamente, durante una crisis horrible; pero ahora estaba serena e inexpresiva, retorciendo un pañuelo. Él no había dicho palabra. Qué diablos iba a decir. No sabía por qué: simplemente le parecía así. No había hecho más que estarse de pie lamentablemente, con sus ropas empapadas; y se fué en cuanto pudo. Recordaba la partida: acababa de cesar la lluvia y el reloj de pie daba la una. En medio de su desventura recordó que se había concentrado tontamente en un detalle insignificante: había dejado de llover a la una. La lluvia cesó a la una. Tenía que recordarlo. ¿Por qué? Bueno, en todo caso...

No era que le apenara la muerte de Martín Starberth. Ni siquiera le había gustado el hombre. Era que él estaba de ese lado; había una expresión de pérdida irremediable y de fatalidad en el rostro de la muchacha, cuando entró a ver a su hermano muerto; sus manos retorcieron el leve pañuelo, una fugaz contracción del rostro, como ante un dolor insoportable. El immaculado Martín tenía en la muerte un extraño aspecto: llevaba un par de pantalones raídos y un saco desgarrado de punto. Y ahora, ¿cómo estaría Dorotea? Miró los postigos cerrados, el crespón en la puerta, y se estremeció.

Budge les abrió la puerta y se le notó un alivio cuando vió al jefe de policía.

—Sí, señor —dijo—. ¿Llamo a la señorita Dorotea?

Sir Benjamín se mordió el labio inferior. Se le notaba molesto.

—No. Por lo menos, ahora no. ¿Dónde está?

—En las habitaciones de arriba. Aquí están los de la empresa fúnebre.

—¿Alguien más?

—Creo que el señor Payne está en camino, señor. El doctor Markley vendrá también, me dijo que deseaba verlo a usted en cuanto terminase sus visitas de la mañana.

—Ah, sí. Ya veo. De paso, Budge... éstos de la empresa: tendré que ver las ropas que llevaba anoche el señor Starberth, y el contenido de los bolsillos, ¿sabe?

Budge inclinó su cabeza aplanada hacia el doctor Fell.

—Sí señor. El doctor Fell mencionó anoche esta posibilidad. Me tomé la libertad de guardarlos sin tocar nada de los bolsillos.

—Muy bien. Tómelas y las trae a la biblioteca... ¿Dígame, Budge?

—¿Señor?

—Si ve a la señorita Starberth —dijo Sir Benjamín todo turbado y tropezando las palabras—, bueno... este... exprésele mi más profundo... ¿sabe? —vaciló el honesto funcionario policial, enrojando ligeramente ante lo que al parecer consideraba disimular delante de los amigos—. Y quisiera ver al señor Herbert en cuanto sea posible.

Budge permaneció impasible.

—El señor Herbert no ha vuelto todavía, señor.

—Oh, ah. Ajá... Bueno, tráigame esas ropas.

Entraron en una biblioteca en penumbra. Las mujeres son las que demuestran mayor eficacia en caso de muerte, cuando las emociones están en su apogeo. Los hombres, como aquellos cuatro, están mudos y no saben qué hacer. Solamente Saunders demostró cierta serenidad; recobraba sus maneras suaves y parecía tan amanerado como si estuviera abriendo el Libro de Oraciones para leer.

—Permítanme, señores —dijo—, creo que sería mejor que fuera a ver si la señorita Starberth puede recibirme. Son momentos de prueba, ¿sabe?; momentos de prueba, y si puedo servir de algo...

—Perfectamente —dijo Sir Benjamín malhumorado. Cuando el pastor se hubo ido, comenzó a ir y venir por la habitación—. Por supuesto es momento de prueba. Pero, ¿a qué diablos hablar de ello? No me gusta esto.

Rampole coincidía completamente con Sir Benjamín. Todos anduvieron por aquí y allí en el antiguo salón, y Sir Benjamín abrió unos postigos. Sonidos argentinos se difundieron con fluida armonía del gran reloj del vestíbulo, como si retumbaran en la nave de una catedral. En esta biblioteca todo tenía apariencia antigua, sólida y convencional; había un globo terrestre que nadie hacía girar jamás; hileras de libros de autores reconocidos, que nadie leía nunca, y en la repisa, sobre un soporte, un gran pez espada que (uno estaba convencido) nunca había pescado nadie. Una bola de cristal colgaba en una ventana, como talismán contra las brujas.

Budge regresó con una bolsa de ropa.

—Todo está aquí, señor, salvo la ropa interior. Nada se ha tocado de los bolsillos.

—Gracias. Quédese, Budge; quiero preguntarle algunas cosas.

Rampole y Fell se acercaron a mirar, cuando Sir Benjamín puso la bolsa sobre la mesa del centro y empezó a sacar cosas. Una chaqueta gris endurecida por el barro, el forro: desgarrado y lleno de arrugas. Le faltaban varios botones.

—Veamos —dijo entre dientes el jefe de policía hurgando los bolsillos.

—Una cigarrera... hermosa por cierto. Llena de... parecen cigarrillos americanos. Sí, Lucky Strike. Caja de fósforos. Un frasco de bolsillo, *brandy*, un tercio tomado. Esto es todo.

Buscó de nuevo.

—Una camisa vieja, nada en el bolsillo. Medias. Aquí están los pantalones, también en mal estado. Sabía que iba a ser trabajo polvoriento andar en la prisión. Aquí está la cartera, en el bolsillo de atrás —Sir Benjamín hizo una pausa—. Supongo que sería mejor mirar lo que hay adentro. Hum... Diez chelines, una libra y cinco. Cartas, todas dirigidas a él en Norte América, con sello americano de correo. “Señor Martín Starberth, 470 West 24th. Street, N. Y.”. Dígame, ¿no podría ser que un enemigo lo hubiese seguido desde América?

—Lo dudo —dijo Fell—. Pero podría ponerlas aparte.

—Una libreta, llena de números. *A & S., 25 Good Roysterers, 10, Roaring Caravans, 3, Oedipus Rises; Bloomingdales, 25, Good...* ¿Qué será todo esto?

—Órdenes de venta probablemente —respondió Rampole—. Me dijo que trabajaba en publicidad. ¿Algo más?

—Una cantidad de tarjetas. *The Freedom Club 65 West 51 St.* Todos clubes de alguna clase; docenas de ellos. *Valhalla Cordial Shop. Entregamos 342 Bleecker...*

—Está bien —dijo Rampole—. Comprendo, sí.

—Con esto termina la cartera y la ropa también. Un momento. Por Júpiter, he aquí su reloj, en el bolsillo. Y todavía anda. Su cuerpo amortiguó el golpe, y el reloj...

—Déjeme ver —interpuso Fell, repentinamente. Dió vuelta al delgado reloj de oro cuyo tic tac se oía en el silencio de la habitación—. En las novelas —agregó— el reloj del muerto siempre está muy convenientemente aplastado, y así los detectives pueden establecer la hora de la muerte inequívocamente, porque el criminal ha arreglado las manecillas del reloj. He aquí que la vida nos muestra una excepción.

—Ya lo veo —dijo Sir Benjamín—. Pero, ¿por qué le interesa tanto a usted? En el caso nuestro, la hora de muerte no importa absolutamente.

—¿Cómo no importa? —exclamó Fell—. Más de lo que usted piensa. Hum... este reloj tiene las diez y veinticinco —levantó los ojos hacia el reloj de la repisa—. Aquel tiene también las diez y veinticinco, coincidiendo al segundo... Budge, dígame, ¿sabe usted si el reloj anda bien?

Budge asintió.

—Sí señor. Anda exactamente. Puedo contestar afirmativamente este punto, señor.

El doctor vaciló, escudriñó atentamente al mayordomo y luego puso el reloj sobre la mesa.

—Tiene un endiablado aire de seguridad, amigo —dijo Fell—. ¿Por qué está tan seguro?

—Porque sucedió una cosa rara anoche, señor. El reloj de pie, del vestíbulo estaba

diez minutos adelantado. Y sucedió que yo... yo lo noté al compararle con el que está aquí. Luego di una vuelta a ver cómo andaban los demás relojes de la casa. Casi siempre ponemos los relojes por el de pie, y me imaginé...

—Ah, ¿lo hizo usted? —preguntó Fell—. Revisó los otros, ¿eh?

—¡Pues, claro, señor! —dijo Budge, un poco molesto.

—¿Y? ¿Andaban bien?

—Ahí está, si me permite, la parte curiosa del asunto, señor. Andaban bien todos. Todos menos el reloj de pie. Y no me puedo explicar cómo vino a andar mal. Seguramente alguien lo puso así. Pero en la confusión no tuve tiempo de averiguar...

—¿A qué todo esto? —preguntó Sir Benjamín—. Según lo dicho por usted, el joven Starberth llegó a la Pieza del Gobernador al toque de las once... Su reloj anda bien... todo coincide...

—Sí —dijo Fell—. Sí. Eso es lo malo, ¿comprende? Una sola pregunta más, Budge. ¿Hay reloj en el cuarto del señor Martín?

—Sí señor. Uno grande en la pared.

Fell balanceó su cabeza durante un rato, en silenciosa deliberación consigo mismo. Luego fué hasta una silla y con un suspiro se dejó caer en ella.

—Adelante, viejo amigo mío. Acaso parezca que pregunto cosas sin ton ni son y a destiempo, y probablemente lo haré todo el día con cada testigo. Tenga paciencia... Pero, ¡vea Budge! Cuando Sir Benjamín termine de hablar con usted, quisiera que tratase de averiguar quién fué la persona que cambió la hora en el reloj. Es cosa importante.

El jefe de policía tamborileaba con sus dedos impacientemente.

—¿Está seguro de ver claro en eso? —preguntó—. Si no...

—Bien, yo haría notar —dijo Fell apuntando con un bastón— que el asesino ha robado, seguramente, algo de estas ropas. ¿Qué cosa?... ¡Pues, sus llaves, hombre! ¡Todas las llaves que necesitaba! Usted no las encontró, ¿eh?

Sir Benjamín se estuvo callado, cabeceando como si discutiese consigo mismo; luego hizo un ademán y se volvió con resolución hacia Budge. Iban a recorrer el trillado relato de la noche anterior. Rampole no quería oírlo. Ya conocía el monótono relato de Budge, tal como lo había oído de labios de Fell. Quería ver a Dorotea. Seguramente estaba con ella el párroco, amontonando vulgaridades como piadoso corredor que supone que en la cantidad está la eficacia del consuelo. Le parecía oír a Saunders diciendo frases corrientes con el modo llano y mecánico de las mujeres cuando dicen: “Es un consuelo, ¿sabe?”, y al mismo tiempo hacen observar la bondad de su conducta.

¿Por qué no se callaba la gente ante la muerte? ¿Por qué, todo el mundo invariablemente murmuraba el fúnebre: “Tan natural que está, ¿no?”, y todo comentario útil sólo para que las mujeres comenzaran a llorar de nuevo?

No importaba. Lo que le fastidiaba era pensar que Saunders estaba en su papel de magnánimo y de hermano mayor (que por lo demás le agradaba) con Ella. También le

fastidiaba la serenidad profesional del rostro de Budge y sus expresiones cuidadosamente construidas, mientras las suyas eran automáticamente cortadas, como tapitas de botellas, como salían las palabras de la máquina. Correcto o no, no podía estarse sentado allí. Que los demás pensarán lo que quisieran; trataría de acercarse a Ella. Silenciosamente salió de la habitación.

Pero, ¿adónde ir? Claro que no a las habitaciones de arriba; sería un poco excesivo. Pero, ¿no podía andar merodeando por el cuarto, como si buscara el medidor o alguna otra cosa? ¿Habría medidores en Inglaterra? ¡Oh, bueno! Mientras iba hacia la parte posterior del vestíbulo en sombras, vió cerca de la escalera una puerta entreabierta. Una figura interrumpió la claridad que entraba por ella y vió a Dorotea que le hacía señas.

Se encontró con ella a la sombra de la escalera, oprimió sus manos con fuerza y las sintió trémulas. En el primer momento no quiso mirarle el rostro porque tenía miedo (y sentía la garganta tensa y reseca) de que se le escapara un “Te he fallado, y no debía haberlo hecho”, ¡y decir eso... no! O a lo mejor diría: “Te amo”, allí en la penumbra, bajo el sonido rico y melodioso del gran reloj; y el pensamiento de lo que podía haber dicho lo hirió profundamente con un dolor punzante y conmovedor.

Pero no hubo palabras y tan sólo el reloj murmuró en esa serena catedral, y algo dentro de él decía: Dios mío, ¿por qué tienen que existir todas estas tonterías acerca de la fuerza de ella, de su confianza en sí misma? Ojalá no fuera así. Yo protegería y guardaría este pequeño cuerpo, que tendría en mis brazos por un momento; y un susurro de ella sería como un grito de guerra en las tinieblas; y contra este escudo, si fuera mía para siempre, no prevalecería ni el infierno. Pero él sabía que este dolor de la sangre debía ser sofocado ahora. Ah, no pensaba más que locuras, decía ridiculeces y entre la confusión de sus sueños tenía que volver a su propia vulgaridad. Y dijo:

—Yo sé...

Un susurro tonto mientras le acariciaba levemente la mano. Después... no sabía cómo... se encontraron en un cuarto, pequeño, con los postigos cerrados.

—Oí que venía usted —dijo ella en voz baja— y al señor Saunders que subía la escalera; y me hubiera sido imposible escuchar a Saunders, de modo que dejé a la señora Bundle para que lo detuviese... ella lo va a aturdir hablándole... y bajé por la escalera de atrás.

Estaba sentada en un viejo sofá de crin, con el mentón apoyado en la palma de la mano, y los ojos pesados y opacos. Hubo un silencio. El cuarto, cerrado y en sombras, estaba sofocante. Cuando volvió a hablar, con un ligero movimiento nervioso de la mano, él le tocó el hombro:

—Si no quiere hablar...

—Debo hablar. Me parece que hace tiempo que no duermo, y dentro de un momento tengo que ir allá, y tratar otra vez todo el caso con ellos.

Rampole contrajo los dedos. Ella levantó la cabeza.

—No esté así —dijo ella, suavemente—. ¿Creerá usted si le digo... que nunca

quise demasiado a Martín? No es tanto eso... su muerte, digo. Debería estar más afligida de lo que estoy.

—Bien, entonces...

—Cualquiera de las dos cosas es igualmente mala —exclamó alzando la voz—. Y es una... No podemos evitarlo; estamos marcados, condenados, todos nosotros, en la sangre: ¿Expiación? Nunca lo creí ni lo creeré, o si no...

—¡Seréne! Tiene que librarse de eso.

—O, si no... acaso sean las dos cosas. ¿Cómo saber lo que se lleva en la sangre? ¿En la suya, la mía o la de otro? Puede ser la sangre de un asesino, como un fantasma; más aún. ¿Está cerrada esa puerta?

—Sí.

—Cualquiera de nosotros. Pues —su voz se volvió vaga y juntó sus manos como para asegurarse de donde estaban—, yo podría... matarlo... *a usted*. Yo podría sacar el revólver de ese cajón del escritorio sencillamente porque no me podría contener y de repente... —se estremeció—. Si todas esas personas no estaban condenadas a suicidarse, o a ser arrojadas por el balcón, por el destino... o espíritus... no sé qué... entonces, alguien estaba condenado a matarlas... en la familia...

—¡Pero, atienda! Usted no puede continuar pensando eso. Oiga...

Ella movió suavemente la cabeza, se tocó los párpados con las puntas de los dedos, y alzó la mirada.

—¿Le parece que Herbert mató a Martín?

—¡No! ¡Claro que no! Tampoco se trata de tonterías de espíritus. Y... usted sabe que su primo no puede haber asesinado a Martín. Lo admiraba... es sólido y de confianza...

—Hablaba consigo mismo —dijo la muchacha con incongruencia—. Recuerdo ahora, solía hablar consigo mismo. Es a los apacibles a los que temo. Son los que enloquecen cuando la sangre tarada hace crisis... Tenía grandes manos rojas. Su cabello no se conservaba en orden por mucho que lo peinara. Era de complexión fina como Martín, pero con manos grandes por demás. Trataba de parecerse a Martín. Me pregunto si no lo odiaría.

Hubo una pausa mientras oprimía los bordes del sofá.

—Siempre inventaba cosas que no andaban. Un nuevo batidor de manteca. Se sentía inventor. Martín solía reírse de él.

La estancia en penumbras estaba plena de vida. Rampole vió dos figuras, de pie en medio de una carretera blanca al oscurecer, tan semejantes en apariencia y sin embargo tan esencialmente distintas. Martín, ebrio, con un cigarrillo colgando de los labios; Herbert de aire desgarrado y de facciones romas con un sombrero que le sentaba mal, colocado mecánicamente, derecho, sobre la cabeza. Uno se daba cuenta de que si Herbert fumaba un cigarrillo, también éste estaría colocado exactamente en el medio de los labios y balanceándose sin gracia.

—Alguien abrió la caja fuerte de la biblioteca, anoche —dijo Dorotea—. Fué algo

que no dije anoche al doctor Fell. Hay cosas importantes que no le dije. Por ejemplo que Herbert, en la comida, estaba más excitado que Martín... Fué Herbert quien abrió la caja.

—Pero...

—Martín no conocía la combinación. Estuvo ausente dos años y no tuvo ocasión de conocerla. Los únicos que la sabíamos éramos el señor Payne, yo misma y... Herbert. Yo la vi abierta anoche.

—¿Fué sacada alguna cosa?

—No creo. No había nada de valor en ella. Cuando papá hizo esta oficina aquí, dejó de usarla. Estoy segura que estuvo años sin abrirla y, en cuanto a nosotros, ninguno la abrió jamás. Estaba simplemente llena de viejos papeles que databan de años y años... No es que se haya sacado algo, al menos que yo sepa. Es algo que encontré.

Rampole se preguntó si no estaría por ponerse histérica. Se levantó del sofá, abrió un pequeño escritorio con una llave que llevaba colgada al cuello y sacó un papel amarillento. Cuando ella se lo entregó le costó contenerse y no tomarla en sus brazos.

—¡Léalo! —dijo sofocada—. ¡Léalo! Confío en usted. No quiero decirlo a los otros. Tengo que decirlo a alguien...

Miró el papel, intrigado. Tenía un encabezamiento: “Febrero 3, 1895. Mi ejemplar de los versos. Timoteo Starberth”, y la tinta estaba casi desvanecida. El texto era:

*How called the dwellers of Lyn-dun?
Great Homer's tale of Troy,
Or country of the midnight sun-
What doth all men Destroy?*

*Against it man hath dashed his foot;
This angel bears a spear!
In garden-glade where Lord Christ prayed
What spawns dark stars and fear?*

*This place the white Diana rose,
Of this Dido bereft;
Where on four leaves good fortune grows East,
west, south... what is left?*

*The Corsican was vanquished there,
Oh, mother of all sin!
Find green the same as shiretown's name,
Find Newgate Gaol, and win!^[13]*

—Bien —dijo Rampole entre dientes, mirando el escrito— son versos muy malos, y que yo sepa sin ningún sentido; pero esto sucede también con muchos otros que he leído. ¿Qué es?

Ella lo miró intencionadamente.

—¿Ve la fecha? El 3 de febrero era el día en que había nacido mi padre, en 1870. Por consecuencia en 1895 tenía...

—Veinticinco años —exclamó rápidamente Rampole.

Ambos quedaron callados. Rampole contemplaba las enigmáticas palabras y le parecía que lentamente algo se aclaraba en su mente. Todas las conjeturas singulares que Sir Benjamín y él habían hecho y que el doctor Fell había ridiculizado con tanta violencia, parecían materializarse ante él.

—Ahora déjeme guiarle *a usted* —propuso él—. Si es así, pues, entonces... el original de *este* papel —ahí dice *mi copia*— estaba en la bóveda de la Pieza del Gobernador. ¿Verdad?

—Y esto sería lo que los hijos mayores tenían que ver —ella tomó el papel de las manos de Rampole, como si sintiese ira contra él y hubiese pensado reducirlo a una pelota, pero Rampole sacudió la cabeza—. He pensado y vuelto a pensar en ello y es la única explicación que encuentro. Espero que sea buena. Había imaginado tantas cosas horribles que *podría* haber allí. Y sin embargo, esto es, por cierto, igualmente malo. Siguen muriendo.

Se sentó en el sofá.

—Si hubo un original, ya no está allí.

Lentamente, sin omitir detalle, le relató la visita a la Pieza del Gobernador.

—Y eso —agregó—, es un criptograma sin importancia. Tiene que serlo. ¿Podría alguien haber asesinado a Martín nada más que para apoderarse de esto?

Se oyó un discreto llamado en la puerta y ambos se sobresaltaron como conspiradores sorprendidos. Llevándose un dedo a los labios, Dorotea guardó apresurada el papel en el escritorio.

—Adelante —dijo.

El rostro de Budge asomó discretamente al abrirse la puerta. Si le sorprendió ver a Rampole, no lo demostró de ningún modo.

—Discúlpeme, señorita Dorotea —dijo—. El señor Payne acaba de llegar. Sir Benjamín desearía verla en la biblioteca, por favor.

Capítulo X

Había habido palabras acaloradas un momento antes en la biblioteca; esto se notaba en la tirantez y tensión del ambiente, y en el rostro ligeramente arrebatado de Sir Benjamín. Estaba de pie, dando la espalda a la chimenea vacía, con las manos enlazadas detrás. Y en el centro de la habitación, Rampole vió a Payne, el abogado.

—Le diré lo que debe hacer, señor —decía Sir Benjamín—. Usted se sienta ahí como un hombre sensato, y responderá cuando se le pregunte. No antes.

Payne emitió un gruñido. Rampole notó que su cabello corto y blanco se le erizaba detrás de la cabeza.

—¿Conoce la ley, señor? —dijo ásperamente.

—La conozco, sí señor —dijo Sir Benjamín—. Sucede que yo mismo soy magistrado, ¿sabe usted? Ahora bien, acataré mis instrucciones, o yo...

El doctor Fell tosió. Incluyó la cabeza como con somnolencia hacia la puerta, y se levantó pesadamente a tiempo que entraba Dorotea. Payne se volvió nerviosamente.

—Ah, entre, querida —dijo, empujando una silla—. Siéntese. Póngase cómoda. Sir Benjamín y yo... —el blanco de sus ojos relampagueó hacia el jefe de policía— hablaremos ahora.

Plegó los brazos pero no se movió del lado de la silla de ella, donde había tomado su puesto como un centinela. Sir Benjamín estaba molesto.

—Usted sabe, por supuesto, señorita Starberth —comenzó— lo que sentimos con respecto a este trágico suceso. Tanto como hace que los conozco, creo que no necesito decir más. —Su rostro viejo y sincero tenía una expresión de confusión y bondad—. Me disgusta molestarla en estas circunstancias. Pero, si usted tiene ánimo para responder a unas preguntas...

—No tiene obligación de responder a ellas —dijo Payne—. Recuerde eso, querida.

—No tiene obligación de responder a ellas —convino Sir Benjamín conteniendo su impaciencia—. Únicamente pensaba ahorrarle molestias para la investigación.

—Comprendo —dijo la muchacha. Sentada y quieta, con las manos en el regazo, repitió su relato de la noche anterior. Habían terminado de cenar un poco antes de las nueve. Trató de distraer a su hermano y apartar sus pensamientos de la próxima prueba; pero Martín estaba taciturno y ausente y había subido a su cuarto no bien terminó de comer. ¿Dónde estaba Herbert? No lo sabía. Por su parte, ella había salido al prado donde estaba más fresco y allí permaneció sentada casi una hora. Luego fué al escritorio a revisar las cuentas del día. En el vestíbulo encontró a Budge que le informó que había llevado una linterna de bicicleta al cuarto de Martín, a pedido de éste. Durante la media hora o tres cuartos subsiguientes, estuvo varias veces a punto de subir al cuarto de Martín. Pero éste había expresado su deseo de que lo dejaran tranquilo; estaba deprimido y en la mesa se había mostrado de mal humor; por ello desistió de ir. Él se sentiría mejor si nadie observaba su nerviosidad.

Alrededor de las once menos veinte había oído que su hermano salía del cuarto, bajaba y salía por la puerta lateral. Corrió para seguirlo, alcanzando la puerta lateral cuando él iba ya por la avenida y lo llamó. Temía que hubiese bebido demasiado. Él le respondió algo, gritándole algunas palabras que no llegó a entender. Se expresaba con un poco de dificultad, pero se sostenía discretamente. Luego había ido al teléfono para comunicarse con la casa del doctor Fell, y avisarles que Martín ya estaba en camino.

Eso era todo. Su voz lenta y algo gutural no tuvo vacilación mientras habló, y miró constantemente a Sir Benjamín. Sus labios llenos y rosados, sin pintura, apenas se movían. Cuando terminó su relato apoyó la espalda en la silla y miró la luz solar de afuera a través de una ventana abierta.

—Señorita Starberth —dijo el doctor Fell, luego de un momento—, ¿le molestaría que le haga una pregunta? Gracias. Budge nos ha dicho que el reloj del vestíbulo andaba mal anoche, aunque ninguno de los demás estaba así. Cuando dice que él salió a las once menos veinte, ¿usted quiere significar la hora de ese reloj o la correcta?

—¡Cómo! —ella lo miró sin comprender; luego observó su reloj pulsera y el que estaba sobre la repisa—. Pues, ¡la hora exacta! Con seguridad. Yo no vi el reloj del vestíbulo. La hora exacta, claro.

El doctor Fell cayó otra vez en su meditación mientras la muchacha lo miraba con el ceño ligeramente fruncido. Fastidiado evidentemente por esta tontería que el doctor volvía a discutir, Sir Benjamín comenzó a ir venir por la alfombra de la chimenea. Se comprendía que había estado concentrándose para hacer ciertas preguntas y que la interrupción del doctor había desmoronado su resolución. Al fin se volvió.

—Budge nos ha informado ya, señorita Starberth, la ausencia completamente inexplicable de Herbert...

Ella inclinó la cabeza.

—A ver si recuerda. ¿Está positivamente segura de que nunca mencionó Herbert la posibilidad de que saliese repentinamente...?, bien, quiero decir, ¿no se le ocurre algún motivo para que lo haya hecho?

—Ninguno —respondió ella, y agregó bajando la voz—: no necesita ser tan formal, Sir Benjamín. Comprendo como usted lo que implica esto.

—Bien, pues, hablando con franqueza, lo más probable es que de la indagación del jurado, resulten de muy desagradable interpretación las actitudes de Herbert... a menos que regrese inmediatamente. Y aun así... ¿Ha habido malentendidos, en el pasado, entre Herbert y Martín?

—Nunca.

—O más recientemente, quizá.

—No habíamos visto a Martín —dijo la muchacha, entrelazando sus dedos— desde un mes más o menos después de la muerte de papá, hasta anteayer cuando fuimos a Southampton a esperar que llegara su buque. No hubo nunca la menor

dificultad entre ellos.

Era visible que Sir Benjamín no sabía qué pensar. Giró la vista y la detuvo en el doctor Fell, como buscando consejo, pero el doctor no dijo palabra.

—Por ahora —prosiguió componiéndose el pecho— no puedo decir más. Es... sí... muy desconcertante. Verdaderamente misterioso. Por supuesto, no queremos molestarla más, querida. Si desea volver a su habitación...

—Gracias. Pero si no hay inconveniente —dijo la muchacha— preferiría quedarme aquí. Es más... más... en fin, que me gustaría quedarme.

Payne le tocó levemente el hombro.

—*Yo me encargaré* de lo demás —le dijo con un ademán hacia el jefe de policía, un ademán de satisfacción tajante y maligna.

Se produjo una interrupción. Desde afuera, en el vestíbulo, les llegó el rumor de un palabrerío contenido y violento, y de pronto una voz que chilló: “¡Tonterías!”, tan agudo y semejante al graznido de un cuervo que hablara, que todos se sobresaltaron. Budge entró suavemente.

—Si me permite, señor —dijo al jefe de policía—, la señora Bundle trae a una de las sirvientas que sabe algo acerca de aquel reloj...

—¡... marche ahora! —graznaba la voz de cuervo—. Usted entra en seguida allí y les habla. *Bonita* situación, *bonita* situación digo. Si no podemos tener en la casa gente que diga la verdad... ¡Pop! —concluyó la señora Bundle, haciendo con sus labios un ruido como el de un corcho al salir de la botella.

Entró lentamente conduciendo a una sirvienta asustada. La señora Bundle era una mujercita delgada que caminaba como un marinero, con una cofia que bajaba hasta sus vivaces ojos y una expresión de malevolencia tan extraordinaria que Rampole la miró con asombro. Desde su rostro polvoriento, los ojos se clavaron en cada uno de los presentes, y su actitud no era tanto de beligerancia como de rumiar un impersonal agravio. Luego quedó con la mirada inmóvil, lo que la hacía parecer extrañamente bizca.

—Esta es —dijo la señora Bundle—. Y lo que digo es esto: estando como están las cosas, tanto nos pueden asesinar en nuestros lechos como Podemos Ser Tomados por Americanos. Es todo lo mismo. Muchas veces dije al señor Budge: “Señor Budge, fíjese en lo que digo, no va a salir nada bueno de andar manoseando los espíritus. No está en la naturaleza, digo, de esta casa de arcilla (que somos todos nosotros) andar en confianzas con espíritus”. Uno diría que somos americanos. ¡Pop! Y ahora las ánimas...

—Claro, señora Bundle, claro —dijo Sir Benjamín con tono apaciguador. Se volvió a la muchachita que temblaba en las garras de la señora Bundle como una virgen atrapada por una bruja.

—¿Usted sabe algo sobre el reloj, señorita...?

—Marta, señor. Sí, cierto.

—Cuéntenos lo que ocurrió, Marta.

—Mascan goma. ¡Al diablo con ellos! —profirió la señora Bundle con tan enconada malignidad que dió un salto.

—¿Cómo? —dijo Sir Benjamín—. ¿Quiénes?

—Comen pasteles y golpean a la gente. ¡Ha! ¡Bah! ¡Pop! El diablo los lleve.

El ama de llaves mostraba tendencia a proseguir con el tema. No se refería a las ánimas, según pareció, sino a los americanos que describió como “sucios vaqueros de sombreros de paja”. El monólogo subsiguiente que pronunció mientras sacudía un manojo de llaves con una mano y a Marta con la otra, fué de significado un tanto confuso debido a que los oyentes no podían distinguir cuándo hablaba de los americanos y cuándo de los espíritus. Había dado fin a una explicación que al parecer se refería a la costumbre grosera que tenían los espíritus de lanzarse unos a otros chorros de soda de los sifones, cuando Sir Benjamín juntó ánimo suficiente para interrumpirla.

—Bueno, Marta, continúe. ¿Fué usted la que cambió la hora?

—Sí, señor. Pero él me dijo que lo hiciera y...

—¿Quién se lo dijo?

—El señor Herbert, señor. Es la verdad. Yo cruzaba el vestíbulo, y él salía de la biblioteca mirando su reloj. Y me dijo: “Marta, ese reloj está atrasado en diez minutos. Arréglole”, dijo. Con tono seco, ¿sabe? Me sorprendí tanto, que si me hubieran golpeado con una pluma me hubiera caído. ¡Él, hablando de ese modo! Nunca lo hace. Y me dijo: “Mire los otros relojes, Marta; arrégloles si andan mal. ¡Fíjese bien!”.

Sir Benjamín miró al doctor Fell.

—Es su averiguación —dijo el jefe de policía—. Sígala.

—Hum... —dijo Fell. Su carraspeo, desde un rincón, sobresaltó a Marta, cuyo rostro se encendió más aún—. ¿Cuando ocurrió esto, dijo usted?

—Yo no señor, yo no dije. Pero lo diré porque miré el reloj. Claro; cambiándole la hora como me dijo. Era un poco antes de la cena y él pastor acababa de irse, luego de traer al señor Martín a casa, y el señor Martín en la biblioteca, ahí estaba, sí. Y cambié la hora y eran las ocho y veinticinco. Sólo que no era. Porque el reloj estaba diez minutos adelantado después que lo cambié. Quiero decir que...

—Sí, claro. ¿Y por qué no cambió los otros?

—A eso iba, señor. Pero luego entré en la biblioteca y el señor Martín estaba allí. Y me dice: “¿Qué está haciendo?” y cuando se lo dije me mandó: “Usted deja en paz los relojes”. Hice eso, claro. Era el amo, ¿no? Y esto es todo lo que sé, señor.

—Gracias Marta... Dígame, señora Bundle: ¿usted o alguna de las sirvientas vieron al señor Herbert cuando salía?

La señora Bundle hizo un,; gesto agresivo con la mandíbula.

—Cuando fuimos a la feria de Holdern —respondió con acento hostil— unos rateros robaron la cartera a Annie Murply. Y a mí me pusieron encima de una cosa que da vueltas y vueltas, dale y dale; y después en un piso que se sacudía, y unas

escaleras que se hundían, y caíamos en la oscuridad, y las horquillas se me soltaron, ¿y esta es la manera de tratar a una señora? ¡Oooh! ¡El diablo cargue con ellos! —graznó el ama de llaves sacudiendo ferozmente su manojito de llaves—. ¡Era una invención, eso, una condenada in-ven-ción! Todas esas invenciones son así, como se lo dije al señor Herbert muchas veces, y cuando lo vi salir al establo anoche.

—¿Usted vió salir al señor Herbert? —preguntó Sir Benjamín.

—... ir al establo donde guarda esas invenciones que para estar segura no miro... Escaleras que me hacen saltar hasta las horquillas, ¿sabe?

—¿Qué invenciones? —preguntó Sir Benjamín que no comprendía palabra.

—Bueno, Sir Benjamín —dijo Dorotea—. Herbert siempre anda manipulando alguna cosa sin llegar a nada. Tiene un taller allá.

No se pudieron averiguar otras cosas. La señora Bundle tenía la convicción de que todos los inventos tenían que ver con ciertos mecanismos que lo arrojaban a uno en la oscuridad en la feria de Holdern. A lo que parecía, alguien con un sentido primitivo de las bromas, había llevado a la buena señora a la Casa de los Locos, donde chilló hasta que todos acudieron a ver, fué agarrada por uno de los mecanismos, asestó un golpe con su paraguas a alguien, hasta que finalmente la policía la acompañó afuera. Lo mismo que, ahora, luego de un accidentado relato que dejó tan a oscuras como antes a sus oyentes, fué acompañada afuera por Budge.

—Tiempo perdido —gruñó Sir Benjamín luego que la señora Bundle se hubo ido—. Bueno, doctor, ahí tiene contestada su pregunta sobre el reloj. Creo que ahora podemos seguir.

—Creo que podemos —interpuso Payne, de repente.

No se había movido de su puesto junto a la silla de la muchacha; pequeño, plegados los brazos, feo como una imagen chinesca.

—Creo que podemos —repitió—. Ya que ustedes no parecen ir a ningún lado con todas esas preguntas al azar, se me ocurre que *se me deben* algunas explicaciones. Tengo un fideicomiso de la familia Starberth. Durante cien años, nadie, salvo miembros de la familia Starberth, han estado autorizados a entrar, bajo ningún pretexto, en la Pieza del Gobernador. Tengo entendido que esta mañana, ustedes señores —entre los cuales uno es un extraño por completo— violaron esa ley. Este hecho en sí mismo requiere explicación.

Sir Benjamín contrajo su mandíbula con expresión de firmeza.

—Disculpe amigo mío. No creo que haya que explicar nada.

El abogado había comenzado a decir, furiosamente:

—Lo que usted crea, señor, es de poca... —cuando Fell lo paró de pronto. Habló con voz indolente y cansada.

—Mire Payne, usted es un asno. Ha estado estorbando a cada paso, y me gustaría que no fuera como una vieja cascarrabias... A propósito, ¿cómo sabe que estuvimos allí?

El tono de ligero reproche con que habló era más hiriente que cualquier

desprecio. Payne miró con furia.

—Tengo ojos —dijo con rabia—. Les vi salir. Fui después yo para asegurarme de que el entrometimiento de ustedes no había causado algún enredo.

—Oh —dijo Fell—. ¿Entonces usted también violó la ley?

—Esa no es la cuestión, señor. Yo tengo privilegio. Sé lo que hay en la bóveda... —estaba tan enojado que no se cuidaba al hablar, y agregó—: No es la primera vez que tengo el privilegio de verla.

Fell había mirado fija e inexpresivamente al suelo. Ahora levantó su gran cabeza de león aún con expresión de ausencia, para mirar a Payne.

—Eso es interesante —dijo—. Me parecía, sí, que había estado usted. Hum. Sí.

—Debo recordarles otra vez —dijo Payne—, que tengo un mandato...

—Ya no —dijo Fell.

Hubo un intervalo que pareció, inexplicablemente, llenar de frío la habitación. El abogado abrió sus ojos cuan grandes eran y volvió la cabeza violentamente hacia el doctor Fell.

—Dije *ya no* —repitió el doctor, levantando ligeramente la voz—. Martín era el último de la línea directa. Ha terminado todo. El mandato, fideicomiso o el diablo como lo llame, han terminado para siempre, y respecto a eso doy gracias a Dios. Sea como sea, ya no hace falta guardar el secreto. Si usted estuvo esta mañana allí sabe que han sacado algo de la bóveda...

—¿Cómo *sabe usted* eso? —preguntó Payne estirando el cuello.

—No trato de ser agudo —contestó Fell con aire de cansancio—. Y quisiera que usted no tratara de serlo tampoco. En todo caso, si usted quiere ayudar a la justicia sería mejor que nos cuente toda la historia de su fideicomiso. Jamás sabremos la verdad sobre el asesinato de Martín a menos que sepamos eso. Prosiga usted, Sir Benjamín. Odio estar discutiendo de este modo.

Las cosas son exactamente así —dijo Sir Benjamín—. Usted no omitirá ninguna información, señor; es decir, a menos que no quiera ser retenido como testigo material.

Payne paseaba la mirada de unos a otros. Era evidente que hasta el momento su posición había sido fácil. Pocos se le habían cruzado en su camino o impuesto su voluntad. Estaba tratando desesperadamente de mantener su fría dignidad, como un hombre que se esfuerza en dirigir un velero en medio de una borrasca.

—Le diré lo que crea conveniente, y nada más —dijo con esfuerzo—. ¿Qué desea saber?

—Gracias —dijo secamente el jefe de policía—. Primero: guardaba usted las llaves de la Pieza del Gobernador, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuántas llaves había?

—Cuatro.

—¡Al diablo, hombre! —exclamó Sir Benjamín—. ¡No está en el estrado de los

testigos! Sírvase ser más explícito.

—Una llave da la puerta exterior de la pieza. Una llave de la puerta de hierro que da al balcón. Otra para la bóveda. Y ya que han mirado dentro de la bóveda —dijo Payne con tono cortante—, puedo decir todo. Una llavecita para abrir la caja de acero que estaba dentro de la bóveda.

—Una caja... —repitió Sir Benjamín. Por encima del hombro miró al doctor Fell; sus ojos habían verificado una predicción y en ellos brillaba una sonrisa sutil, intencionada y un tanto maliciosa—. Una caja. De la que sabemos que se ha desvanecido...

Payne discutía algo consigo mismo. No había desdoblado los brazos y con los dedos de una mano tamborileaba en su bíceps.

—Mi obligación se reducía a saber —respondió luego de una pausa—, que hay en ella una cantidad de tarjetas, cada una con la firma del Antonio Starberth del siglo XVIII. El heredero tenía instrucciones de sacar una de estas tarjetas y presentarla al día siguiente al albacea, como prueba de que realmente había abierto la caja. Cualquier otra cosa que haya habido en la caja... —se encogió de hombros.

—¿Usted quiere decir que no sabe? —preguntó Sir Benjamín.

—Quiero decir que prefiero no decirlo.

—Luego volveremos a ello —dijo lentamente el jefe de policía—. Cuatro llaves. Y ahora, en cuanto a la palabra que abre la cerradura de letras... tampoco somos ciegos del todo, señor Payne... en cuanto a la palabra, ¿la conocía también?

Una vacilación.

—En cierto modo puedo decir que sí —replicó el abogado después de reflexionar cuidadosamente—. La palabra está grabada en el mango de la llave que abre la bóveda. Así algún ladrón podía obtener un duplicado de la llave hecha para la cerradura, pero sin la llave original nada podía hacer.

—¿Conoce la palabra?

Una vacilación más larga.

—Por supuesto —contestó Payne.

—¿La conocía alguien más?

—Creo que su pregunta es una impertinencia, señor —le respondió el otro. Sus dientes pequeños y oscuros asomaron por debajo del labio superior. Su rostro se había llenado de arrugas y fealdad, y su cabello gris y corto, estaba caído. Vaciló de nuevo y después agregó, con menor hostilidad: —No, a menos que el finado señor Timoteo Starberth la transmitiera a su hijo por vía verbal. Tengo que decir que nunca tomé muy en serio la tradición.

Durante un rato Sir Benjamín, con las manos cruzadas a la espalda y dando una palma contra otra, estuvo yendo y viniendo delante de la chimenea como si preparara un ataque. Luego se volvió.

—¿Cuándo entregó las llaves al joven Starberth?

—En mi estudio en Chatterham, ayer tarde.

—¿Estaba alguien con él?

—Su primo Herbert.

—Quien, por supuesto, no estuvo presente en la entrevista de ustedes, supongo.

—Naturalmente, no... Entregué las llaves y transmití las únicas instrucciones que me habían dejado: que abriese la bóveda y la caja de acero, examinase lo que hubiese dentro y me trajese una de las tarjetas firmadas por Antonio Starberth. Eso era todo.

Sentado algo lejos, en la penumbra, Rampole recordó aquellas figuras en la carretera blanca. Martín y Herbert venían entonces del estudio del abogado, cuando él los vió y Martín había proferido su inexplicable provocación: “La palabra es *Horcas*”. Y recordó el papel cubierto de versos extravagantes e ininteligibles que le había mostrado Dorotea; y pensó que ahora se sabía cabalmente lo que había habido en la caja, pese a que Fell había ridiculizado la teoría de un “papel”. Dorotea estaba sentada inmóvil, las manos colocadas una sobre otra. Ahora parecía que alguna emoción la iba dominando rápidamente... ¿Por qué?

—¿Se niega a decirnos, señor Payne —continuó el jefe de policía—, lo que había dentro de la caja?

La mano de Payne se levantó ligeramente y dió un golpecito en su barbilla. Rampole recordó que era señal de nerviosidad en Payne.

—Era un documento —respondió finalmente—. No puedo decir más, señores, porque no lo sé.

Fell se fué poniendo de pie, semejante a una enorme morsa emergiendo del agua.

—Ah —dijo Fell, a tiempo que exhalaba una inmensa cantidad de aire y golpeaba el piso con su bastón, como recalcando las palabras—: Esto era lo que pensaba yo. Esto era lo que quería saber. El documento no salió nunca de la caja, ¿verdad Payne? Bien, bien, muy bien. Entonces puedo continuar.

—Yo pensaba que usted no creía en ningún documento —dijo el jefe de policía, volviéndose con expresión aún más satírica.

—Oh, nunca dije eso —protestó Fell apaciblemente—. Protesté solamente contra la teoría, carente de razones lógicas, de que existían una caja y un documento. Yo no dije nunca que ustedes estuviesen equivocados. Al contrario, yo había llegado a conclusiones iguales a las de ustedes, pero tenía pruebas suficientes y lógicas para sostenerlas. Ahí está la diferencia, ¿ve?

Levantó la cabeza para mirar a Payne. Y sin alzar la voz dijo:

—No lo molestaré por el documento que Antonio Starberth dejó para sus herederos; a comienzos del siglo XIX. Pero dígame, Payne, ¿y qué hay del *otro* documento?

—¿Otro?

—Quiero decir el que Timoteo Starberth, el padre de Martín, dejó en la caja de acero que estaba en la bóveda, hace menos de dos años.

Payne hizo un leve movimiento con los labios como si expeliera suavemente humo de tabaco. Cambió de posición de modo que se oyó claramente extenuado crujido

del piso en el gran silencio de la habitación.

—¿Cómo? ¿Cómo? —preguntó atropelladamente Sir Benjamín.

—Continúe —dijo Payne calmadamente.

—He oído el cuento una media docena de veces —continuó Fell, moviendo la cabeza en actitud lejana y meditabunda— relativo al viejo Timoteo, tendido y escribiendo antes de morir. Página tras página escribió... aunque tenía el cuerpo tan machacado que apenas podía tener una pluma. Le habían acomodado una mesilla y con graznidos y aullidos de regocijo, escribía y escribía...

—¡Ajá! ¿Y? —interrogó Sir Benjamín.

—Bien, ¿qué escribía? “Instrucciones para mi hijo”, explicó, pero no era cierto. Era para despistar. Por la naturaleza misma de la llamada “ordalía”, su hijo no necesitaba instrucciones. No tenía más que recibir las llaves que Payne le daría. Y de cualquier modo no precisaba escribir página tras página de apretada escritura. Tampoco copiaba nada porque no necesitaba hacerlo... este “documento de Antonio”, al decir de Payne, nunca salió de la caja. Entonces, ¿qué estaba escribiendo?

Nadie habló. Rampole se dió cuenta de que en su tensa expectativa se movió hasta el borde de la silla. Desde su asiento veía los ojos de Dorotea Starberth fijos e inmóviles clavados en el doctor. Sir Benjamín, preguntó en voz alta:

—Muy bien entonces. ¿Qué *estaba* escribiendo?

—El relato de su propio asesinato —dijo el doctor Fell.

Capítulo XI

—No es cosa común, ¿eh? —dijo el doctor como excusándose—, el que un hombre tenga ocasión de escribir la narración de su propio asesinato.

Miró en torno suyo, apoyándose pesadamente en un bastón, levantando su enorme hombro izquierdo. La ancha cinta que pendía de sus lentes apuntaba al suelo casi perpendicularmente. Durante la pausa se oyó su respiración asmática.

—Ustedes saben tan bien como yo que Timoteo Starberth era un hombre extraño. Me pregunto, sin embargo, si alguno de ustedes apreció en qué precisamente consistía su singularidad. Conocían su encono y dureza, su humor diabólico, su apreciación particularmente fina de esta clase de bromas; en muchos aspectos —deben convenir ustedes— era un regreso atávico al viejo Antonio mismo. Pero es muy posible que no hayan pensado que se le iba a ocurrir una cosa como ésta.

—¿Cómo qué? —preguntó Sir Benjamín con tono de curiosidad.

El doctor Fell levantó el bastón como para acentuar sus palabras.

—Alguien lo asesinó —fué su respuesta—. Alguien lo mató y lo dejó en el “Nido de Brujas”. En el “Nido de Brujas”, ¡recuérdelo! El asesino creía que lo dejaba muerto. Pero vivió muchas horas después del suceso. Y ahí tienen ustedes lo ingenioso de la broma.

—Podría haber denunciado a su asesino, por supuesto. Pero esto habría sido muy fácil, ¿verdad? Timoteo no quería que el otro se zafara tan fácilmente. De modo que escribió el relato completo de su propio asesinato. Dispuso que fuera sellado y puesto... ¿dónde? En el lugar más inaccesible de todos. Detrás de cerraduras a llave y a combinación de letras, y —lo más eficaz de todo— en un lugar que nadie pensaría... en la bóveda de la Pieza del Gobernador.

—Durante dos años enteros, ¿ven? —hasta que Martín abriera esa bóveda en su cumpleaños—, todos creerían que había muerto por accidente. *Es decir, todos menos el asesino.* ¡Y tomó sus medidas para que su asesino supiese que el documento estaba allí! Ahí estaba la broma. Durante años el asesino estaría a salvo pero padeciendo las torturas del infierno. Día por día, año tras año, mes tras mes, cada día se iría aproximando el momento en que inexorablemente saldría a luz el relato. Nada podía impedirlo. Era como una sentencia de muerte... que se acercaba lentamente. El asesino no podía cogerla. El único modo de alcanzar el documento fatal hubiera sido hacer volar la bóveda con una carga de nitroglicerina que hubiera arrancado el techo de la prisión entera: medio no muy práctico por cierto. Acaso parezca factible para un hábil violador de cajas, y eso en la ciudad de Chicago; pero no es nada práctico para un ser humano corriente en una pequeña población de Inglaterra. Aun en el poco probable caso de que ustedes entiendan algo sobre fractura de cajas, no podrían andar dando vueltas con las herramientas apropiadas e importar altos explosivos a Chatterham sin provocar una cantidad de comentarios. Dicho sencillamente: el asesino no podía hacer nada. Y así, se comprende la lenta y cruel agonía que soportó,

tal como lo había planeado Timoteo, ¿verdad?

Sir Benjamín se agitó, y sacudió un puño en el aire.

—¡Hombre! —dijo—, usted... usted está... esto es lo más disparatado... ¡Usted no tiene ninguna prueba de que haya sido asesinado! Usted...

—¡Oh, cómo no! La tengo.

Sir Benjamín le clavó la mirada. Dorotea se había levantado haciendo un ademán con la mano...

—Pero, mire un poco —dijo tercamente el jefe de policía— si esta suposición disparatada fuera cierta —dijo *si* fuera cierta— pues entonces, dos años... ¿No habría huido, sencillamente, el criminal? ¿Y no estaría ya fuera de todo peligro?

—Y con eso —dijo Fell—, admitiría su culpa sin ninguna duda en cuanto se encontrase el papel... ¡Una confesión!, eso es lo que sería su fuga. Y adondequiera que se fuese, dondequiera que se ocultase, tendría siempre pendiente sobre él esa cosa diabólica, y más tarde o más temprano terminarían por descubrirlo. No, no. Su único modo de salvación, lo único que podía intentar, era quedar aquí y tratar de apoderarse de esa acusación. Si sucedía lo peor podía negarla y luchar contra ella. Y, mientras tanto, siempre estaba la tenaz esperanza de poder destruirlo antes de que fuera conocido.

El doctor hizo una pausa y luego agregó bajando la voz:

—Y. ahora sabemos que ha tenido éxito.

Se oyeron pasos pesados sobre el brillante piso. Sonaron de un modo tan singular en la penumbra de la habitación que todos levantaron la vista...

—El doctor Fell está en lo cierto, Sir Benjamín —dijo Saunders—. El *finado señor Starberth me* habló antes de morir. Me habló de la persona que lo asesinó.

Saunders se detuvo junto a la mesa. Su gran rostro rosado no tenía expresión. Extendió las manos y añadió lenta y sencillamente:

—Que Dios me ayude, señores. Yo pensaba que estaba loco.

Los sones argentinos del reloj se difundieron suaves en el vestíbulo...

—Ah —dijo Fell, asintiendo con la cabeza—. Me parecía que él le había dicho algo. Se suponía que usted transmitiría la información al criminal. ¿Lo hizo usted?

—Me pidió que hablara a su familia, pero a nadie más. Hasta ahí llegué tal como había prometido —dijo Saunders oprimiendo una mano contra sus ojos.

Desde una gran silla en la penumbra, donde estaba sentada de nuevo, Dorotea dijo:

—Ésta era la otra cosa que yo temía. Sí, nos lo dijo.

—Y ustedes jamás lo mencionaron —exclamó el jefe de policía con voz cortante e impetuosa—. Sabían que había sido asesinado un hombre y ninguno...

Ahora no había cordialidad ni tranquilo aplomo en Saunders. Parecía que intentaba aplicar, de repente, las reglas del deporte inglés, a una cosa sombría y terrible y que no hallaba cómo adaptarlas. Su mano pareció buscar a tientas.

—Le dicen cosas a uno —dijo con dificultad—, y no se sabe... no se puede

juzgar. Uno... Bien, les digo que, sencillamente, creí que no estaba en su sano juicio. Era increíble, más que increíble. Era algo que nadie *harta* nunca, ¿no lo creen así? —sus ojos desconcertados azules observaron el grupo y pareció que trataba de asir algo en el aire—. ¡Sencillamente: no es así! —continuó como aturdido—. Hasta anoche no pude creerlo. Y de repente pensé entonces: ¿Y si fuera cierto, después de todo? Acaso hubo un asesino. Y así convine con el doctor Fell y el señor Rampole que vigilaríamos, y ahora sé..., sé. Pero no sé qué hacer.

—Bien pues, los demás lo sabemos —dijo secamente el jefe de policía—. ¿Usted quiere significar que él le dijo el nombre de la persona que lo mató?

—No. Dijo sólo... que era un miembro de su familia.

El corazón de Rampole latía violentamente. De pronto se dió cuenta de que se pasaba las palmas de las manos por las rodillas del pantalón, como si quisiera sacarse algo de ellas. Ahora comprendía lo que el párroco había tenido en la cabeza la noche anterior, y recordó aquella pregunta presurosa y sugestiva: “¿Dónde está Herbert?”, que había hecho Saunders, cuando Dorotea había telefoneado la salida de Martín. Saunders había explicado su pregunta de un modo poco hábil diciendo que Herbert era hombre excelente para tenerlo cerca en un apuro. Pero ahora la explicaba mucho mejor...

Y allí estaba Dorotea con los ojos quemados de llanto y una sonrisa apenas insinuada, ambigua e inexpresiva, como diciendo: “¡Oh, bah!”, y el doctor Fell dando golpecitos con el bastón. Y Saunders mirando el sol como si se castigase contemplándolo hasta que no lo viese más. Y Payne, encorvado, recogido en su pequeño cascarón gris. Y Sir Benjamín mirándolos a todos, estirando oblicuamente el cuello como un caballo que mira desde el ángulo de su pesebre.

—Bien —dijo el jefe de policía con tono de indiferencia—, después de todo creo que tendremos que enviar la pesquisa por Herbert...

Fell levantó los ojos con expresión benigna.

—¿No se ha olvidado de algo? —preguntó.

—¿Olvidado?

—Por ejemplo —dijo el doctor, pensativo—, usted interrogaba a Payne hace un momento. ¿Por qué no preguntarle qué sabe sobre eso? Alguien llevó el documento de Timoteo hasta la bóveda en la Pieza del Gobernador, ¿no? ¿Sabe él lo que había allí?

—Ah —exclamó Sir Benjamín como arrancado a sus pensamientos—. Ah, sí, claro —ajustóse los lentes—. Bueno, pues, señor Payne...

Payne llevóse la mano al mentón. Tosió.

—Tal vez sea así. Personalmente... creo que es una insensatez lo que están diciendo. Si Starberth hubiera hecho tal cosa, creo que *me* habría hablado de ello. Yo era lógicamente la persona a quien debía decirlo. No usted, señor Saunders. No usted... Pero es muy cierto que me dió un sobre sellado con el nombre de su hijo, para que lo llevara a la bóveda.

—¿Esto es lo que usted quiso decir cuando explicó que había estado antes allí? — preguntó Fell.

—Eso es. Todo el procedimiento fué de lo más irregular. Pero —el abogado hizo un ademán de molestia como si sus puños se le corrieran sobre las manos estorbándolas—, pero se trataba de un moribundo, y dijo que este sobre tenía una relación vital con la ceremonia que debía cumplir su heredero. No sabiendo lo que había en el otro sobre, yo, naturalmente no podía juzgar. Su muerte fué repentina; acaso había cosas que no había terminado y que debían ser cumplidas según las prescripciones de mi mandato. De modo que acepté. Por otra parte, era claro que el único que podía cumplir la misión era yo, porque tenía las llaves.

—¿Pero no le dijo nada sobre asesinato?

—A mí, no. Lo único que me pidió fué que escribiera una nota atestiguando que estaba en su sano juicio. Según mi opinión lo estaba. Puso la nota en el sobre junto con el manuscrito, el cual yo no vi.

Fell se pasó la mano por los bigotes y continuó balanceando la cabeza con un ritmo monótono, que lo asemejaba a un juguete mecánico.

—¿De modo que es la primera vez que usted oye esta sospecha?

—Sí.

—¿Y cuándo puso el documento en la caja de acero?

—Aquella noche; la de su muerte.

—Sí; sí —interpuso el jefe de policía con tono impaciente—. Comprendo todo esto. Pero estamos fuera del tema. Al diablo, veamos. Conocemos un motivo por el cual Herbert podría haber matado a Martín. Pero, ¿para qué habría asesinado a su tío, al comienzo de todo esto? La cosa se vuelve más confusa... Y si mató a Martín, ¿por qué huyó? Si tenía que mantenerse sereno dos años y lo logró, ¿por qué huir ahora cuando estaba seguro? Y lo que es más significativo, ¡observen!, ¿adónde iba en su bicicleta por un camino contrario y con una valija llena, varias horas *antes* del asesinato? Aquí hay algo que no tiene lógica...

Respiró profundamente como si expresara su desacuerdo.

—Sea como sea yo me pondré en acción. El doctor Markley quiere hacer la encuesta mañana y dejaremos que decidan ellos... Entretanto creo que yo debería tener el número y descripción de la bicicleta para un aviso general, señorita Starberth. Lo siento. Pero hay que hacerlo.

Era claro que Sir Benjamín estaba tan desconcertado que deseaba terminar la conferencia lo más pronto posible. La imagen de un *whisky* con soda era más perceptible en sus ojos que ninguna sospecha. Se despidieron molestos y equivocando los saludos. Rampole sintiendo que Dorotea le tocaba la manga, se quedó rezagado en la puerta.

Si la conferencia la había puesto nerviosa no lo demostró. Únicamente estaba pensativa, como una criatura sombría. Dijo en voz baja:

—Ese papel que le mostré... los versos... ahora sabemos, ¿no?

—Sí. Indicaciones de algún tipo. El heredero tenía que descifrarlas...

—Pero, ¿para qué? —dijo ella con cierta violencia—. ¿Para qué?

Unas palabras dichas incidentalmente por el abogado habían intrigado subconscientemente a Rampole, y había estado como buscando a tientas algo; ahora se orientaba, y preguntó:

—Había cuatro llaves... —comenzó y miró a la muchacha.

—Sí.

—La de la puerta de la Pieza del Gobernador. Esto se comprende. La de la bóveda, la de la caja que estaba en ella, también es natural. Pero... ¿para qué la llave de la puerta de hierro que da al balcón? ¿Qué falta le hacía a nadie? Únicamente en caso de que estas indicaciones bien interpretadas dirigieran al heredero al balcón.

Volvió a engolfarse en las conjeturas informes, inseguras, que había expuesto Sir Benjamín. Todos los hechos señalaban el balcón. Reflexionaba en la hiedra, en la balaustrada de piedra y en las dos depresiones que había descubierto Fell en la piedra. Una trampa de muerte...

Se sobresaltó al darse cuenta de que había hablado en voz alta al notar la rápida mirada que le dirigió la muchacha; y se maldijo por haber dejado escapar las palabras. Y lo que había dicho era:

—Dicen que Herbert inventaba cosas.

—¿Usted cree que él...?

—¡No! No sé lo que quise decir.

Ella volvió el rostro, pálido en la penumbra del vestíbulo.

—Quiquiera que hizo esto mató a papá también. Todos ustedes piensan eso. ¡Y mire! Hubo una razón. Yo sé ahora que hubo una. Y es horrible, espantoso... todo eso, pero, ¡oh, Dios mío! ¡Espero que sea verdad! ¡No me mire así! No estoy loca. Verdaderamente.

Su voz baja se había vuelto un poco ronca y hablaba como quien comienza a entrever formas en la niebla. Sus ojos azul oscuro eran inquietantes.

—¡Mire! Ese papel da instrucciones para hacer algo. ¿Qué cosa? Si papá fué muerto, asesinado por alguien... no por fatalidad, sino asesinado deliberadamente... ¿qué hay que pensar?

—No sé.

—Yo creo que lo sé. Si papá fué asesinado no lo fué por seguir indicaciones que estén en estos versos. Pero puede ser que alguno *había sospechado* lo que hay en estos versos. Quizá hay algo oculto... algo cuya pista dan, esos versos, y papá fué asesinado, porque sorprendió al asesino haciendo algo...

Rampole miró fijamente su rostro tenso y sus manos que parecían buscar a tientas algo entra tinieblas, con tanteos ligeros. Y le dijo:

—¿Usted no estará hablando de algo tan fantástico como tesoros ocultos?

Ella asintió.

—Eso no me interesa. Lo que quiero decir es que si eso *es cierto*, ¿comprende?,

no hay tal maldición entonces, no hay ninguna locura... no tengo ninguna tara, ni ninguno de nosotros. Esto es lo que me interesa. —Y bajando más aún la voz, añadió —: Usted tendría que saber lo que es preguntarse si no hay algún horrible germen en la sangre de uno, y cavilar y cavilar, y cruzar ese infierno...

Él le tocó la mano. Hubo un silencio denso, una sensación de temores vagando en un cuarto oscuro, de ventanas que debían abrirse para que entrara la luz del día.

—... Por esto digo que espero que Dios permita que sea cierto. Mi padre está muerto, mi hermano también, y ahora ya no hay remedio. Pero al menos hay algo limpio; algo que uno puede comprender, como un naufragio provocado. ¿Me comprende?

—Sí. Y tenemos que hallar el secreto de ese criptograma, si es que hay un secreto. ¿Puedo tener una copia?

—Vuelva y cópielo ahora, antes que los demás se vayan. No debo verlo a usted por un tiempo...

—Pero usted no puede... digo, tenemos que... Tenemos que vernos aunque sea unos minutos...

Levantó lentamente los ojos.

—No podemos. La gente hablaría. —Luego mientras el muchacho asentía vagamente, extendió las palmas de las manos como si las pusiese contra su pecho y prosiguió con voz tensa—: Oh, ¿cree usted que no lo necesito tanto como usted? Lo necesito. ¡Más! Pero no podemos. La gente hablaría. Dirían toda clase de horrores, que soy una hermanas desnaturalizada, y... acaso lo sea —se estremeció—. Siempre dijeron que era extraña y comienzo a creer que es cierto. No tendría que estar diciendo estas cosas, recién muerto mi hermano, pero soy humana. Yo... Yo... ¡No importa! Vaya y copie ese papel. Voy a traérselo.

No dijeron nada más mientras se dirigían a la pequeña oficina donde Rampole garabateó los versos en el dorso de un sobre. Cuando volvieron al vestíbulo todos se habían ido, salvo Budge que con ojos muy abiertos y aire escandalizado pasó ante ellos como si no los hubiera visto.

—¿Se fijó? —le dijo levantando las cejas.

—Ya vi. Iré y no trataré de verla hasta que usted me diga. Pero... ¿tendría inconveniente en que yo muestre esto al doctor Fell? Guardará el secreto. Y usted ha visto hoy qué eficiente es para estas cosas.

—Sí, muéstreselo al doctor. ¡Hágalo! No había pensado en eso. Pero a nadie más por favor, Y ahora tiene que irse ligerito...

Cuando ella le abrió la gran puerta para que pasara, le pareció sorprendente encontrarse con la tranquila luz del sol sobre los prados, como si fuese sólo un domingo inglés y no hubiese un muerto en las habitaciones de arriba. No somos tan sensibles a la tragedia como nos parece. Mientras iba por la carretera a reunirse con sus compañeros, volvió la vista y miró por encima de su hombro. Ella estaba en la entrada, inmóvil y la brisa le agitaba los cabellos. Rampole oía a las palomas en los

altos olmos y los gorriones gorjeando entre las parras. Allá arriba, en su alta cúpula blanca, la bonita veleta de color dorado se había vuelto violentamente hacia el mediodía.

Capítulo XII

“Resulta” —decía la información judicial— “que el fallecido encontró la muerte a causa de...”. Las palabras formales andaban por la mente de Rampole a modo de estribillo irritante y sin sentido. Lo que significaban era que Herbert Starberth había matado a su primo Martín arrojándolo desde el balcón de la Pieza del Gobernador. Como la autopsia reveló sangre en las fosas nasales y boca, y una contusión en la base del cráneo que no podía explicarse por la posición en que había caído, el doctor Markley señaló que con toda probabilidad el muerto había sido aturdido con un fuerte golpe antes del asesinato material. El cuello y la cadera derecha habían sufrido fractura y aun había otros detalles “amenos” que pesaban con fría perversidad en el ambiente impersonal de la habitación donde se hacía la indagación.

Todo había terminado ahora. En la prensa londinense el asombro de Chatterham no había durado los nueve días^[14], floreció en fotografías, conjeturas y pequeñas novelas, y luego quedó entre las páginas de avisos. Continuaba solamente la caza del hombre, dirigida contra Herbert, pero éste no había sido hallado. Aquella figura enigmática en la bicicleta verde se deslizaba por Inglaterra como a través de una niebla. Fué visto por supuesto, en una docena de lugares, pero siempre resultó que no era Herbert. Suponiendo que se hubiera dirigido hacia Lincoln para tomar un tren, había sido imposible hasta el momento seguir el rastro de sus movimientos, ni la menor traza de la bicicleta. Scotland Yard se movía tan cautamente que resultaba tan invisible como el fugitivo mismo, pero desde el sombrío edificio del Westminster Pier no llegaba noticia de ninguna captura.

Una semana había transcurrido desde el veredicto y Chatterham dormía otra vez. Todo el día había llovido, cubriendo con una sábana de agua esas llanuras bajas, rumoreando en los aleros y salpicando en las chimeneas donde se había encendido fuego para combatir la humedad. Era la vieja lluvia de Inglaterra que hacía salir viejos olores como a espíritus, de tal modo que los libros de negras letras y los grabados que pendían de los muros parecían más vivientes que las personas reales. Rampole estaba sentado ante un fuego de carbón en el estudio del doctor Fell. A no ser por el chisporroteo, Yew Cottage estaba en completo silencio. El doctor y su esposa habían ido a Chatterham en la tarde; su huésped solo, en un sillón junto a la lumbre, no necesitaba lámparas. Veía a través de la ventana el manto espeso de la lluvia y veía cosas en el fuego.

Observaba el arco negro brillante del enrejado de la chimenea; las llamas y el rostro de Dorotea en la indagación... que no se había vuelto hacia él. Había demasiado ruido. Sillas que rozaban el piso enarenado, y las voces penetrantes en la sala, como voces en una jarra de piedra. Ella se fué a su casa después de la vista, en un viejo auto manejado por Payne, con las cortinas laterales bajas. Observó la polvareda que levantaba su marcha irregular y rostros que asomaban con cautela

desde las ventanas de las casas por donde pasaba el coche. El chisme llamaba de puerta en puerta como un astuto mensajero. ¡Necios condenados!, pensó, y de pronto se sintió muy desdichado.

Pero el rumor de la lluvia aumentó y algunas gotas cayeron con un silbido en el fuego. Miró el papel que tenía sobre las rodillas: esos versos vacíos que copió del papel que ella le había mostrado. Se los mencionó al doctor, pero el viejo lexicógrafo no los había visto aún. Con delicadeza, postergaron por el momento el estudio del enigma, primero por el trastorno y luego por el funeral. Pero ahora, Martín Starberth había sido enterrado y estaba allá afuera bajo la lluvia... Rampole sintió un escalofrío. Le pasaron por la mente una serie de frases trilladas y ahora comprendía su terrible verdad. Y otras palabras.

Aunque los gusanos destruyan su cuerpo... fuertes y serenas palabras proferidas frente al cielo vacío. En su mente volvió a ver la tierra que caía sobre el ataúd, con movimiento y ruido como cuando se siembra el grano.

Contra un horizonte gris se destacaban los sauces empapados y sacudidos y el canturreo monótono del servicio religioso lo conmovía tan extrañamente como una vez (hacía mucho, cuando era niño) había escuchado a la hora del crepúsculo voces distantes que cantaban Auld *Lang Syne*^[15].

Pero... ¿qué era eso? Había quedado casi ensimismado oyendo de nuevo cosas perdidas en su lejana infancia, cuando se dió cuenta de que había oído realmente un ruido. Alguien llamaba a la puerta exterior de Yew Cottage. Se puso de pie, encendió la lámpara que estaba sobre la mesa junto a él y la llevó para alumbrar el camino al vestíbulo. Cuando abrió la puerta algunas gotas de agua dieron contra su rostro, y levantó la lámpara...

—Vine a ver a la señora Fell —dijo la muchacha—. Me pregunté si no me invitaría con té.

Por debajo del ala de su sombrero empapado alzó los ojos con seriedad. La luz de la lámpara pareció acercarla saliendo de la lluvia. Mientras hablaba su mirada inocente, que parecía disculparse, se dirigía al interior del vestíbulo detrás de él.

—Han salido —dijo Rampole—. Pero, por favor, no deje de entrar por eso. Yo... no sé si sabré arreglarme para hacer el té como se de be...

—Yo sé —respondió la muchacha.

Toda turbación se desvaneció. Ella sonrió. Y ahora el sombrero mojado y el abrigo colgaban en el vestíbulo y ella andaba ágilmente por la cocina con aire práctico, mientras Rampole se esforzaba por lograr una honesta apariencia de ser útil en algo. Y reflexionaba que no hay sentimiento de culpabilidad equivalente al de estar de pie en medio de una cocina mientras preparan una comida. Es como cuando cambian un neumático. Cada vez que uno quiere moverse como si realmente hiciera algo, choca con la otra persona y tiene la sensación de haberle arrojado, de puro

entrometido, el cambiador de neumáticos a la cara. No hablaron mucho, pero Dorotea manejó con energía las cosas para el té.

Tendió el mantel en una mesita delante del fuego, en el estudio del doctor. Él observó las cortinas corridas y la chimenea llena de carbón otra vez. Ella estaba atenta, con las cejas contraídas, y ponía manteca a las tostadas. A la luz amarilla de la lámpara, Rampole veía sombras bajo sus ojos. Panecillos calientes, mermelada y té cargado; el raspar del cuchillo sobre la tostada, constantemente, y el dulce aroma cálido del cinamomo esparcido sobre ella...

Ella alzó de repente los ojos.

—Dígame... ¿Cómo? ¿No va a tomar su té?

—No —dijo él, simplemente—. Cuénteme lo que ha estado ocurriendo.

El cuchillo tintineó en el plato cuando ella lo colocó nuevamente. Y mirando para otro lado respondió:

—No hay nada. Pero yo quería salir de aquella casa.

—*Usted* coma algo. Yo no tengo apetito.

—Oh, ¿no ve que tampoco yo tengo apetito? Pero se está tan bien aquí; la lluvia, el fuego... —distendió sus músculos como un gato y miró fijamente el borde del mantel. Estaba sentada en un viejo sofá, algo hundido, cubierto de tela rojo oscuro. Abandonado sobre la repisa con la parte escrita hacia arriba, estaba el papel en el cual había copiado los versos. Ella señaló con la cabeza hacia él.

—¿Le habló de él al doctor?

—Le hablé, sí. Pero no le dije que usted tiene idea de que hay algo oculto en él...

De pronto él cayó en la cuenta de que no pensaba en lo que había dicho. Se puso de pie en un impulso tan repentino como un golpe en el pecho. Sus piernas estaban ligeras y trémulas y oía claro el ruido de la tetera. Sentía vivamente los ojos de ella brillantes y fijos en la lumbre, mientras se volvía hacia el sofá. Durante un instante ella contempló el fuego y después clavó su vista en él.

Él se encontró mirando el fuego cuyo resplandor hería violentamente sus ojos, oyendo vagamente el canto de la tetera y el confuso tumulto de la lluvia. Y por un largo rato, luego que hubo dejado de besarla, ella quedó inmóvil contra su hombro, los ojos cerrados y los párpados empalidecidos. El temor de un rechazo se desvaneció, y la agitación sofocante de su corazón se calmó, cambiándose en una paz que los cubrió como un manto, ojos de ella brillantes y fijos en la lumbre, mientras se volvía viéndose, le sobresaltó verla mirar fijamente al cielorraso con ojos ausentes y muy abiertos.

Su voz resonó violenta en sus propios oídos.

—Yo... yo no debía...

Sus ojos sin expresión buscaron los de él. Parecían mirar desde una gran profundidad. Lentamente, su brazo rodeó el cuello de él, y apoyó su rostro en el pecho del muchacho. Un instante denso y agitado, en que no se oyó la tetera y alguien pareció susurrar en su oído, incoherentemente, entre una cálida niebla. Luego,

de pronto, ella se separó de su abrazo y se puso de pie con un violento impulso. Bajo la luz de la lámpara dió unos pasos y luego se detuvo ante él.

—Ya lo sé —dijo, sin aliento y con voz dura—. No tengo corazón. Soy despreciable. Eso es todo. Haciendo esto y Martín...

Él se puso en pie violentamente y apoyó ¹ las manos en sus hombros.

—No piense en eso. Trate de pensar en otras cosas. Eso es del pasado y usted no tiene nada que hacer, ¿no comprende? Dorotea, yo la quiero.

—¿Y cree que yo no lo quiero? —preguntó ella—. Nunca podré ni querré amar como lo amo a usted. Me asusta. Es lo primero que pienso de mañana cuando despierto y lo que sueño de noche. Tan fuerte es. Pero es horrible estar pensando en eso ahora.

Su voz se quebró. Él se dió cuenta de que había estado apretándole los hombros como sujetándola para que no diese un salto.

—Estamos un poco locos —siguió diciendo ella—. No le diré que lo amo. *No quiero admitirlo*. Este horrible suceso nos ha trastornado a los dos...

—Pero no será por mucho tiempo, ¿no? Deje esas cavilaciones, ¡por Dios! Usted sabe que sus temores son vanos. No tienen ninguna base. Usted oyó lo que dijo el doctor acerca de ello.

—No puedo explicarme. Yo sé lo que haré...: irme. Me iré ahora... esta noche o mañana... y lo olvidaré...

—¿Podría olvidar? Porque si lo hiciese...

Vió que sus ojos estaban llenos de lágrimas y se maldijo. Trató de serenar su voz.

—No hay necesidad de olvidar. Únicamente tenemos que hacer una cosa. Tenemos que aclarar todo este montón de disparates, asesinatos, maldiciones y demás, y usted se sentirá libre. Y los dos nos iremos entonces y...

—¿Y me necesitará?

—¡Tontita!

—Bien —dijo ella con voz algo quejosa, luego de un silencio—, yo decía solamente... Oh, al diablo, cuando me acuerdo de mí misma hace un mes, leyendo libros y pensando que acaso amaba a Wilfredo Denim, sin darme cuenta, y preguntándome por qué la gente se emociona tanto con esas cosas; y pienso en mí ahora... he sido una insigne tonta y hubiera hecho cualquier cosa... —sacudió la cabeza con fiereza, luego se sonrió. Recobró su aire malicioso, su tono burlón, pero era como si clavara la punta de un cuchillo en su carne, temiendo un poco que le saliera sangre—. Deseo que lo que me ha dicho sea cierto, amigo mío. Y creo que moriría si no fuera así.

Rampole comenzó, con tono elocuente, a decirle cuán indigno era él de ella; los jóvenes se sienten siempre impulsados a decir eso, y Rampole llegó hasta a creerlo. El efecto dramático se echó a perder un poco porque cuando alcanzaba las mayores alturas metió la mano en la manteca, pero ella dijo que no le importaba aunque él se cayera en la manteca, y se rió de su humillación. De modo que decidieron comer

algo. Ella siguió diciendo de cada cosa que la hallaba “ridícula” y Rampole se apoderó ávidamente de la idea.

—Toma un poco de este té tonto —indicó—. Sírvete algo de este limón loco y gruñón y una pizca de azúcar caduco. Vamos, tómalo. Es curioso pero me gustaría tirarte esta tostada zonzá, sencillamente porque te quiero tanto. ¿Mermelada? Es muy suave. Te la recomiendo. Además...

—¡Por favor! El doctor Fell puede llegar en cualquier momento. Déjate de andar bailando. Y, ¿harías el favor de abrir una ventana? A ustedes, los americanos bárbaros les gusta todo lo sofocante.

Rampole fué hasta una ventana y separó las cortinas, imitando cabalmente el acento de ella, mientras continuaba su monólogo. La lluvia había amainado. Abrió de par en par la ventana, asomó afuera la cabeza e instintivamente miró la prisión de Chatterham. Lo que vió no le produjo un choque de sorpresa o temor, sino una alegría serena y fría. Habló deliberadamente y con satisfacción.

—Es hora —dijo—. Voy a buscar el hijo... Voy a buscarlo.

Asintió con la cabeza mientras hablaba y se volvió a la muchacha con una expresión singular, a tiempo que señalaba hacia la lluvia. De nuevo se veía la luz en la Pieza del Gobernador de la prisión de Chatterham.

Parecía una candela pequeña y trémula en la oscuridad. Ella dirigió una sola mirada y luego le tomó por un hombro.

—¿Qué vas a hacer?

—Ya te lo he dicho. Si Dios me permite —dijo Rampole vivamente—, le voy a arrancar la verdad.

—¿No estarás por ir allá, supongo?

—¿No? ¡Tú vigíleme! Es todo lo que te pido, tú mírame solamente.

—No te lo voy a permitir. Te lo digo en serio. No puedes...

Rampole profirió una risa que imitaba la de un villano de teatro. Tomó la lámpara de la mesa y salió a prisa hacia el vestíbulo, de modo que ella tuvo que seguirlo. Ella parecía agitarse en torno de él.

—¡Te digo que no vayas!

—Eso dices tú —replicó él, poniéndose el impermeable—. A ver, ayúdame a poner la manga de esto, ¿quieres? ¡Buena chica! Ahora lo que preciso —agregó revisando el perchero— es un bastón. Uno bueno. Aquí está. “¿Está usted armado, Lestrade?”. “Estoy armado”. Muy bien.

—Entonces, te prevengo que yo también iré —dijo ella acusadoramente.

—Bien, ponte tu abrigo, entonces. No sé cuánto esperará aquel bromista. Y ahora que pienso, sería mejor que llevara una linterna; recuerdo que el doctor dejó una anoche aquí... Bueno.

—¡Querido...! —dijo Dorotea—. Estaba esperando que me dejaras ir.

Empapados, chapaleando entre el barro, cortaron por el césped y salieron al prado. A ella le costó pasar sobre el cerco con su largo impermeable; cuando él la

levantó y la pasó al otro lado sintió un beso en su mejilla mojada; la nerviosidad por enfrentarse con el que estaba en la Pieza del Gobernador comenzó a disminuir. No era sencilla la cosa. Era un asunto feo y peligroso. Él se volvió en la oscuridad.

—Mira —dijo— en serio, sería mejor que volvieras. Esto no es broma y no quiero que corras peligro.

Hubo un silencio durante el que se oyó la lluvia cayendo sobre su sombrero. Únicamente aquella luz solitaria brillaba, más allá de la cortina de lluvia con una claridad trémula al otro lado del prado. Cuando ella respondió lo hizo con voz mesurada, fría y firme.

—Lo sé tan bien como tú. Pero tengo que ir. Y tienes que llevarme porque tú no sabes cómo llegar hasta la Pieza del Gobernador, a menos que yo te enseñe el camino. Jaquemate, querido.

Comenzó a chapalear en el barro, delante de él, cuesta arriba. Él la siguió, cortando el césped mojado con su bastón.

Ambos estaban callados y la muchacha respiraba con fatiga cuando llegaron al portón de la prisión. Lejos de la luz del fuego familiar costaba mucho recobrase de la impresión sobrenatural de esta vieja casa de crueldades y ejecuciones. Rampole apretó el resorte de la linterna. El rayo de luz blanco se extendió a lo largo del túnel manchado de parches verdosos; lo sondeó, vaciló y al fin penetró.

—¿Crees? —susurró la muchacha— que es *verdaderamente* el hombre que...

—¡Mejor es que vuelvas, te digo!

—No vuelvo —dijo en voz baja—. Estoy asustada. Pero me asustaría más si volviese. Déjame tomarte del brazo y te mostraré el camino. ¿Qué crees que estará haciendo allá arriba? Debe estar loco para arriesgarse así.

—¿Te parece que puede oírnos llegar?

—No. Todavía no; es como si estuviese a millas de distancia.

Sus pasos producían un rumor como de aguas que se escurren. La linterna lanzaba su flecha luminosa. Animales de brillantes ojillos los miraban y cuando el rayo de luz daba en rincones oscuros se oía el ruido de animales que huían. Sentían alrededor de sus rostros un zumbido de mosquitos, y en algún lugar próximo debía haber agua porque se escuchaba el áspero coro gutural de ranas que croaban. Rampole repetía el viaje interminable por ese laberinto de galerías, dejando atrás puertas cubiertas de orín, bajando escaleras de piedra o subiéndolas. Cuando el rayo de luz dió en la cara de la Doncella de Hierro, algo crujió en la oscuridad...

Murciélagos. La muchacha se estremeció y Rampole golpeó furiosamente. Calculó mal la distancia y el bastón chocó contra algo de hierro y una cascada de ecos se difundió por el techo. La nube aleteante de los murciélagos respondió con chillidos penetrantes. Rampole sintió que se estremecía la mano que la muchacha tenía apoyada en su brazo.

—Lo hemos prevenido —susurró ella—. Tengo miedo. Lo hemos prevenido... No, ¡no me dejes aquí! Me quedo contigo. Si se apagara la luz... ¡Esas cosas

horribles! Casi las siento en el cabello...

Aunque la animó, sentía que lo sofocaba a él también el palpar de su propio corazón. Si en esa mansión de piedra andaban hombres muertos por los sitios donde habían terminado, debían tener rostros justamente como esa cara, grande, vacía, llena de telarañas, de la Doncella de Hierro. Aún se sentía la presencia del sudor del viejo, cuarto donde se torturaba. Contrajo sus mandíbulas como si mordiera una bala, tal como hacían los soldados para aguantar el dolor de las amputaciones en los tiempos de Antonio.

Antonio...

Delante de ellos había una luz. La veían confusamente, al fin de una escalinata que llevaba al corredor que pasaba delante de la Pieza del Gobernador. Alguien con una vela andaba allá.

Rampole apagó la luz. Sintió que la muchacha temblaba en la oscuridad, al ponerla detrás de él y comenzar a subir a lo largo del muro izquierdo, alerta, con el bastón en la mano derecha. Con fría claridad comprendía que no tenía miedo de un asesino. Hasta le hubiera gustado esgrimir el pesado bastón contra la cabeza del criminal. Pero lo que contraía y estremecía los finos hilos nerviosos de sus piernas y lo que le enfriaba el estómago como un harapo exprimido, era el temor de que aquello fuese alguna *otra cosa*.

Por un momento tuvo miedo de que la muchacha que iba tías él estallara en un grito. Se daba cuenta que él también habría gritado si hubiese visto interponerse una sombra, y si esa sombra hubiese llevado, un sombrero de tres picos. Oyó pasos allá arriba. Evidentemente la otra persona los había oído, pero luego había creído equivocarse, porque el rumor de los pasos se alejó otra vez hacia la Pieza del Gobernador.

En alguna parte se oyó el “tap-tap” de un bastón...

Un silencio.

Durante unos minutos interminables, Rampole ascendió la escalera, cautelosamente. Un resplandor turbio salía por la puerta de la Pieza del Gobernador. Poniendo la linterna en el bolsillo, tomó la mano fría y mojada de la muchacha. Sus zapatos chillaron un poco, pero las ratas chillaban también. Se adelantó por el corredor y estirando la cabeza por delante del filo de la puerta miró hacia adentro.

Ardía una vela en un candelabro, en la mesa del medio, ante la que estaba sentado, inmóvil, el doctor Fell. Tenía apoyado el mentón contra la mano y el bastón contra la pierna. Detrás suyo la luz producía una sombra curiosamente parecida a la estatua de Rodin. Sentada sobre sus patas traseras, bajo el dosel del lecho del viejo Antonio, una gran rata gris miraba a Fell con ojos brillantes y sardónicos.

—Entren, muchachos —dijo Fell, mirando apenas hacia la puerta—. Confieso que me tranquilicé cuando vi que eran ustedes.

Capítulo XIII

Rampole dejó resbalar el bastón hasta que la contera de éste chocó en el suelo con un ruido metálico, y entonces se apoyó en él. Dijo:

—Doctor —y se oyó su voz con un timbre vacilante.

La muchacha, se reía tapándose la boca con la mano.

—Pues, nos pareció... —dijo Rampole y tragó saliva.

—Sí —exclamó el doctor— creyeron que era el criminal o un espíritu. Yo tenía miedo que ustedes vieran mi luz desde Yew Cottage y viniesen a averiguar, pero no había cómo tapar la ventana. Mire, muchacha, sería mejor que usted se sentara. Admiro su valor. En cuanto a mí...

Sacó del bolsillo un viejo y pesado revólver de gran calibre y teniéndolo en la palma sopesó el arma reflexivamente. Respiró profundamente balanceando la cabeza.

—Hijos, a, lo que creo *tenemos* que vémoslas con un hombre muy peligroso. Siéntese aquí, mire.

—Pero, *usted*, ¿qué está haciendo aquí, señor? —preguntó Rampole.

El doctor puso la pistola en la mesa junto a la vela. Señaló lo que parecía una pirámide de libros de diario manuscritos, carcomidos y cubiertos de moho y un paquete de cartas secas y oscurecidas, y con un gran pañuelo trató de secarse la frente.

—Ya que han venido —carraspeó— podemos entrar en materia. Yo andaba rebuscando... No hijo, no se siente al borde de la cama; está llena de cosas desagradables. Mejor aquí, al borde de la mesa. Usted, querida —dijo a Dorotea— tome esta silla, las otras están llenas de, arañas.

—Naturalmente, Antonio llevaba su contabilidad —continuó— y se me ocurrió que la hallaría si hacía una búsqueda. La cuestión es saber qué era lo que Antonio ocultaba a su familia. Debo decirles que se trata de otra vieja, muy vieja historia de tesoros escondidos.

Dorotea, que estaba muy quieta, sentada, con su impermeable mojado, se volvió a Rampole y lo miró. Dijo solamente:

—*Lo* sabía. Eso fué lo que dije. Y cuando encontré esos versos...

—Ah, los versos —*rezongó* Fell—. Voy a pedirlos para echarles después una ojeada. Mi joven amigo los mencionó. Pero no hay más que leer el diario de Antonio para tener una pista sugestiva sobre sus actos. Odiaba a su familia y decía que sufrirían por reírse de sus versos. Y así los convirtió en un medio para vituperarlos. No entiendo mucho de contabilidad, pero veo por éstos —y tocó los libros de cuentas— que de una gran fortuna dejó sólo una pizca en efectivo. No podía naturalmente dejarlos en la calle, porque las tierras —la mayor fuente de recursos— eran inajenables. Y más bien me parece que puso fuera del alcance de ellos una suma gigantesca. ¿Lingotes? ¿Vajilla? ¿Joyas? No sé. Recordarán ustedes que hace referencias repetidas a *las cosas que se puede comprar para derrotarlos*, aludiendo a

sus parientes; y otra vez dice: *tengo seguras a las bellezas*. Se han olvidado de su sello. *¿Todo lo que tengo lo llevo conmigo? Omnia ego mecum porto.*

—¿Y dejó la pista en los versos —dijo Rampole— diciendo dónde está el escondite?

El doctor echó hacia atrás su gorra cuadrada y sacó la pipa y la tabaquera. Estirando la cinta negra afirmó los lentes.

—Hay otras indicaciones —dijo pensativamente.

—¿En el diario?

—En parte. Hum... Por ejemplo, ¿por qué Antonio tenía tan fuertes los brazos? Era más bien menudo cuando fué nombrado gobernador y nada se desarrolló en él, salvo los brazos y los hombros.

—Sabemos que... ¿Eh?

—Ah, sí, claro —el doctor hizo un signo de afirmación con su gran cabeza—. Por otra parte, ustedes han visto la ranura excavada profundamente en la baranda de piedra de ese balcón. ¿Eh? Era del tamaño del pulgar de un hombre —dijo el doctor mirando pensativamente su propio pulgar.

—¿Sugiere usted un mecanismo secreto? —preguntó Rampole.

También —dijo el doctor—, también, y esto es importante; ¿por qué dejó una llave para la puerta del balcón? ¿Por qué la puerta del balcón? Si dejó las instrucciones en la bóveda, todo lo que sus herederos necesitaban para obtenerlas serían las tres llaves: una para la puerta de esta pieza que da al corredor, otra para la bóveda y la tercera para la caja de acero que estaba en la bóveda. ¿Para qué, entonces, incluía una cuarta llave?

—Bueno, es evidente que era porque sus instrucciones implicaban salir al balcón —dijo Rampole—. Era lo que Sir Benjamín quería decir cuando hablaba sobre alguna trampa mortal en él. ¡Veamos! Al hablar de una ranura del tamaño del pulgar de un hombre, ¿usted quiere decir un resorte, un mecanismo al que bastaría apretar para...?

—No, ¡qué tontería! —exclamó el doctor—. Yo no digo que lo hizo un pulgar. Pues la ranura no se hubiese hecho ni en el transcurso de treinta años. Pero yo les diré lo que pudo hacerla. Una cuerda.

Rampole se deslizó de la mesa y se puso de pie. Dirigió la mirada a la puerta del balcón, cerrada y siniestra a la débil luz de la vela.

—¿Por qué? —repitió en voz alta— ¿por qué tenía Antonio los brazos tan fuertes?

—O si quieren otras preguntas —retumbó la voz del doctor a tiempo que se enderezaba—, ¿por qué el destino de cada uno está vinculado tan íntimamente al pozo? Todo lleva directamente al pozo. Claro, ahí está el hijo de Antonio, el segundo Starberth, gobernador de la prisión. Es el que nos desorientó a todos. *Él murió* con el cuello roto e inauguró la tradición. Pero si hubiese muerto en su lecho, no habría habido ninguna tradición y habríamos examinado la muerte de Antonio, su padre, sin ningún prejuicio engañoso. La hubiéramos estudiado como problema aislado, que lo

es. Pero no fué así. El hijo de Antonio tomó el mando de esta prisión cuando el cólera barrió con la mayoría de los que vivían adentro y aquellos infortunados enloquecían allá abajo en sus celdas sin aire. Bien, pues el gobernador de la prisión enloqueció de la misma fiebre. La tuvo también y su delirio lo dominó. ¿Ustedes saben qué efecto nos hizo a todos nosotros el diario de su padre? Bueno, imaginen su efecto sobre un hombre nervioso y supersticioso, atacado por el cólera en un siglo lleno de supersticiones. ¿Qué efecto suponen ustedes que puede tener el hecho de vivir sobre los miasmas que exhala un pantano al que se arroja a los ahorcados para que se pudran en él? Difícilmente pudo odiar a su hijo lo bastante como para desear que se levantara delirando del lecho y se arrojara desde ese balcón. Y sin embargo eso es lo que hizo el segundo gobernador.

El doctor respiró amplia y ruidosamente y con tanta fuerza que por poco apaga la vela. Rampole dió un salto. Por un momento reinó silencio en el gran cuarto: libros de hombres ya muertos, sillas de hombres ya muertos, y ahora la antigua enfermedad de sus cerebros se presentaba allí tan horrenda como la cara de la Doncella de Hierro. Una rata se deslizó por el piso. La muchacha había puesto su mano sobre el brazo de Rampole y se hubiera dicho que veía fantasmas.

—¿Y Antonio...? —interpuso Rampole, hablando con dificultad.

El doctor estaba en su silla, la gran mata de sus cabellos caída.

—Le debe haber llevado mucho tiempo —observó con expresión ausente—, desgastar tan hondo la piedra. Tenía que hacer todo él solo y en la quietud de la noche cuando nadie podía verlo. Naturalmente no había guardia en este lado de la prisión y así escapaba a toda observación. Sin embargo, me inclino a creer que tuvo un ayudante unos cuantos años al principio, hasta que desarrolló su propia fuerza. Su vigor, que era terrible, fué logrado con paciencia, al fin, pero entretanto debe haber tenido alguien que lo bajara y subiera... Probablemente después se deshizo de él...

—Un momento, ¡por favor! —dijo Rampole, golpeando la mesa—. Usted dice que la piedra se desgastó con una cuerda porque Antonio pasó años...

—Descolgándose hasta el pozo y luego trepando...

—En el pozo... —observó Rampole lentamente. De pronto le pareció ver una figura de negro extrañamente parecida a la araña, balanceándose en una cuerda bajo el cielo nocturno. En la prisión arderían una o dos lámparas. No habría estrellas. Y donde los hombres se balanceaban de día, de noche se balanceaba Antonia descolgándose hacia el pozo...

Sí. En alguna parte allá abajo, en aquel ancho pozo, Dios sabía dónde, había pasado años excavando un escondite. O, posiblemente, noche tras noche había oscilado descendiendo, a contemplar su tesoro. Los miasmas del pozo disolverían su salud y equilibrio, como después los de su hijo; pero más lentamente porque era un hombre más duro y sólido. Vería hombres muertos trepar desde el pozo y llamar a su ventana. Los oiría cuchichear juntos de noche porque él había cubierto sus cuerpos con sus riquezas y plantado oro entre sus huesos. Muchas noches habría mirado

cuando las ratas comían en el pozo. Y sólo cuando vió a las ratas ya en su propio lecho fué cuando creyó que los muertos venían a llevarlo con ellos.

Una sensación de repugnancia invadió a Rampole al sentir el contacto del abrigo mojado. La presencia de Antonio llenaba todo el cuarto.

Dorotea habló con voz clara. Ya no parecía asustada.

—Y eso continuó hasta que...

—Hasta que se volvió descuidado —respondió el doctor Fell.

La lluvia, que antes había cesado casi del todo, azotaba de nuevo la prisión: rumoreaba en la hiedra de la ventana, salpicando en el piso; saltaba por la prisión como si barrera y se llevara las cosas.

—O acaso —volvió a hablar el doctor, mirando de repente el balcón. Acaso no se descuidó. Tal vez alguien supo de sus expediciones aunque sin saber para qué eran, y cortó la cuerda. Sea como fuere, el nudo de la cuerda se desató o lo cortaron. Era una noche de tempestad llena de viento y lluvia. La sogá, suelta, se fué abajo con él. Como su punta entraba en el interior del pozo, se deslizó adentro. A nadie se le ocurrió mirar en el pozo, de modo que ni tuvieron sospecha de tal sogá. Pero Antonio no cayó en el pozo.

Y Rampole pensó: Sí, sogá fué cortada. Eso es lo más probable y no que el nudo se haya corrido. Quizá había una lámpara encendida en la Pieza del Gobernador, y el hombre con el cuchillo en la mano miró por encima de la barandilla del balcón y por un instante vió la cara de Antonio cuando ésta, dando vueltas, caía sobre las picas de la verja que bordeaba el pozo. En la mente de Rampole se destacaron, tan horriblemente vividos como en un grabado de Cruikshank, los ojos en blanco, dilatados, los brazos extendidos del sombrío asesino.

Un grito entre el viento y la lluvia, luego el ruido como quiera que hubiese sonado; una lámpara que se apagó. Y todo quedó tan muerto como uno de esos libros en los estantes. Ainsworth podría haberlo representado tal como tuvo lugar allá por el mil ochocientos veinte y...

Como desde una distancia oyó que el doctor Fell decía:

—Ahí tiene todo, señorita Starberth. Esto era lo que usted suponía maldición sobrenatural. Es lo que la ha estado atormentando todo este tiempo. No es cosa tan impresionante, después de todo, ¿verdad?

Ella se puso de pie sin hablar y comenzó a caminar por la habitación, con las manos metidas y estiradas en los bolsillos, tal como Rampole la recordaba aquella primera noche que la vió en la estación. Deteniéndose frente al doctor sacó del bolsillo un papel doblado y se lo tendió. Eran los versos.

—Entonces —preguntó— ¿qué significa esto?

—Un criptograma, sin duda. Nos dirá el lugar exacto. Pero, ¿no ve que un ladrón hábil no habría necesitado este papel, ni siquiera conocer su existencia, para saber que había algo escondido en el pozo? No necesitaba utilizar más que los datos que yo utilicé. Todos están a la mano.

La vela estaba acortándose y una ancha banda de llama se enroscó en torno de ella arrojando un brillo momentáneo. Dorotea se acercó al lugar donde la lluvia había hecho charcos bajo la ventana y miró las viñas con expresión ausente.

—Creo comprender —dijo— lo de mi padre. Estaba... mojado, completamente mojado, cuando lo hallaron.

—¿Usted quiere decir —interrogó Rampole— que él sorprendió *in fraganti* al ladrón?

—Bueno, ¿hay acaso otra explicación? —dijo Fell con un gruñido. Había estado tratando inútilmente de encender su pipa y ahora la puso en la mesa.

—Había salido a caballo, usted sabe. Vió la sogá que se perdía en el pozo. Podemos suponer que el criminal no lo vió, por esto: porque Timoteo bajó al pozo. ¿Eh...? —y miró ferozmente.

—Hay algún cuarto o lugar excavado —asintió Rampole—. Y el criminal no lo sintió hasta que Timoteo estuvo allí.

—Hum... Sí, sí. Hay otra deducción, pero dejémosla. Perdón, señorita Starberth, su padre no se cayó. Fué golpeado fría y sañudamente y luego arrojado, como muerto, entre las malezas.

La muchacha se volvió:

—¿Herbert? —preguntó.

Con su índice, Fell estaba dibujando algo en el polvo de la mesa, completamente concentrado, como un niño que dibuja. Murmuró entre dientes:

—Un aficionado no puede ser. La cosa es demasiado perfecta. No puede ser. Pero tiene que ser así, a menos que me convenzan de otra cosa. Y si no lo es, se trata de una gran aventura.

Rampole preguntó con tono de fastidio, de qué estaba hablando.

—Hablaba —replicó el doctor— de una visita a Londres.

Haciendo un esfuerzo, se puso de pie apoyándose en sus dos bastones y, con aire de fiereza, miró belicosamente desde atrás de sus cristales. Luego golpeó la pared con uno de los bastones como un maestro de escuela.

—Tu secreto se ha disipado —retumbó la voz—. Ya no puedes asustar más.

—Queda un criminal todavía —dijo Rampole.

—Sí. Y es su padre, señorita Dorotea, quien lo ha tenido aquí. Su padre dejó ese documento en la bóveda, como les expliqué el otro día. El criminal cree que está a salvo. Ha esperado casi tres años hasta apoderarse de ese papel que lo condena. Y bien, no está a salvo.

—¿Usted sabe quién es?

—Vamos —dijo el doctor bruscamente—. Vamos a casa. Tengo necesidad de una taza de té o una botella de cerveza, preferiblemente esta última. Y mi esposa estará al llegar de lo de Payne...

—Atiéndame, señor —insistió Rampole—; ¿sabe usted quién es el asesino?

El doctor reflexionó.

—Está lloviendo con fuerza —respondió al fin con el aire de quien medita una jugada de ajedrez—. ¿Ve usted cuánta agua se ha acumulado debajo de aquella ventana?

—Sí, naturalmente, pero...

—¿Y ve —siguió, indicando la puerta cerrada que llevaba al balcón—, que allá no ha entrado nada?

—Por supuesto.

—Pero si estuviese abierta habría mucha más agua allí que bajo la ventana, ¿no le parece?

Si el doctor hacía todo esto sencillamente para desorientarlo, Rampole no lo sabía. El lexicógrafo miraba detrás de sus lentes como concentrando sus ojos y se tiraba el bigote. Rampole decidió seguirlo resignadamente.

—No cabe duda de ello, señor.

—Entonces —exclamó Fell con aire triunfante— ¿por qué no vimos esta luz?

—¡Oh Dios! —dijo Rampole exhalando un débil gemido.

—Es como un truco de magia. ¿Conoce usted la frase de Tennyson acerca del *Sordello* de Browning?

—No, señor.

—Dijo que lo único que se podía entender allí era la primera línea, y la última y que ambas eran mentiras. Bien, pues ahí está la clave de nuestro asunto. Vamos, muchachos y tomemos té.

Quizá pesaban aún terrores en esta morada de látigo y de muerte, pero Rampole no los sintió cuando comenzó a bajar, alumbrando el camino con su linterna, delante de todos.

Cuando se hallaron otra vez en la tibieza alumbrada por la lámpara de la casa de Fell, se encontraron con Sir Benjamín Arnold que los estaba esperando en el estudio.

Capítulo XIV

Sir Benjamín estaba malhumorado. Se había disgustado a causa de la lluvia, y luego la presencia de palabras violentas era tan palpable como el vaho del *whisky*. Lo encontraron mirando ávidamente los restos del té frío, delante del fuego del estudio.

—¡Hola! —dijo el doctor Fell—. ¿Mi esposa no volvió todavía? ¿Cómo entró?

—Entrando —respondió el Jefe de policía con aire digno—. La puerta estaba abierta. Alguien ha desdeñado este agradable té... Digo, ¿y si tomáramos algo?

—*Nosotros...* hum... tomamos té —dijo Rampole.

Sir Benjamín estaba fastidiado y quejoso.

—Necesito un *brandy* con soda. Todo se me viene encima hoy. Primero, el párroco. Su tío —que es neozelandés y viejo amigo mío; yo conseguí al pastor esta parroquia— llega a Inglaterra después de diez años de ausencia y Saunders quiere que vaya a esperarlo. El párroco es neozelandés. ¿Cómo diablos me voy a ausentar? Que vaya *él* a Southampton. Después, Payne...

—¿Qué pasa con Payne? —preguntó el doctor Fell.

—Pide que la puerta de la Pieza del Gobernador sea tapiada. Dice que ya no tiene objeto. Muy bien, yo también espero que sea así. Pero no podemos hacerlo todavía. Payne está siempre neurasténico por algo. Y para remate, el doctor Markley pide que el pozo sea cegado ahora que ha muerto el último heredero varón.

El doctor Fell infló los carrillos.

—Seguro que no podemos hacer *eso* —convino—. Bueno, siéntese. Tenemos que decirle algo.

Mientras el doctor sacaba bebidas fuertes de una alacena, iba relatando a Sir Benjamín todo lo que había ocurrido esa tarde. Mientras hablaba el doctor, Rampole observaba la expresión de Dorotea. No había hablado mucho desde que Fell empezó a explicar lo que había detrás de los Starberth, pero tenía una expresión de esperanza y paz.

Sir Benjamín llevó las manos a la espalda, dando una palma contra otra. Sus ropas mojadas despedían un fuerte olor a lana y a tabaco.

—No lo dudo, no lo dudo —mascullaba entre dientes—. Pero, ¿por qué esa condenada tardanza en hacérmelo saber? Hemos perdido la mar de tiempo. Sin embargo, no cambia el problema que tenemos que afrontar... que Herbert es el único culpable posible. Así falló el juez.

—¿Lo tranquiliza esto a usted?

—No. ¡Maldito sea! No creo que ese muchacho sea culpable. Pero ¿qué otra cosa podemos hacer?

—Pista de él, ¿ninguna?

—¡Oh! Rumores suyos, de todos lados, pero no lo han encontrado. Mientras tanto, repito, ¿qué hacemos?

—Una cosa por lo menos: buscar el escondite que hizo Antonio.

—Ajá. Si la maldita clase esa o lo que sea... Echémosle un vistazo. Supongo que lo permite, señorita Starberth.

Ella se sonrió suavemente.

—Claro... ahora. Pero me inclino a pensar que el doctor confía demasiado. Aquí está mi copia.

Fell estaba repantigado en su sillón favorito, su pipa ardía bien y tenía al lado una botella de cerveza. Con cabello y patillas blancas habría caracterizado muy discretamente a un Rey Mago. Miraba con aire benigno mientras Sir Benjamín estudiaba los versos. En cuanto a Rampole, su pipa tiraba bien, y estaba sentado cómodamente en el sofá rojo, donde sin moverse podía tocar la mano de Dorotea. Con la otra mano sostenía un vaso. Y así, reflexionaba, todas las exigencias de la vida estaban allí.

Los ojos caballunos de Sir Benjamín miraron de soslayo. Y leyó en voz alta:

*How called the dwellers of Lyn-dun;
Great Homer's tale of Troy?
Or Country of the midnight sun
What doth all men destroy?*

Leyó de nuevo los versos, lentamente y bajando la voz. Y dijo con calor:

—Pero, miren; ¡esto no tiene sentido!

—Ah —dijo Fell, como degustando el aroma de un exquisito vino.^

—Simplemente poesía, sin pies ni cabeza...

—Versos —corrigió Fell.

—Bien, ciertamente, sea lo que fuere, ¿lo ha visto usted?

—No. Pero criptograma, con seguridad que lo es.

El jefe de policía le alcanzó el papel.

—A ver, pues. Díganos lo que dice. “¿Cómo se llamaban los moradores de Lyn-dun?; —la historia de Troya narrada por el gran Homero—”. Bah, un galimatías... Pero, ¡un momento! —masculló Sir Benjamín pasándose la mano por la mejilla—. He visto estas charadas en las revistas, y recuerdo que en las novelas... se toma una palabra por medio, o se saltean dos, o algo por el estilo... ¿no es así?

—No sirve —dijo Rampole en tono melancólico—. Ya probé todas las combinaciones con una, dos y tres palabras. Lo traté como acróstico, en todos los versos. Con las primeras letras resulta *Hgowathviowetgff*. Con las últimas salió *Nynyfrdrefstene*. Esto suena como el nombre de una reina de Asiria.

—Ah —dijo Fell, asintiendo otra vez.

—En las revistas... —comenzó a decir Sir Benjamín.

Fell se arrellanó más aún en su sillón y despidió una enorme nube de humo.

—A propósito —interpuso Fell— tengo una cuenta que arreglar con las revistas y publicaciones ilustradas. Sucede que soy muy aficionado a los criptogramas. A

propósito, detrás de usted está uno de los primeros libros sobre escritos en clave: el *De Furtivis Literarum Notis* de Juan Bautista Porta, publicado en 1563. Ahora bien, lo característico de un buen criptograma es que debe ocultar algo que alguien quiere mantener secreto, en primer lugar. Es decir, que sea realmente un trozo de escritura secreta. Su contenido debe ser algo como esto: “Las joyas que faltan están ocultas en los pantalones del archidiácono”, o “von Dinklespook atacará a los Guardias de Worcestershire a medianoche”. Pero cuando los que escriben en las revistas ilustradas tratan de inventar un criptograma que desoriente al lector, no tratan de desorientarlo inventando un trozo en clave verdaderamente difícil. Sólo se les ocurre desconcertarlo con un escrito en clave que, por lo pronto, nadie mandaría. Uno se fatiga y se enoja debatiéndose entre una selva de símbolos para encontrarse al fin con un mensaje como éste: “Pusilánimes paquidermos primariamente postergan prerrogativas procreadoras”. ¡Bah! —tronó el doctor—. ¿Se imaginan ustedes un miembro del servicio secreto alemán, arriesgando su vida para pasar un mensaje como éste a través de las líneas inglesas? Me parece que el general von Googledorfer sería presa de un pequeño ataque cuando le entregaran el despacho descifrado y se encontrara con que los elefantes tímidos tienen la costumbre de no hacer tentativas para reproducir la especie.

—Eso no es cierto, ¿no? —inquirió interesado Sir Benjamín.

—No me interesa la historia natural de tal afirmación —respondió Fell impertinentemente—; yo hablaba de escrituras en clave —llevó un ataque a fondo al vaso de cerveza, y prosiguió ya en tono más ecuánime—: Es, por supuesto, una práctica antiquísima. Plutarco y Gellius mencionan métodos secretos de correspondencia usados por los espartanos. Pero la criptografía, en su sentido más estricto de sustituir palabras, letras o símbolos, es de origen semítico. Por lo menos, la usa Jeremías. Una variante de esta misma forma sencilla es usada en las *quarta elementorum littera*, donde...

—¡Pero mire el condenado papel ése! —estalló sir Benjamín tomando de la repisa la copia de Rampole y dándole pequeñas palmadas—. Mire aquí, en el último verso: “Aquí el corso fué vencido — Gran madre de todo pecado”. No tiene sentido. Y si quiere decir lo que sospecho, no es nada amable para Napoleón.

El doctor sacó la pipa de la boca.

—¡Ojalá se callara! —dijo en tono de lamentación—. Me siento con deseos de dictar cátedra. Pasaba de Tritemio a Francisco Bacon, y luego...

—Déjeme de conferencias —interrumpió el jefe de policía—. Yo quisiera que eche una ojeada al papel. No le pido que lo resuelva, sino sencillamente que deje esas erudiciones y *lo mire*.

Con un suspiro, Fell se acercó a la mesa del medio donde había otra lámpara y extendió el papel ante él. Las nubes de humo disminuyeron hasta no ser más que finas y largas líneas que salían de entre sus dientes apretados.

—Humm... —hizo. Hubo otro silencio.

—¡Un momento! —urgió Sir Benjamín, levantando una mano cuando parecía que el doctor iba a hablar—. No comience como un maldito diccionario. ¿Pero ve alguna pista ahí?

—Yo le iba a pedir —dijo Fell mansamente— que me alcanzara otra botella de cerveza. Pero, ya que usted lo menciona... los de antes fueron niños frente a nuestros criptógrafos de hoy día: la guerra lo probó. Y esto, que fué escrito a fines del siglo XVIII o comienzos del XIX no debe ser tan difícil. En aquel tiempo el jeroglífico era un procedimiento favorito; aquí sé que no es eso. Pero es un poco más difícil que la ordinaria clave por sustitución que agradaba tanto a Poe. Se asemeja algo al jeroglífico, sólo que...

Todos se habían reunido en torno suyo y se inclinaban sobre el papel. De nuevo leyeron todas las palabras:

*How called the dwellers of Lyn-dun;
Great Homer's tale of Troy?
Or Country of the Midnight sun-
What doth all men destroy?*

*Against it man hath dashed his foot;
This angel bears a spear!
In garden glade where Lord Christ prayed
What spawns dark stars and fears?*

*In this white Diana rose;
Here was Dido bereft-
Where on four leaves good fortune grows;
East, south, west, what is left?*

*The Corsican was vanquished here,
Great mother of all sin;
Eind green the same as shiretown's name,
Find Newgate Gaol, and win!*

El lápiz del doctor se movía velozmente trazando símbolos ininteligibles. Hablaba entre dientes, sacudía la cabeza y volvía a los versos. Volviéndose a una biblioteca giratoria que estaba a su lado tomó un volumen de cubierta negra, cuyo título era: L. FLEISSNER, *Handbuch der Kryptographik*, echó una mirada al índice, y se encolerizó otra vez.

—¡*Drafghk!* —exclamó como quien echa un terno redondo—. Me resulta *drafghk*, que no es nada. Juraría que no se trata de ninguna clave por sustitución. Haré la prueba con el latín y con el inglés. Lo voy a sacar. La base clásica siempre

triunfa. No olvide nunca eso, joven —dijo volviéndose con gravedad a Rampole—. ¿Qué ocurre, señorita Starberth?

La muchacha apoyaba ambas manos en la mesa y su cabello oscuro brillaba a la luz de la lámpara. Soltó una leve risa y levantó los ojos.

—Yo estaba pensando —respondió con aire intrigado— que si usted no consideraba la puntuación...

—¿Ajá...?

—Pues... el primer verso. “La historia de Troya narrada por Homero”. Pues, es la *Ilíada*, ¿no? “Patria del sol de medianoche”... Eso es Noruega. Si tomamos cada verso separadamente y buscamos qué cosa define... espero —dijo vacilando—, no estar diciendo una tontería... si tomamos lo definido como una palabra aislada...

—¡Dios mío! —dijo Rampole—. ¡Un problema de palabras cruzadas!

—¡No, hombre! —exclamó Fell enrojeciendo más todavía.

—¡Pero, fíjese señor! —dijo Rampole y se inclinó repentinamente sobre el papel—. El viejo Antonio no sabía que estaba haciendo un problema de palabras cruzadas, pero eso es lo que es. Usted dijo que era una variante del jeroglífico...

—Si nos ponemos a pensar —dijo Fell, y se compuso el pecho—, resulta que el procedimiento no era desconocido...

—Bien, ¡aplíquelo! —exclamó Sir Benjamín—. Probemos por ese lado. “¿Cómo los moradores de Lyn-dun se llamaban?”. Supongo que quiere decir esto algo así como “¿Cómo el pueblo de Lyn-dun se llamaba?”. ¿Quién lo sabe?

El doctor que se atusaba los bigotes y actuaba como un niño malhumorado, tomó otra vez el lápiz. Contestó secamente:

—*Fenman*^[16], eso está claro. Bien, probemos el procedimiento. Tal como sugirió la señorita Starberth, las dos palabras que siguen son *Ilíada* y *Noruega*. *Dime lo que mata a todo hombre*. No se me ocurre otra cosa que *Muerte*^[17]. De modo que tenemos...

Fenman-Iliad-Norway-Death

Hubo un silencio.

—No parece tener *mucho significado* —murmuró Sir Benjamín.

—Por lo menos es lo que hasta ahora tiene más sentido —dijo Rampole—. Sigamos: *Contra ella ha tropezado humano pie...* Parece conocido. *No sea que tropiece el pie contra una...* ¡Ya está! Ponga “piedra”^[18]. Ahora, ¿qué ángel lleva una espada?

—Es Ithuriel^[19] —apuntó Fell ya de buen humor otra vez. El verso que sigue, está claro que alude a Getsemaní^[20]. Veamos lo que tenemos:

Fenman-Iliad-Norway-Death-Stone-Ithuriel-Gethsemane

Ahora una amplia sonrisa recorría los pliegues de su triple barbilla.

—¡Listo! —anunció—. Ya lo tengo. Tomemos la inicial de cada palabra...

Buscar^[21] —leyó Dorotea y miró en torno suyo con ojos brillantes—. Eso es, *Sig*^[22]... ¿Qué viene después?

—Necesitamos una *N*. Ajá... ¿*Quién umbríos astros y temores vierte?*, leyó Fell. Es *Noche*. Luego viene el lugar donde se levantó la blanca Diana... *Efeso*. El verso siguiente está mal porque la ciudad de Dido fué *Tiro*. Tenemos pues *Find signet* ... Ya les dije que sería cosa sencilla.

Sir Benjamín repetía: “Por Júpiter” y golpeaba la palma de su mano izquierda con el puño derecho. Tuvo una chispa de inspiración y agregó:

—*Donde en cuatro hojas crece la fortuna*: eso debe indicar tréboles, trifolios, o como se llamen esas condenadas cosas. Sea lo que sea... es *Irlanda*.

—Y —contribuyó Rampole—, luego de quitar el Este, Sur y Oeste, no queda más que el *Norte*. Agregamos una *N*. *Find signet in*^[23]...

El lápiz del doctor agregó cuatro palabras, y después cuatro letras.

—Completado —dijo—. En el último cuarteto la primera palabra es *Waterloo*. La segunda es *Eva*. El verso relativo a un verde igual en nombre a la capital de un condado... ¡pues claro!, es *Lincoln*. Y, en fin, tenemos la cárcel de *Newgate* en Londres. La palabra completa es *Pozo*^[24] —tiró el lápiz—. ¡Ah, viejo pícaro! Conservó el secreto por más de cien años.

Sir Benjamín, mascullando imprecaciones, todavía estaba sentado y absorto.

—Y nosotros lo desciframos en media hora.

—Permítame recordarle, señor —resonó la voz del doctor muy excitado— que no hay nada en esta clave que yo no pudiera haberles dicho. La explicación estaba ya hecha. Esto no es más que su comprobación. Sin el conocimiento previo que teníamos, este criptograma no hubiera significado nada. Ahora nosotros sabemos lo que quiere decir gracias a... hum... ese conocimiento previo —terminó su cerveza con un ademán desafiante y miró con aire belicoso.

—Claro, claro. ¿Pero qué quiere decir con *sello*?

—No puede ser más; que el lema suyo *Todo lo que tengo lo llevo conmigo*. Nos ha sido útil hasta aquí. Y nos servirá otra vez. En alguna parte en las profundidades del pozo, está grabado en la pared...

Sir Benjamín volvió a frotarse la mejilla y se le oyó gruñir.

—Sí, muy bien. Pero no sabemos dónde. Y usted sabe, es un lugar insalubre para andar explorando.

—Tonterías —dijo Fell, secamente—. ¿Cómo que no sabemos dónde está?

Y como el jefe de policía se limitase a quedar enfurruñado, el doctor volvió y comenzó de nuevo a encender apaciblemente su pipa. Y continuó con aire reflexivo:

—Si, por ejemplo, se atara una soga gruesa a la baranda del balcón del viejo Antonio, en la antigua ranura, y su extremo cayera en el interior del pozo, como la soga de Antonio... Bien, yo creo que no andaríamos lejos ¿eh? El pozo es grande sin duda, pero una línea trazada desde la ranura limitaría nuestra búsqueda a unos pies. Y

si un joven robusto —como este amigo nuestro— se tomara de ella a la entrada del pozo y bajara...

—Eso está bien pensado —reconoció el jefe de policía—. Pero, ¿y de qué serviría eso? De acuerdo con lo que usted dice, el asesino hace mucho que ha llevado lo que pudiese haber allí. Mató al viejo Timoteo porque éste lo sorprendió allí, y a Martín porque Martín habría conocido su secreto si leía el papel que estaba en la bóveda... ¿Y qué espera hallar allá abajo ahora?

Fell vaciló.

—No estoy seguro. Pero de todos modos deberíamos probar.

—Yo diría... —el jefe de policía respiró profundamente—. Bueno, mañana por la mañana traeré un par de agentes...

—Hum... se nos echaría encima todo Chatterham si procediésemos así —dijo el doctor—. ¿No les parece que lo mejor sería mantener el asunto entre nosotros y hacerlo de noche?

El jefe de policía vaciló.

—Excesivamente peligroso —murmuró—. Un hombre podría matarse fácilmente. ¿Qué dice usted, señor Rampole?

Era una perspectiva agradable, y así lo expresó Rampole.

—Sigue no gustándome —dijo Sir Benjamín malhumorado— pero es el único modo de evitar molestias. Podemos hacerlo esta noche si deja de llover. Hasta mañana puedo estar ausente de Ashley Court, y creo que puedo parar en el Friar Tuck... Atiendan. No usaremos luces en la prisión cuando vayamos a atar la soga... ¿Eh? Llamarían la atención.

—Es posible. Pero estoy seguro de que nadie nos molestará. Cualquiera de la villa tendrá demasiado miedo.

Dorotea había estado mirando a uno después de otro, y sus párpados se ponían tensos. La irritación ponía líneas en torno de las ventanillas de su nariz.

—Ustedes le piden que haga eso —dijo señalando con la cabeza a Rampole— y lo conozco lo bastante para estar segura de lo que hará. *Ustedes* pueden tomar la cosa con tranquilidad. Según ustedes nadie del pueblo irá allí. Bien, se han olvidado de alguien que *muy probablemente* estará allí. El criminal.

Rampole se había vuelto hacia ella e inconscientemente le había tomado la mano. Ella no lo notó, aunque sus dedos apretaron la mano de él. Pero Sir Benjamín lo observó con una expresión asombrada que trató de disimular exclamando “¡Hem!”, y haciendo ruido con los tacos. El doctor miró con benevolencia desde su sillón.

—El criminal —repitió—. Ya sé querida, ya sé.

Hubo otro silencio. Nadie parecía saber qué decir. La expresión de los ojos de Sir Benjamín parecía dar a entender que no era inglés echarse atrás ahora. Realmente se le notaba molestísimo.

—Entonces, me voy —dijo finalmente—. Tengo que interiorizar, dicho sea de paso, al magistrado de Chatterham; precisamos cuerdas, clavos grandes, martillos...

cosas así. Si deja de llover, para las diez puedo estar de vuelta aquí.

Vaciló.

—Pero hay algo que quisiera saber. Hemos oído hablar mucho de este pozo. De hombres ahogados, de espíritus, lingotes, joyas, vajillas y Dios sabe qué más. Bien doctor, y *usted*, ¿qué busca en ese pozo?

—Un pañuelo —dijo Fell echando un trago de cerveza.

Capítulo XV

El señor Budge había pasado la velada del modo más edificante. Tenía tres noches libres por mes. Dos de éstas las dedicaba generalmente a ver películas en Lincoln, y le gustaba observar cómo la gente se ubicaba ordenadamente y volvía a refrescar su memoria con palabras tales como “apresúrese” u otras expresiones que podían ser usadas por él en su carácter de mayordomo de la Residencia. Invariablemente la tercera noche estaba dedicada a sus buenos amigos, el señor Rankin y señora, mayordomo y ama de llaves, respectivamente, de los Payne en Chatterham. En sus cómodas habitaciones de la planta baja, los Rankin lo acogían con agasajos casi invariables. Budge tenía el mejor asiento, que consistía en un crujiente sillón hamaca de junco cuyo alto espaldar superaba mucho en altura la cabeza de cualquiera que se sentase en él. Le agasajaban con alguna bebida, oporto del particular de los Payne, o un chocolate caliente si el tiempo estaba húmedo. Los picos de gas emitían su apacible rumor y el gato familiar recibía el saludo puerilmente amistoso del señor Budge. Los tres sillones crujían, cada uno con su ritmo propio: el de la señora de Rankin vivo y rápido; el de su esposo, más lento y reflexivo; y el de Budge, con grave balanceo, como el de un emperador llevado en su litera.

La velada solía transcurrir conversando de Chatterham y sus habitantes. Y particularmente, cuando abandonaban la ficción formal a eso de las nueve, de las personas distinguidas. Y poco después de las diez solían terminar la sobremesa. El señor Rankin recomendaba siempre a Budge algún libro interesante que el señor Payne había citado en el transcurso de la semana. Budge lo anotaba con gravedad, se ponía el sombrero como si fuese un casco de guerra, abotonaba su sobretodo y partía de regreso.

Esa tarde, reflexionaba mientras subía por la calle Alta hacia la casa de los Starberth, había sido excepcionalmente satisfactoria. El cielo había aclarado, pálido, limpio y brillante, y había una luna clara. Una leve neblina pendía sobre las llanuras y el aire húmedo olía a heno. Con una noche así el alma de Budge se convertía en el alma de D'Artagnan, Robin Hood, Fairbanks.

Budge, el guerrero, el aventurero, el de bigotes retorcidos, y aún, en momentos de locura, Budge el enamorado. Su alma era un globo, globo cautivo es cierto, pero de cualquier modo un globo. Le gustaban estas caminatas en las que las estrellas no se burlaban de las antiguallas del otro Budge; donde un hombre podía sostener un duelo a muerte con una parva, sin que lo viera ninguna sirvienta. Pero mientras sus pasos sonaban sobre el suelo duro y blanco, degustaba con lentitud estos románticos ensueños, como un lujo de la última milla de camino. Reflexionaba particularmente sobre la gran noticia al final de ...

Habían mantenido al comienzo la conversación de costumbre. Habían discutido al detallé el lumbago de la señora de Bundle. Por otra parte, comentaron la noticia de que el señor Payne iba a Londres en uno de sus viajes para alguna conferencia sobre

asuntos legales. La señora de Rankin había recalcado este hecho con palabras impresionantes y mencionado misteriosos cartapacios tan imponentes como las pelucas mismas de los jueces. Lo que más los impresionaba en la profesión legal era el hecho de que hubiese que leer tantos libros para llegar a ser miembro de ella. La señora Payne estaba de un humor particularmente endiablado, pero, ¿de qué se podía asombrar uno siendo ella lo que era?

Por otra parte, también había corrido el rumor en el pueblo, de que el tío del párroco venía de Auckland a visitarlo. Era, se decía, uno de los más viejos amigos de Sir Benjamín; había conseguido al párroco su nombramiento; y con Sir Benjamín había estado junto a Cecil Rhodes muchos años antes, en los campos diamantíferos de Kimberley. Era tema de mucho interés. También se comentó el asesinato, pero muy poco, porque los Rankin respetaban los sentimientos de Budge, cosa que éste les agradecía. Budge tenía la certidumbre moral de que el señor Herbert había cometido el crimen pero se había impuesto no pensar en ello. Cada vez que ese desagradable asunto asomaba a su mente, lo rechazaba como si cerrara la caja de un muñeco de resorte, con el peculiar chirrido que hace cuando le ponen la tapa. Pero de cualquier modo quedaba oculto.

No, en lo que pensaba era sobre todo en el rumor de un *Affair*. La mayúscula era natural, tenía un eco más siniestro aún en la imaginación y casi, casi, parecía francés. Un *affair* entre la señorita Dorotea y el joven americano que estaba parando en lo del doctor Fell.

Al principio esto chocó a Budge. No precisamente el hecho en sí, sino el americano. Singular, muy singular, reflexionó Budge con un sobresalto repentino. Caminando por allí, entre el susurro incesante de los árboles a la luz de la luna, las cosas tomaban un aspecto que no era el de todos los días, allá en lo de Starberth. Muy posiblemente Budge era el espadachín que tenía una sonrisa cómplice ante una indiscreción, tan fácilmente como ensartaba (“¡*canaille!*”) un mercenario en la punta de su espada. La Residencia era aburrida y reglamentada como una partida de *bridge*. Aquí le venían a uno impulsos de volcar las mesas de un puntapié y barrer con las cartas. Sólo que... en fin, esos condenados americanos y la señorita Dorotea. ¡Dios santo! ¡La señorita Dorotea!

Le volvieron a la memoria las palabras, tal como se habían formado en su mente aquella noche en que fué asesinado Martín. La señorita Dorotea: él casi había dicho: una personita de gran frialdad. Dominando todo, ¿qué habría dicho la señora Bundle? En la Residencia, pensar esto lo hubiera helado de espanto. Pero allí, bajo los rayos de la luna, el alma de Budge era como una armadura resplandeciente.

Se rió entre dientes.

Ahora pasaba por entre parvas de heno, semejantes a monstruosas sombras negras contra la luna y se asombró de haber avanzado tanto. Su calzado debía estar cubierto de polvo, y el paso rápido le había dado calor.

Después de todo, el *joven* americano le había parecido un caballero. Era verdad

que momentos había habido en que Budge se había preguntado si no sería aquél el criminal. Venía de América; Martín había estado allá varios años: surgían reflexiones fatales. Y hasta hubo un instante delicioso en que sospechó si no sería lo que la señora Bundle describía como un pistolero.

Pero las parvas de heno se habían convertido en castillos para los cañones del duque de Guisa y la noche estaba tan suave como terciopelo que vestía un mosquetero; el señor Budge se puso sentimental. Recordó a Tennyson. No se le ocurría en el momento nada que hubiese dicho Tennyson, pero estaba seguro de que hubiese aprobado un enredo amoroso entre la señorita Dorotea y el muchacho americano. Además, ¡oh Señor!, ¡qué satisfacción ver que alguien la pusiera alegre y la llenara de vida! ¡Ah! Ella se había ausentado de la casa aquella tarde, diciendo que no quería té. Había estado fuera desde la hora del té casi hasta que Budge había salido para Chatterham. ¡Ah! Budge la habría protegido esta vez. (*¿Ella había estado ausente?*, había preguntado el magistrado de Chatterham, con la peligrosa libreta lista para anotar y el intrépido Budge hizo frente al peligro con una sonrisa y había contestado: *No*).

Se detuvo. Se detuvo exactamente en el medio del camino, una vibración trémula descendió por sus rodillas, y miraba ahora hacia su izquierda a través de los prados.

Delante de él, hacia la izquierda, perfilada contra el cielo luminoso de luna, se alzaba la prisión de Chatterham. La luz era tan clara que hasta distinguía los árboles del “Nido de Brujas”. Un rayo amarillo de luz se movía entre ellos.

Por largo tiempo Budge se quedó inmóvil, en medio del camino blanco. Se le ocurrió vagamente que si había algún peligro y uno se quedaba absolutamente quieto, estaría a salvo, como, según se dice, un perro enfurecido no ataca a un hombre inmóvil. Después, muy pausadamente, movió su sombrero y se pasó por la frente un pañuelo limpio. Una idea indefinida pero extraña se insinuaba por su cerebro con una intensidad casi dramática. Allá delante, donde se movía una luz como de duende, estaba la hora del destino para Budge, el aventurero. Había vuelto a la casa a altas horas de la noche con el bravucón dentro de sí. Y de este modo el mayordomo Budge miraría luego su blanco lecho con un poco de vergüenza y se daría cuenta de que él no era, después de todo, sino Budge el mayordomo...

Luego de lo cual, Budge hizo lo que, para su alma de mayordomo moviéndose en la Residencia con paso medido y lleno de dignidad, hubiese parecido un caso de locura. Trepó el portillo doblándose y *comenzó* a subir la *pendiente* hacia el “Nido de Brujas”. Y hay que hacer notar que repentinamente su corazón comenzó a cantar.

Estaba todo lleno de charcos de la reciente lluvia. Tenía que subir la cuesta completamente iluminada por la luna y recordó, demasiado tarde, que podía haberse acercado al “Nido de Brujas” por una ruta más sinuosa. Pero ahora ya estaba hecho. Se dió cuenta de que respiraba con fatiga y sentía como si una minúscula sierra le recorriese la garganta; tenía calor y humedad. Y entonces, con una obediencia que un inglés del siglo XVIII hubiese aceptado sin dar las gracias y aún sin comentarla, la luna

se deslizó detrás de una nube.

Se encontró en el reborde del “Nido de Brujas”. Delante se alzaba un haya contra la que se recostó con la sensación de que su sombrero le oprimía el cerebro y con la garganta dolorida de tanto correr. Estaba jadeante.

Esto era una locura.

No importaba lo que pensara Budge el aventurero. Era una locura.

Otra vez brilló el rayo de luz. Lo alcanzó a ver cerca del pozo, a unos veinte o treinta pies delante, por entre los retorcidos troncos de los árboles. Centelleó como haciendo una señal. Y, evidentemente en respuesta, otro rayo guiñó arriba y lejos. Estirando el cuello, Budge disipó todas sus dudas: partía del balcón de la Pieza del Gobernador. Vió que la sombra de un hombre muy robusto se inclinaba en la baranda del balcón y esta sombra hacía algo en la baranda.

Una cuerda partió hacia abajo brincando y saltando, tan repentinamente que Budge dió un salto. Chocando con el borde del pozo con un sordo ruido, pareció una cosa viva que luchaba y luego se deslizó adentro. Fascinado, Budge adelantó la cabeza de nuevo. Ahora la luz junto al pozo se había convertido en un rayo quieto; hasta parecía sostenida por una persona pequeña. y. casi, casi, pensó, por una mujer. Un rostro se asomó en el rayo de luz, y una mano hizo una seña hacia el balcón allá arriba.

El americano.

Aun desde esa distancia no cabía duda. El americano, con su cara extraña, riente, intrépida. Su nombre era... Rampole. Sí, el señor Rampole parecía estar probando la cuerda. Luego se balanceó en ella recogiendo las piernas. Trepando unos pies por la cuerda, con una mano se mantuvo agarrado y con la otra tiró de ella. Después se dejó caer al suelo e hizo señas otra vez con la mano. Otra luz como de una linterna opaca, centelleó. Él la enganchó en su cinto, y pareció que en el cinto ponía otras cosas: una hacha pequeña y un pico liviano.

Deslizándose el cuerpo por entre dos de las anchas picas de hierro que rodeaba el borde del pozo, se sentó un momento en el borde interior, sujetando la cuerda. Su cara dirigióse sonriente hacia la pequeña figura que sostenía otra luz. Y luego se desprendió del borde y descendió en el pozo; su luz fué tragada por las tinieblas. Pero no antes de que la pequeña figura se hubiese precipitado hacia el borde del abismo, y cuando el rayo de la lámpara de Rampole se dirigió por un instante hacia arriba, Budge vió que el rostro que se inclinaba hacia la profundidad era el de la señorita Dorotea...

El que estaba observando ahora al borde del “Nido de Brujas” ya no era Budge el aventurero, ni siquiera el mayordomo Budge. Era simplemente una figura inclinada y asombrada que trataba de comprender lo increíble. Las ranas croaban ruidosamente y sentía el zumbido de los insectos en torno del rostro. Abriéndose paso por entre los árboles se deslizó más cerca. La luz de la señorita Dorotea se apagó. Pensó que tendría una historia extraordinaria para contar a los Rankin, un mes después, cuando

estuvieran tomando el oporto.

Del interior del pozo subían algunos reflejos intermitentes, como una lámpara que flota en el agua sin apagarse del todo. Por un instante las hojas puntiagudas de un haya se destacaron, y una vez (pensó Budge) la cara de Dorotea. Pero la luna fría había asomado otra vez, de un modo sobrenatural, contra el muro de la prisión. Temeroso de hacer ruido, con el pecho oprimido y traspirando, Budge se aproximó aún más. El coro de ranas, grillos, ¡Dios sabía qué!, era tan ruidoso que Budge se preguntaba si se oiría cualquier ruido. También hacía frío allí.

Ahora bien, conviene destacar el hecho de que Budge no era ni había sido nunca hombre imaginativo. No se lo permitían las circunstancias. Pero cuando desvió la mirada de los reflejos que subían trémulos del pozo y vió una figura a la luz de la luna, sintió que era una presencia extraña. En lo hondo de su ser Budge comprendió que la presencia de la señorita Dorotea y del americano *era justa*, como la salsa sobre un asado, y que la presencia del otro era injusta.

Era —hoy todavía lo sostiene Budge— un hombre pequeño. De pie a unos pasos detrás de la muchacha, una sombra agachada entre las sombras de los árboles que ocultaban la luna, pareció crecer de repente hasta adquirir monstruosas proporciones... Y tenía algo en la mano.

Un rumor apagado como de burbujas subía del pozo. Había otros ruidos, pero éste era claramente grito, quejido o respiración sofocada. Por un tiempo Budge no recordó nada con claridad. Más tarde trató de determinar cuánto tiempo había pasado entre el eco retumbante y el instante en que una cabeza apareció por el borde del pozo, pero no estaba seguro. Lo único que sabía era que la señorita Dorotea, en uno u otro momento, encendió su luz. No la dirigió hacia el interior del pozo, sino que la mantuvo inmóvil sobre los oxidados hierros de la boca del pozo. Y desde su interior, subía una claridad cada vez mayor a medida que alguien ascendía...

Enmarcada entre los hierros apareció una cabeza. En el primer momento Budge no la vió muy bien porque estaba tratando de penetrar la sombra para localizar aquella figura enemiga que viera en el borde exterior; aquel bulto inmóvil que daba una indefinida sensación de estar hecho de alambre, cabello y acero, como un monstruo. No era el rostro de Rampole. Era el de Herbert Starberth ascendiendo por encima del borde del pozo; tenía la mandíbula caída, y, para entonces, Budge se había acercado tanto que alcanzaba a ver el agujero de una bala entre los ojos.

A menos de tres metros de él, veía subir la cabeza como si el señor Herbert estuviera saliendo del pozo. Los cabellos totalmente mojados estaban aplastados sobre la frente; los párpados bajos dejaban ver el blanco de los ojos; la herida tenía color azul. Budge se tambaleó, literalmente se tambaleó, porque sintió que las rodillas se le iban, a un lado y creyó descomponerse.

La cabeza se movió, luego se desvió a un lado, y una mano apareció fuera del pozo por encima del borde. El señor Herbert estaba muerto. Pero parecía que estaba saliendo del pozo.

La señorita Dorotea profirió un grito. Un segundo antes de que ella apagara su luz, Budge vio otra cosa que aflojó la tensión de su horror como un cinturón apretado y lo salvó de desvanecerse. Vió la cabeza del muchacho americano apoyada contra el hombro de Herbert y vió que era su mano la que se había agarrado del borde y sacaba de las profundidades el cuerpo rígido.

De color azul plateado como la iluminación de una pantomima, la luz lunar grababa como al aguafuerte un calado japonés de árboles. Todo había ocurrido como en una pantomima. Budge no vió más la otra figura, la silueta *extraña* que había visto de pie al otro lado del pozo, espiando hacia los hierros del borde. No sabía si este hombre había visto siquiera la cabeza del joven americano debajo del cuerpo del muerto... Pero oyó un pisotear y debatirse y tropezar entre la espesura, un atropellar ciegamente como el de un murciélago contra las paredes de un cuarto, para salir. Alguien huía lanzando gritos inarticulados, a través del “Nido de Brujas”.

La penumbra de gasa traslúcida de la pantomima fué desgarrada violentamente. Allá lejos, arriba, desde el balcón de la Pieza del Gobernador brilló una viva luz que penetró entre los árboles, y una voz atronadora retumbó desde el balcón:

—¡Allá va! ¡Agárrenlo!

Girando, la luz trazó como un remolino azul y negro entre los árboles. Las ramas crujían y los pies veloces rayaban el suelo mojado. Los pensamientos de Budge en este momento eran elementales como los de un animal. Lo único que comprendía con claridad era que allí, entre un crujir de malezas rotas corría el Delito. Se dió cuenta confusamente de que varias linternas lanzaban sus rayos, convergiendo hacia el fugitivo.

Una cabeza y unos hombros se destacaron repentinamente contra la luna. Entonces Budge vió al fugitivo que se deslizaba por una cuesta resbaladiza, y que venía directamente sobre él.

Budge, gordo y de cincuenta años ya largos, sintió que la piel se le estremecía en su gran cuerpo. No era ni Budge el bravucón ni Budge el mayordomo; era solamente un hombre aterrado que se apoyaba en un árbol.

Entonces, cuando la luz de la luna cayó con un brillo como de gotas de lluvia, vió la mano del otro hombre; iba metida en un guante de jardinero, y su índice se apoyaba sobre el gatillo de una pistola de largo caño. Por la mente de Budge cruzó una visión de juventud, como si estuviese en una cancha de *football*, ardiente y entusiasta, y viese figuras que venían hacia él desde todas direcciones. Era como si estuviese desnudo. El otro hombre atropelló.

Budge, gordo y que había dejado atrás la cincuentena, sintió un gran dolor en los pulmones. No se puso detrás del árbol: era sólido, con un cerebro sereno y una vista muy clara.

—Bien —dijo en voz alta—. Bien —y se lanzó sobre el otro.

Oyó la explosión. Surgió un chorro amarillento como el que produce un pico defectuoso de gas cuando se le aplica un fósforo. Algo hizo impacto en su pecho y

perdió el equilibrio a tiempo que sus dedos agarraban como garfios el abrigo del otro hombre. Sintió que sus años desgarraban la ropa del desconocido, con el peso de su cuerpo que caía, y su cadera se dobló con repentina debilidad. Tuvo la sensación de andar en el aire. Y luego su cara chocó contra las hojas caídas y oyó vagamente un ruido sordo, el de su propio cuerpo, al dar contra el suelo.

Así fué como cayó Budge, el inglés.

Capítulo XVI

—No creo que esté muerto —dijo Rampole, y doblando las rodillas se inclinó junto a la figura aplanada del mayordomo—. ¡Ánimo, por favor! ¡Alumbra hacia abajo mientras le doy vuelta! ¿Dónde diablos está... como se llama... Sir Benjamín?

Budge estaba tendido de costado, con una mano todavía estirada. Tenía el sombrero aplastado sobre un lado de la cabeza lo que 'producía un efecto cómico, y su respetable sobretodo negro había perdido un botón.

Tirando del peso muerto, Rampole lo dió vuelta. La cara estaba sin color y los ojos cerrados, pero respiraba. Como la herida estaba situada arriba, en la parte superior del pecho, la sangre había comenzado a traspasar la ropa.

—¡Hola! —gritó Rampole—. ¡Hola, aquí! ¿Dónde está usted?

Levantó la cabeza para mirar a la muchacha. No podía verla bien; ella miraba para otro lado, pero la luz estaba bastante firme.

Se oyó un crujir entre los matorrales. Sir Benjamín, con la gorra achatada sobre los ojos, como un pistolero de película, apareció corriendo. Los largos brazos le bailaban entre las mangas y las pecas se destacaban sobre la palidez terrosa de su rostro.

—Se... se escapó —dijo con la voz enronquecida—. No sé quién era. Ni siquiera sé lo que ha pasado. ¿Quién es éste?

—Mírelo —dijo Rampole—. Seguramente trató de detener... al otro. ¿No oyó el tiro? Por Dios, pongámoslo en su coche para llevarlo al pueblo. Agárrele los pies, ¿quiere? Yo lo sostendré de la cabeza. Trate de no sacudirlo.

Era muy pesado. Se doblaba y escapaba de las manos, como cuando dos personas tratan de llevar un colchón grande. Rampole sintió el pecho sofocado y los músculos doloridos. Iban bamboleándose entre las ramas hirientes de los matorrales hasta salir a la larga cuesta y llegar al camino donde estaba estacionado el automóvil de Sir Benjamín.

—Será mejor que usted se quede aquí de guardia —dijo el jefe de policía, cuando hubieron colocado a Budge en los asientos de atrás—. Señorita Starberth, ¿quiere venir conmigo a lo del doctor Markley, y ayudante? Gracias. Téngalo firme ahora mientras doy vuelta.

Lo último que vió Rampole fué a Dorotea, sosteniendo en el regazo la cabeza de Budge, mientras el motor comenzaba a funcionar y los grandes focos delanteros giraron. Cuando se volvía para regresar a la prisión se encontró tan débil que tuvo que apoyarse en el cerco. Su cerebro, embotado, daba vueltas como una rueda chirriante. Y ahí estaba, prendido al cerco bajo la luz de la luna, teniendo todavía el sombrero de Budge en una mano.

Lo miró y lo dejó caer. Herbert Starberth...

Una luz se acercaba. La corpulenta figura de Fell venía balanceándose a través del prado gris.

—¡Hola! —gritó el doctor y sus mandíbulas se destacaron. Llegó y puso una mano sobre el hombro de Rampole. Luego de una pausa preguntó:

—Bien muchacho... ¿Y? ¿Qué ocurrió? ¿Quién fué herido? —el doctor trataba de hablar despacio pero su voz era tensa. Continuó:

—Vi casi todo desde el balcón. Lo vi que huía y grité, y luego me pareció que hacía fuego sobre alguien...

Rampole llevóse una mano a la cabeza.

—Este hombre... el mayordomo, ¿cómo se llama? Budge. Debe haber estado mirándonos desde el bosque. Dios sabe por qué. Yo acababa de izarlo *a él*... al muerto, ¿sabe?, por encima del borde del pozo, y oí que usted gritaba, y que alguien salía corriendo. Budge se le atravesó en el camino y lo hirió en el pecho.

—¿No está...?

—No sé —respondió el americano afligido—. Lo llevaron a Chatterham. Ambos quedaron silenciosos por un rato escuchando los grillos. Fell sacó un frasco del bolsillo y se lo alcanzó. El *brandy* descendió por la garganta de Rampole quemándola y deteniendo su respiración, y se difundió por su cuerpo produciéndole escalofríos.

—¿No tiene idea de quien era el hombre? —preguntó Fell.

Rampole exclamó con voz fatigada:

—Al diablo quién era. No vi ni siquiera su sombra. Simplemente oí que corría. Estaba pensando en lo que vi allá abajo. Oiga, mejor que volvamos adonde está el muerto.

—Muchacho, usted está temblando. Recóbrese...

—Sosténgame un segundo. Bien, ocurrió esto... —Rampole tragó saliva. Sentía como si no fuera a librarse más del olor de aquel pozo, de las, cosas que se arrastraban allá. Vió de nuevo la soga que bajaba enroscándose desde el balcón y volvió a sentir la piedra contra sus pantalones de pana, cuando se balanceaba sobre el pozo—. Ocurrió así —continuó con voz tensa—. No tuve que usar mucho la cuerda. A unos cinco o seis pies hay unos nichos de piedra tallados en el costado, casi como escalones. Ya me había figurado que no estarían a mucha profundidad porque en ese caso las lluvias muy copiosas hubiesen cubierto cualquier escondite que hubiera hecho Antonio. Había que cuidarse porque los nichos estaban cubiertos de fango; pero había una gran piedra raspada, casi limpia. Pude leer *yo* y *mi*, grabados en una inscripción circular. Lo demás estaba casi borrado del todo. Al principio pensé que tendría que mover el bloque de piedra. Me até la soga alrededor de la cintura, me afirmé y puse el filo del piquete contra el costado, y vi entonces que no era más que una plancha delgada. Se podía empujar muy fácilmente y teniéndola derecha se veía un hueco en un lado, en el que podían poner varios dedos para tirarla otra vez... Aquello estaba lleno de arañas de agua y ratas...

Se estremeció.

—No encontré un cuarto o cosa por el estilo. Era simplemente una excavación mantenida con las piedras planas que habían usado para el pozo, y parte de la misma

tierra alrededor; por lo demás estaba medio llena de agua. El cuerpo de Herbert había sido empujado ahí dentro, de espaldas; Lo primero que toqué fué su mano, y vi el agujero en su cabeza. Cuando lo saqué yo estaba tan mojado como él. Era pequeño de cuerpo como lo sabe usted, y manteniendo la soga atada a mi cintura para afirmarme pude levantarlo sobre mi hombro. Sus ropas estaban cubiertas de unas moscas hinchadas que se deslizaban sobre mí... En cuanto a lo demás...

Golpeóse con las palmas y el doctor lo tomó de un brazo.

—No había nada más, salvo... oh, sí, encontré el pañuelo. Estaba totalmente echado a perder, pero pertenecía al viejo Timoteo; decía T. S. en un ángulo, y estaba ensangrentado y arrollado en el otro. Al menos creo que es sangre. Había algunos cabos de velas y lo que me pareció fósforos quemados. Pero ningún tesoro, ni caja, ni nada. Eso es todo. Hace frío; déjeme volver y ponerme el abrigo. Me anda algo dentro del cuello...

El doctor le dió otro trago de *brandy* y con las piernas pesadas por la fatiga, se dirigieron hacia el “Nido de Brujas”. El cuerpo de Herbert Starberth estaba donde Rampole lo había dejado junto al pozo. Mientras lo miraban, iluminado por la luz del doctor, Rampole continuó frotándose los lados de los pantalones. Pequeño y doblado, el muerto tenía el cuello torcido sobre un lado y parecía mirar boquiabierto a alguna cosa en el pasto. El frío y la humedad del nicho; subterráneo, habían actuado como un frigorífico; y aunque hacía seguramente una semana desde que una bala había penetrado en su cerebro, no mostraba señales de descomposición.

Sintiendo como si en la cabeza le retumbasen campanas en sordina, Rampole lo señaló con un ademán.

—¿Asesinato? —preguntó.

—Sin ninguna duda. Ningún arma, y... usted sabe.

El americano pronunció palabras que hasta en el estado en que se hallaba, le sonaron a tontería.

—¡Esto tiene que terminar! —dijo ásperamente y se retorció las manos. Pero no había más que decir. Expresaba todo. Repitió—. Esto tiene que terminar ¡le digo! Y encima este pobre diablo, el mayordomo... ¿o cree usted que andaría en esto? Nunca se me había ocurrido.

—No. No, un solo hombre está en todo este asunto. Yo sé quién es.

Recostándose contra el reborde del pozo, Rampole buscó los cigarrillos. Encendió uno cubriendo el fósforo con una mano llena de fango, y hasta el cigarrillo olía a las profundidades de allá abajo. Inquirió:

—¿Estamos cerca del fin...?

—Cerca del fin —dijo el doctor—. Será mañana, a causa de cierto telegrama —quedó silencioso y pensativo, desviando del muerto la luz de su linterna—. Me llevó tiempo darme cuenta —agregó de repente—; hay un hombre, y solamente uno que pudo haber cometido todos estos crímenes. Ha matado tres hombres ya y esta noche *acaso* haya asesinado el cuarto... Mañana a la tarde llegará un tren de Londres.

Estaremos esperando ese tren. Y será el fin del criminal.

—Entonces... ¿no vive aquí el criminal?

El doctor levantó la cabeza.

—No piense en ello ahora, muchacho. Vaya a Yew Cottage, tome un baño y cámbiese de ropa; lo necesita. Yo vigilaré —un búho había comenzado a gritar sobre el “Nido de Brujas”. Rampole se dirigió a través de los matorrales siguiendo la huella por donde habían arrastrado a Budge. Volvió la vista sólo una vez. Fell había apagado su luz. Bajo la claridad lunar, azul y plata, el doctor estaba de pie, inmóvil, una silueta negra y enorme con una cabeza leonina, mirando fijamente el pozo.

Budge tenía conciencia solamente de vagos sueños y de dolores. Sabía que estaba acostado en un lecho en alguna parte, con grandes almohadas bajo su cabeza. Una vez le pareció ver una cortina de encaje blanco agitada en una ventana; tuvo idea de que una luz se reflejaba en el cristal de la ventana, y que alguien estaba sentado cerca de él, observándolo. Pero no estaba seguro. Se adormilaba y quedaba dormido, y le parecía estar incapacitado de moverse. Le llegaban ruidos como la vibración de gongs. Alguien arreglaba una frazada alrededor de su cuello aunque ya sentía demasiado calor. Al sentir que lo tocaban unas manos quedó aterrorizado y otra vez trató inútilmente de levantar los brazos. Los ruidos de los gongs y el balancearse de habitaciones fantasmagóricas terminaban en un espasmo de dolor que lo recorría como si fluyera por sus venas. Sintió olor de remedios. Era muchacho y estaba en una cancha de *football* bajo una tempestad de gritos; daba cuerda a los relojes y servía oporto de una botella; y luego, el retrato del viejo Antonio saltó del marco en la galería de la Residencia y se dirigió hacia él. El viejo Antonio llevaba un guante blanco de jardinero...

Todavía retrocedía cuando ya comprendía que no era el viejo Antonio. ¿Quién era? Alguien a quien había visto en las películas, relacionado con peleas y tiroteos y toda una galería de rostros misteriosos pasó flotando. Y sin embargo no era tampoco ninguno de éstos, sino alguna persona a quien había conocido hacía mucho. Una cara familiar ...

Ahora se inclinaba sobre él, en su lecho.

Su grito terminó en un graznido.

Imposible que estuviera allí. No tenía nada, y todo esto era una ilusión complicada con olor a yodoformo. La tela de la almohada le pareció fresca y ligeramente áspera al contacto de su mejilla. Un reloj dió la hora. Algo crujió, hubo luz, un tenue cristal con una luz y pasos leves. Oyó claramente una voz que decía.

—Vivirá.

Budge se durmió. Fué como si algo subconsciente hubiera esperado estas palabras, de modo que luego descendió el sueño y lo envolvió como en un ovillo oscuro y suave.

Cuando despertó por fin, no supo al principio cuán débil estaba, y todavía persistían los efectos de la morfina. Pero sí sabía que el sol que entraba por la ventana

estaba bajo en el cielo. Aturdido y un poco asustado, trató de moverse, supo con terrible certeza que se había dormido en la tarde, cosa nunca oída en la Residencia... Entonces vió que Sir Benjamín, con una sonrisa en el largo rostro, se inclinaba sobre el lecho. Detrás de él vió una persona a la que no reconoció en el primer momento, un joven...

—¿Mejor ahora? —preguntó Sir Benjamín.

Budge trató de hablar pero sólo le salió un ronquido. Sintióse humillado. Una sombra de recuerdo serpenteó en su conciencia como una cuerda...

Ah,... ahora recordaba. Surgió con colores tan vividos que tuvo que cerrar los ojos. El joven americano, los guantes blancos, la pistola. ¿Qué había hecho él? Se preguntó de golpe si no había sido cobarde como se había creído siempre, y este pensamiento le supo a pócima nauseabunda.

—No trate de hablar —dijo Sir Benjamín—. Está en lo del doctor Markley; dijo que no hay que moverlo, así que estese acostado y quieto. Recibió una fea herida de bala, pero va a sanar. Ahora nos vamos.

Sir Benjamín parecía turbado, y tocaba el borde del lecho.

—Y en cuanto a lo que hizo usted, Budge —agregó— bueno, creo que puedo decirlo, en fin... ha estado notablemente bien, ¿sabe?

Humedeciendo los labios, al fin Budge alcanzó a hablar.

—Sí, señor —dijo—. Gracias, señor.

Sus ojos semicerrados se abrieron con asombro y cierta ira, cuando vió que el americano casi se había reído.

—No se enoje, Budge —interpuso Rampole—. Era simplemente que usted se fué sobre el revólver como un policía irlandés, y ahora actúa como si acabasen de ofrecerle un vaso de cerveza... Me imagino que usted no lo reconoció, ¿no?

(Algo que se debatió en el cerebro; parte de un rostro distorsionado como los vórtices del agua en la arena. Budge sintió que se mareaba, y sintió dolor en el pecho. El agua disolvió el rostro).

—Sí, señor —dijo con dificultad—. Lo recordaré... pronto. Pero ahora mismo, no puedo pensar...

—Claro —interpuso Rampole de prisa. Vió a alguien de blanco que les hacía señas desde el umbral—. Bueno, que le vaya bien, Budge. Usted tiene mucho ánimo.

Budge se dió cuenta que respondía a las sonrisas de los demás estirando sus labios con un espasmo nervioso. Otra vez se sintió soñoliento y la cabeza le retumbaba, pero ahora se adormecía agradablemente. No sabía bien lo que había ocurrido, pero una cálida satisfacción lo acarició por primera vez en su vida. ¡Qué aventura! Si por lo menos las enfermeras no dejaran abiertas las ventanas...

Sus ojos se cerraron.

—Gracias, señor. Le ruego diga a la señorita Dorotea que mañana estaré de vuelta en la Residencia.

Rampole cerró la puerta de la habitación que dejaban y al volverse vió a Sir

Benjamín en el oscuro pasillo de la casa del doctor Markley. Vió también la falda blanca de una enfermera que bajaba las escaleras.

—Quienquiera que fuese, él lo vió —dijo sombríamente el jefe de policía.

—Sí, y recordará. Aunque, por lo pronto, ¿qué demonios estaba haciendo allá?

—Simple curiosidad, supongo. ¿Y ahora?

Sir Benjamín oprimió su gran reloj de oro; la tapa se levantó, miró nerviosamente y lo cerró otra vez.

—Es la obra montada por Fell. Que me condene si yo sé —su voz se hizo belicosa—. Ha pasado completamente por encima de mí... Le digo que es de toda la confianza de Sir William Rossiter, el Alto Comisionado de Scotland Yard; parece estar en íntimas relaciones con todo el mundo en Inglaterra. Y ha estado moviendo los hilos. Todo lo que sé es que tenemos que esperar el tren de las diez y siete y cuarenta de Londres y echar el guante al que descienda. Bueno, espero que todos estarán esperando. Vamos.

El doctor Markley estaba ausente todavía haciendo sus visitas, de la tarde y no se demoraron. Cuando iban por la calle Alta, Rampole sintió que estaba más nervioso aún que el mismo jefe de policía. Ni la noche anterior ni durante ese día había podido sacar nada al doctor.

—Más aun —continuó el jefe de policía con tono malhumorado— no iré a Southampton a esperar al tío del párroco. No importa que sea un viejo amigo; irá en cambio el párroco. Tengo que hacer en Manchester el jueves y tengo que estar ausente una semana por lo menos. ¡Maldito sea! Algo se atraviesa siempre. Además, no puedo encontrar a Payne; tiene unos documentos que tengo que llevar a Manchester. ¡Maldito sea! He estado perdiendo el tiempo aquí con este condenado asunto, cuando podría haberlo pasado fácilmente a quien correspondía, y Fell me lo saca de las manos. —Hablaba desesperadamente, comprendió Rampole, para ahuyentar los pensamientos que lo asaltaban, y no tener que pensar. Y el americano estaba de acuerdo.

El automóvil gris de Sir Benjamín estaba en la calle bajo la sombra de los olmos. Era la hora del té y circulaban pocas personas. Rampole se preguntó si la noticia de la muerte de Herbert se habría esparcido ya en Chatterham; el cuerpo había sido llevado la noche anterior a la Residencia, y los sirvientes prevenidos con terribles amenazas, para que no dijeran nada hasta que no tuvieran permiso, pero no había ninguna seguridad. Para mantenerla alejada de los horrores, se llevó a la señorita Dorotea con la señora Fell. Casi hasta el amanecer Rampole estuvo oyéndolas hablar en el cuarto inmediato al suyo. Agotado y no obstante sin poder conciliar el sueño, había estado sentado junto a la ventana fumando innumerables cigarrillos y mirando con ojos doloridos el amanecer que avanzaba...

Ahora el automóvil gris cruzaba por Chatterham y el viento le daba en el rostro trayendo una fragancia fresca. En el cielo había palidecido el resplandor rojizo; ahora estaba blanco y violeta y como un humo de sombra ascendía de las llanuras. Se veían

algunas nubes oscuras como ovejas rezagadas. Recordó la primera tarde que fué con Dorotea a Chatterham, en la hora misteriosa del cielo oro sombrío y de las campanas que suenan en lontananza cuando una brisa sopla entre los trigales verdes, y el aroma de espino aumenta al oscurecer. Recordándolo, le pareció increíble que hubiesen pasado tan sólo diez días.

Mañana, hay un tren de Londres, volvía a oír al doctor en el “Nido de Brujas”. Esperaremos ese tren.

Las palabras tenían tono de decisión...

Sir Benjamín no decía nada. El automóvil rugía de cara a la brisa viva. Dorotea en Nueva York. Dorotea esposa suya. ¡Dios!, ¡qué singular sonaba eso...! Cada vez que pensaba en ello, se volvía a ver el año anterior todavía sentado en una clase y pensando que si fracasaba en Economía (a la que detestaba como toda persona inteligente) era el fin del mundo. En posesión de una esposa, se convertiría de pronto en ciudadano, con número de teléfono, cocktelera y todo; su madre tendría un ataque de nervios; y su padre, allá arriba, en el piso veinticinco, en su estudio jurídico de la calle Cuarenta y dos, número Uno, levantaría soñolientamente una ceja y diría: “Bien, ¿y cuánto necesitas?”.

El automóvil se detuvo. Se oyó el sordo roce de los neumáticos. Tenían que esperar a un respetable ciudadano; tenían que aguardar a un criminal. Estaba oscureciendo en la avenida que llevaba a Yew Cottage, donde varias personas los esperaban. La voz del doctor retumbó.

—¿Cómo está? ¿Mejorando? Esperaba eso. Bueno, ya estamos —hizo un ademán con el bastón—. Todos los que estuvieron en el teatro de los sucesos la noche en que fué asesinado Martín, todos los que pueden decir algo, se hallarán ahora en el final. La señorita Starberth no quería venir, el párroco tampoco. Pero ambos han venido. Creo que habrá otros esperándonos en la estación. —Agregó imperiosamente—: ¡Bueno, suban, suban!

La figura corpulenta de Saunders se asomó por la avenida. Casi tropezó al ayudar a la señorita Dorotea a subir.

—Voy con gusto, naturalmente —dijo— pero no comprendo lo que usted dijo, qué me *necesitaba*...

Habían salido ya de la penumbra de la avenida. Fell golpeó con su bastón el polvo. Y expresó:

—Esa es la cuestión. Toda la cuestión. Quiero que identifique a alguien. Hay algo que usted puede decirnos y dudo de que usted mismo lo sepa. Y a menos que todos ustedes sigan exactamente mis instrucciones, jamás lo sabremos. ¿Han oído?

Miró severamente a todos. Sir Benjamín hacía andar su motor y con el rostro disgustado miraba a otra parte. Con tono frío sugirió que partieran. En él asiento de atrás el párroco trataba, de dar a su rostro una expresión satisfecha. Dorotea se sentó con las manos en el regazo, mirando derecho hacia adelante.

Rampole no había estado en la estación desde que llegó allí, en aquella época

remota, diez días antes. El automóvil corría por el camino sinuoso y lo precedía el sonido de la bocina. La prisión de Chatterham quedó atrás; ahora se sentían más dentro de la realidad. Por encima de las olas de trigo se destacó la estación de ladrillos, y los rieles brillaban contra la puesta del sol que ya estaba opaco, bajo, amarillento. Las luces de la plataforma no estaban encendidas aún, pero en la ventanilla de la boletería había una luz bajo una pantalla verde. Ladraron unos perros justamente como en aquella primera noche...

Cuando Sir Benjamín detenía el coche, oyeron, allá lejos, el silbido tenue del tren.

Rampole se estremeció. Tropezando sobre sus bastones, el doctor Fell se había bajado del coche. Llevaba su viejo sombrero hongo negro y su capa de vueltas, lo que le daba el aire de un corpulenta bandido; una brisa agitaba la cinta negra de sus cristales.

—Ahora, escuchen —dijo—. Quédense conmigo. La única instrucción es para usted —miró con aire terrible a Sir Benjamín—. Le prevengo que acaso tenga usted una tentación. Pero, *sea lo que fuere, lo que oiga o vea, no hable, ¡por Dios!* ¿Entiende? —miraba ferozmente en ese momento.

—Como jefe de policía de este condado... —comenzó a decir Sir Benjamín en tono cortante, pero el doctor lo paró secamente.

—Ahí viene el tren. Venga a la plataforma conmigo.

Se oía el estrépito tenue, débil, metálico. A Rampole le pareció que lo dominaban los nervios. Se sentía como si formase parte de una bandada de gallinas llevadas al corral por el doctor. La luz del tren hizo un guiño desde una curva entre los árboles; los rieles chispeaban y habían comenzado a zumbar.

El jefe de la estación abrió la puerta del galpón de equipajes, con un largo chirrido, emitiendo luz sobre los tableros de la plataforma. Rampole miró hacia aquel lado. Contra el fondo extraño del cielo amarillo opaco, vió una figura inmóvil de pie, cerca de la estación. Y luego observó con un sobresalto que había varias figuras inmóviles en los rincones cerca de la plataforma. Todas ellas tenían la mano en los bolsillos laterales de sus chaquetas.

Se volvió vivamente. Dorotea estaba a su lado mirando las vías. El párroco con sus ojos azules muy salientes se pasaba un pañuelo por la frente y parecía estar por hablar. Sir Benjamín miraba malhumorado la ventanilla.

Avanzando entre un torbellino de humo el pequeño tren se detuvo chirriando; y su luz delantera parecía enorme. La máquina emitió un hondo suspiro y lanzó ráfagas de vapor. Una luz blanca brilló a la entrada de la estación. Sombras como de personas que se movían pasaban por las ventanillas del tren, de un amarillo sucio de hollín. El único ruido era un apagado choque de metales por encima del retumbar de la carretilla de equipajes.

—Allí... —dijo Fell.

Un pasajero estaba bajando. Rampole no podía verle el rostro a causa de las luces que se interferían y el vapor de la máquina. Luego el pasajero se movió hasta quedar

bajo la luz blanca de la entrada, y el americano lo miró fijamente.

No había visto nunca a aquel hombre. Al mismo tiempo se dió cuenta de que una de las figuras inmóviles de la plataforma con la mano aún en el bolsillo, se había aproximado. Pero él miraba a esta curiosa persona que había bajado del tren: un hombre alto, con un antiguo gabán cuadrado y un bigote gris recortado sobre un mentón moreno y enérgico. El forastero vacilaba y pasaba su valija de la mano izquierda a la derecha.

—Allí —repitió Fell. Agarró del brazo al párroco—. ¿Lo ve usted? ¿Quién es?

El párroco se volvió con una expresión perpleja, y dijo:

—Usted debe estar loco. ¡No lo he visto nunca antes, qué diantre!...

—Ah —dijo el doctor. Su voz se hizo repentinamente más fuerte. Pareció difundirse y retumbar por la plataforma—. Usted no lo reconoce. Pero usted debería reconocerlo, señor Saunders; tendría que conocerlo. *Es su tío.*

Un silencio enorme y uno de los hombres inmóviles, se acercó por detrás y puso la mano sobre el hombro del párroco. Dijo:

—Tomás Saunders: lo arresto por el asesinato de Martín Starberth. Tengo que prevenirle que cualquier cosa que diga puede ser usada contra usted.

Había sacado la otra mano del bolsillo y tenía un revólver. Rampole, mientras le daba vueltas la cabeza, se dió cuenta de que las siluetas inmóviles convergían de todos los rincones de la plataforma.

Capítulo XVII

El párroco no se movió, ni cambió de expresión. Continuó pasándose el pañuelo por la frente, su viejo ademán; grande, vestido de negro, aplomado, con su cadena de oro, que oscilaba. Pero sus ojos azules parecían haberse encogido. No estrechado sino encogido, como si se hubiesen vuelto más pequeños. Estaba reuniendo suavidad, aplomo, labia, pensaba Rampole, como un hombre que inspira profundamente antes de meterse bajo el agua.

—Esto es un absurdo —dijo—. Espero que lo comprendan. Pero —hizo un ademán cortés con el pañuelo— parece que estamos... hum... llamando la atención. Supongo que todos ustedes, señores, son detectives; pero aún si están tan locos como para arrestarme, no necesitan tanto personal... Ahí se está reuniendo gente —agregó bajando la voz, irritado—. Si tiene que tener la mano en mi hombro, volvamos al coche de Sir Benjamín.

El que lo había arrestado, hombre de aire taciturno y duras facciones, miró al doctor.

—¿Es éste el hombre, señor? —preguntó.

—Este es, inspector —respondió el doctor—. Este es el hombre. Puede hacer lo que él sugiere. Sir Benjamín, ¿ve usted aquel hombre en la plataforma? ¿Lo reconoce?

—Pues sí, ¿cómo no? —exclamó el jefe de policía—. Es Bob Saunders, claro está. Está más viejo pero lo reconocería dondequiera. Pero, ¡y dígame Fell...! —hablaba refunfuñando de tal modo que parecía una olla en ebullición—. Pero... ¡verdaderamente... el párroco... Saunders!

—Su nombre no es Saunders —dijo el doctor en tono muy formal—. Y tengo la seguridad de que no es clérigo. Bueno, usted reconoció al tío. Yo temía que se le escapara a usted, algo antes de que yo pudiese averiguar. Siempre había una probabilidad de que el falso Saunders se pareciera al verdadero... Inspector Jennings, yo sugeriría que llevase su detenido hasta aquel coche: gris que está al otro lado de la calle. Sir Benjamín, usted podría reunirse con su viejo amigo antes que nosotros. Dígame mucho o poco, según prefiera usted, y luego reúnanse con nosotros. Saunders se quitó el sombrero y se abanicó con él.

—¿Así que usted estaba detrás de todo esto? —inquirió casi sonriente—. Yo... estoy sorprendido. Atónito. No me gusta usted doctor Fell. Vamos, señores. No necesita tenerme el brazo, inspector. Le aseguro que no tengo intención de huir.

En la oscuridad creciente, el pequeño grupo se movía hacia el automóvil.

El inspector Jennings volvió la cabeza como sobre un soporte lento.

—Creí conveniente traer unos cuantos hombres, señor —dijo a Fell.

—Usted dijo que el hombre es un homicida —la siniestra palabra, pronunciada en tono indiferente, causó un silencio interrumpido solamente por el pesado andar de muchos hombres. Rampole que venía con Dorotea detrás del grupo, miraba la ancha

espalda del párroco que caminaba con aplomo. El lugar calvo de la cabeza del falso Saunders se destacaba de la pelusilla de cabellos amarillentos. Oyó que se reía...

Pusieron al prisionero en la parte de atrás del coche. Arrellanándose cómodamente, el prisionero suspiró. La palabra *homicida* flotaba aún, débilmente, en los oídos de todos. Saunders parecía saberlo. Les echó una mirada lenta, mientras doblaba y desdoblaba cuidadosamente su pañuelo. Parecía que ajustaba las piezas de una armadura.

—Bueno señores —observó— hablemos como si mantuviéramos una charla amistosa dentro del coche. ¿Cuál es, exactamente, la acusación en contra de mí?

—Por Dios —exclamó Fell, golpeando con admiración un lado del coche—. ¡Eso está bien, Saunders! Usted oyó al inspector. Oficialmente la única acusación es el asesinato de Martín Starberth ¿eh?

—Perfectamente —convino el falso Saunders, asintiendo lentamente con la cabeza—. Me alegro de tener cerca de mí tal grupo de testigos... Antes de que hable yo, inspector, tiene su última oportunidad. ¿Está seguro de que desea continuar el procedimiento?

—Son las instrucciones que tengo, señor.

El otro asintió cortésmente.

—Creo que más bien lo sentirá, entonces. Porque tres testigos —perdón, cuatro testigos—, atestiguarán que hubiese sido absolutamente imposible para mí, matar a mi joven amigo Martín. Y, por supuesto, a cualquier otro.

Sonrióse.

—¿Puedo yo hacer una pregunta ahora? Doctor Fell, usted parece haber provocado todo este... este asombroso procedimiento. La noche en que mi joven amigo... murió, yo estaba en su casa, a su lado, ¿no es así? ¿A qué hora llegué?

El doctor Fell, semejante aún a un rollizo bandido, estaba recostado contra un lado del coche. Parecía divertirse.

—Primera jugada —dijo—. Usted juega un peón en lugar de un rey. Póngase cerca, inspector. Esto me gusta. Usted llegó a eso de las diez y media. Más o menos. Digamos diez y media.

—Permítame recordarle —la voz de Saunders se había puesto algo ronca; pero al instante se suavizó—. Ah, no importa. Señorita Starberth, ¿quiere volver a decir a estos señores, a qué hora su hermano salió de la Residencia?

—Hubo una confusión con los relojes, usted sabe —apuntó Fell—. El reloj del vestíbulo estaba adelantado en diez minutos...

—Perfectamente —dijo Saunders—. Bien, a cualquier hora que su hermano hubiese salido, yo tengo que haber estado en casa del doctor Fell. ¿Reconoce usted este hecho?

Dorotea, que lo había estado mirando con expresión singular, asintió.

—Pues... sí, sí, claro.

—Y usted, señor Rampole. Usted sabe que estuve en lo del doctor, y que no salí

para nada. ¿Usted vió a Martín subir a la prisión con su luz mientras yo estaba allí? ¿Usted vió su luz en la Pieza del Gobernador mientras yo estaba allí? En una palabra, ¿es concebible que yo lo haya matado?

Rampole tuvo que decir que era cierto. No se podían negar los hechos. Todo ese tiempo, él, Rampole, lo había estado viendo; y lo mismo Fell. No le gustaba el aspecto de Saunders. Había mucho de una desesperada hipnosis detrás de la sonrisa de aquel rostro grande, rosado, sudoroso. Lo mismo...

—¿Usted, doctor, admite todo esto, también? —preguntó Saunders.

—Sí, lo admito.

—¿Y que no hice uso de ningún artificio mecánico, de los que se habló algunas veces durante esta investigación? ¿Ninguna trampa mortal por medio de la cual pude haber matado a Martín sin estar yo allí?

—No la había —replicó el doctor. Sus ojos inquietos miraron ahora con firmeza—. Usted estuvo con nosotros todo el tiempo que usted dice. En los breves instantes durante los que estuvo separado del señor Rampole, mientras corrían hacia la prisión, usted no hizo nada. Martín Starberth estaba muerto ya. La actuación de usted fué clara. Y sin embargo, usted con su propia mano mató a Martín Starberth, y arrojó su cuerpo en el “Nido de Brujas”.

Desdoblando su pañuelo otra vez, el párroco se secó la frente. Sus ojos parecían buscar una trampa. La irritación estaba creciendo en él...

—Sería mejor que me soltara, inspector —dijo repentinamente—. ¿No cree que la comedia ha durado demasiado tiempo? O este hombre está haciendo una broma o ...

—Aquí viene Sir Benjamín con el hombre que usted dice que es su tío —observó Fell—. Creo que sería mejor que volviéramos todos a casa. Y entonces, les demostraré cómo lo hizo. Mientras tanto... ¡Inspector!

—¿Señor?

—¿Tiene la orden de allanamiento?

—Sí, señor.

—Mande a sus hombres a hacer un registro en la parroquia. Usted venga con nosotros.

Saunders se movió ágilmente. Tenía los ojos rojizos alrededor de los párpados, y con una expresión como si fuesen de mármol. Conservaba su sonrisa formal.

—Pase —ordenó Fell con mesura—. Me sentaré a su lado. ¡Ah!, a propósito, en su lugar yo no seguiría manipulando con el pañuelo. Su costumbre es muy conocida. Hallamos uno de esos pañuelos en el escondite del pozo, y por cierto se me ocurrió quedas iniciales significaban más bien Tomás Saunders que Timoteo Starberth. La última palabra que dijo éste antes de morir fué *pañuelo*. Se preocupó de que quedara otra pista, además del manuscrito.

Moviéndose como para hacer más espacio, Saunders extendió calmadamente el pañuelo sobre las rodillas, de modo que se vió todo. El doctor Fell rió entre dientes.

—Usted no insiste en que su nombre es Tomás Saunders, ¿no? —preguntó.

Un movimiento de su bastón indicó a Sir Benjamín que se acercara a ellos con el hombre alto y moreno que llevaba una gran valija. Una voz irritada y penetrante llegaba hasta ellos.

—... y qué demonios significa todo esto. Tenía que visitar unos amigos y le escribí a Tomás que no me viniera a esperar hasta el jueves; y él me telegrafió al buque que bajara directamente aquí por un asunto de vida o muerte, y me especificó tren...

—Yo telegrafíé —dijo el doctor—. Lo que hice está bien. Para el jueves nuestro amigo habría desaparecido. Ya había persuadido a Sir Benjamín que lo exhortara a desaparecer.

El hombre alto se paró en seco y echó el sombrero hacia atrás.

—Escuchen —dijo con furia contenida—. ¿Están todos locos, locos del todo? Primero Ben que me habla no sé de qué, y ahora... Y *usted* ¿quién es?

—No, no. La pregunta no es esa —rectificó Fell—. La pregunta es: ¿quién es éste? ¿Es su sobrino?

—¡Mil infiernos! —profirió Robert Saunders.

—Entre en el coche, entonces. Mejor que se siente al lado del conductor y él le dirá.

El inspector subió al coche y se puso al otro lado del párroco. Rampole y Dorotea tomaron los asientos laterales, y Robert Saunders viajó con Sir Benjamín. El párroco observó únicamente:

—Un error puede ser probado, por supuesto. Pero una acusación de asesinato es cosa muy diferente. Ustedes no pueden probarla, ¿verdad?

Se había vuelto pálido. Sentado, con sus rodillas casi tocando las del párroco, Rampole sintió un escalofrío de repugnancia y casi de temor. Los ojos azules y esféricos continuaban fijos y abiertos, la boca colgaba flojamente. Se le oía la respiración. Un silencio de muerte reinaba en el interior del coche. La noche se había cerrado rápidamente y las ruedas parecían chirriar con la palabra “homicida”.

Entonces Rampole vió que el inspector había colocado discretamente su pistola bajo un brazo y que el cañón apuntaba al párroco.

Iban por la pequeña avenida que llevaba a Yew Cottage, entre sacudidas, y Sir Benjamín seguía hablando en el asiento delantero... Acababan de parar delante de la casa cuando apareció Robert Saunders. Estiró su largo brazo hacia adentro:

—¡Tú, sucio canalla! ¿Dónde está él? ¿*Qué hiciste a Toni?*

El inspector lo aferró del puño.

—Calma, señor. Calma. Nada de violencias.

—¿Dice él que es Tomás Saunders? Es un maldito impostor. Él... lo mataré... Yo...

Calmosamente, el inspector Jennings lo empujó, alejándolo de la puerta del coche, cuando ésta se abrió. Todos rodearon al párroco. Con su tonsura y la pelusa de cabellos amarillentos, parecía un santo degradado; trataba de mantener su sonrisa. Lo

escoltaron hasta la casa donde el doctor Fell encendió las lámparas en el estudio. Sir Benjamín empujó al párroco hasta una silla.

—Bueno, ahora... —comenzó.

—Inspector —dijo Fell, señalando con una lámpara en la mano— sería bueno que lo registrara. Tengo idea de que lleva un cinto con dinero.

—¡Vamos! —exclamó Saunders. Levantaba la Voz—. Usted no puede probar nada. Mejor que se abstenga.

Tenía los ojos desmesuradamente abiertos. El doctor Fell puso la lámpara junto a él, lo que hacía brillar el rostro traspurado del párroco.

—No importa, entonces —dijo el doctor en tono indiferente—. No vale la pena, inspector... Saunders, dígame, ¿no quiere confesar?

—No, no me pueden probar nada.

Como si estuviera por sacar papel para tomar nota de la confesión, Fell abrió un cajón de su mesa escritorio. Rampole siguió el movimiento de su mano. Los demás no lo notaron porque estaban mirando a Saunders. Pero éste seguía como fascinado por cada movimiento que hacía el doctor.

Había papel en el cajón. Estaba también la vieja pistola del doctor. Se la veía abierta de modo que se observaban las cámaras, y cuando la luz cayó sobre ellas, Rampole comprobó que había sólo un cartucho en la recámara. Luego cerró el cajón.

Ahora, la Muerte estaba en la habitación.

—Siéntense, señores —invitó Fell. Los ojos ausentes de Saunders estaban aún fijos en el cajón cerrado. El doctor, desde su sitio, echó una mirada a Robert Saunders que estaba de pie, con expresión atontada en su rostro moreno y los puños apretados—. Tomen asiento, señores. Tengo que explicar cómo realizó estos asesinatos, si él no quiere hacerlo. No es un relato agradable. Si usted, señorita Dorotea quiere retirarse...

—Por favor, váyase —susurró Rampole—. Yo iré también.

—¡No! —gritó, y Rampole se dió cuenta de que luchaba consigo misma para contener sus nervios—. ¡Lo he resistido hasta ahora! No me iré. Usted no puede obligarme. Si lo hizo él, quiero saberlo...

El párroco se había serenado aunque su voz era áspera.

—De ningún modo se vaya, señorita Starberth —dijo Saunders con voz resonante—. Usted tiene derecho a oír la historia de este insensato. Él no podrá explicarle —ni él ni nadie— cómo pude estar sentado con él en esta misma casa y al mismo tiempo arrojar a su hermano por el balcón de la Pieza del Gobernador.

El doctor Fell habló con voz tensa y cortante. Dijo:

—Yo no he dicho que usted lo arrojó desde el balcón. De ningún modo fué arrojado desde allí.

Hubo un silencio. Fell se recostó contra la repisa con un brazo extendido a lo largo de ella, y los ojos entrecerrados. Continuó pensativamente:

—Hay varias pruebas de que él no fué arrojado. Cuando ustedes lo hallaron, yacía

sobre el lado derecho y tenía fracturada la cadera derecha. Pero su reloj, en el bolsillo correspondiente del pantalón estaba, no sólo indemne sino, que seguía andando perfectamente. Una caída desde cincuenta pies... era imposible ¿no? Ya volveremos a este reloj.

—Por otra parte, la noche del asesinato llovió copiosamente. Para ser precisos, llovió un instante antes de las once hasta exactamente la una. A la mañana siguiente, cuando fuimos a la Pieza del Gobernador encontramos *abierta* la puerta de hierro que daba al balcón. ¿Lo recuerdan? Martín Starberth fué, presumiblemente, asesinado unos diez minutos antes de medianoche. La puerta, presumiblemente también, estaba abierta entonces y abierta quedó. Debemos suponer que durante una hora la copiosa lluvia estuvo dando contra esa puerta. Ciertamente lo hizo contra la ventana, un espacio mucho menor y casi taponado de hiedras. A la mañana siguiente vimos grandes charcos de agua de lluvia en el piso bajo la ventana. *Pero ni una gota de agua en el piso junto a la puerta*; allí el piso estaba seco, y hasta polvoriento.

—Dicho de otro modo —prosiguió Fell lentamente— la puerta no había sido abierta hasta después de la una, luego que había cesado la lluvia. No la había abierto el viento; es tan pesada que apenas se la puede mover. Alguien la abrió después, en plena noche, preparando el escenario.

Otra pausa. El párroco estaba sentado, rígido y derecho. La luz revelaba movimientos espasmódicos bajo sus pómulos.

—Martín Starberth eran gran fumador —siguió exponiendo Fell—. Estaba asustado y nervioso y ese día fumó constantemente. En la espera a que debía someterse no es aventurado suponer que habría fumado más aún... Una cigarrera llena y fósforos fueron encontrados sobre él. Ni una sola colilla de cigarrillo había en el piso de la Pieza del Gobernador. —El doctor hablaba con toda calma. Y como si su relato le hubiese recordado algo, sacó su propia pipa.

—Sin embargo, era indudable que había estado *alguien* en la Pieza del Gobernador. Y precisamente es aquí donde los planes del criminal fallaron. Si hubieran salido según lo previsto, no habría habido necesidad de aquella carrera desenfrenada a través del prado, cuando la luz se apagó. Habríamos aguardado, y luego al no verlo volver hubiésemos hallado el cuerpo de Martín después de un intervalo prudente. Pero —observen esto como lo ha hecho el señor Rampole— *la luz se apagó con una anticipación de diez minutos*.

—Ahora bien, fué una suerte que el criminal, al fracturar la cadera de Martín para simular una caída, no rompió el reloj. Andaba, y además con exactitud. Supongamos, sólo como hipótesis, que realmente Martín hubiese estado cumpliendo la ceremonia en la Pieza del Gobernador. Terminada aquélla, hubiese apagado su luz y vuelto a la casa. *Él* hubiese sabido a las doce menos diez que todavía no era hora de irse. Pero ¿y si no era él el que hacía la vela sino un sustituto, y éste tenía el reloj adelantado diez minutos...?

Sir Benjamín se levantó de su asiento como un hombre que busca a tientas.

—Herbert... —dijo.

—Sabíamos que el reloj de Herbert estaba adelantado exactamente en diez minutos —dijo el doctor—. Mandó a la criada a arreglar el reloj del vestíbulo; pero como notase que era un error dejó los relojes como estaban. Y mientras Herbert hacía la guardia en lugar de su primo, demasiado asustado para cumplirla, Martín estaba ya tendido en el “Nido de Brujas” con el cuello roto.

—Pero no comprendo aún cómo... —comenzó Sir Benjamín y se interrumpió perplejo.

El teléfono sonó tan repentinamente que todos dieron un salto.

—Debe ser para usted inspector —sugirió Fell—; probable mente son sus hombres que llaman aquí desde la parroquia.

Saunders se había puesto de pie. Sus mandíbulas carnosas parecían las de un perro enfermo. Comenzó a hablar: “¡El atropello más absurdo! ¡Lo más...!”, de un modo que resultaba horrible, como si parodiara su voz usual. Y luego, tropezando contra su propia silla quedó sentado otra vez.

Oían al inspector Jennings hablando en el vestíbulo. Y luego volvió al estudio con el rostro aún más inexpresivo.

—Todo está terminado, señor —dijo al doctor Fell—. Bajaron al sótano. La motocicleta está hecha pedazos, enterrada allí. Hallaron una pistola *Browning*, un par de guantes de jardinero, unas valijas llenas de...

Sir Benjamín dijo, incrédulo:

—¡Tú, cerdo...!

—¡Un momento! —gritó el párroco. Se había vuelto a poner de pie, y movía las manos como si arañase alguna puerta—: ustedes no saben... no saben nada... son sólo suposiciones, parte de...

—Yo no sé *esto* —gritó con voz aguda Robert Saunders—, y me he mantenido quieto bastante tiempo. Quiero saber qué ocurrió con Tomás. ¿*Dónde está?* ¿Lo mató usted? ¿Cuánto hace que simula ser él?

—¡Murió! —dijo el otro desesperadamente—. No tuve nada que ver en eso. Murió. Juro por Dios que no le hice nada. Yo deseaba únicamente vivir tranquilo y respetado, y ocupé su lugar... —movía las manos en el aire, sin dirección—. Oigan. Todo lo que pido es un momento para pensar. Sentarme y cerrar los ojos. Me han tomado tan de repente... Escuchen. Escribiré la historia, toda la historia, que ustedes no sabrían nunca si no lo hago. Ni siquiera usted, doctor. Si me siento aquí, ahora, y escribo, ¿me prometen detener el procedimiento?

Parecía casi un muchacho grande que hacía pucheros. Mirándolo con ojos penetrantes, dijo el doctor.

—Creo que puede dejarlo, inspector. No se irá. Y usted puede caminar por el prado, si quiere.

El inspector Jennings permaneció impasible.

—Las instrucciones de Sir William, señor, son las de cumplir lo que usted

disponga. Muy bien.

El párroco se enderezó. Otra vez pareció que imitaba lúgubrementemente sus propios ademanes habituales.

—Hay... ah... otra cosa solamente. Debo insistir para que el doctor Fell me explique ciertas cosas, como puedo explicar otras a ustedes. Recordando nuestra pasada... amistad, ¿tendrá la bondad de sentarse conmigo un momento cuando se vayan los demás?

Casi se escapó una protesta de los labios de Rampole. Iba a decir: “¡Hay un revólver en ese cajón!”, cuando notó que el doctor lo miraba. El lexicógrafo encendía su pipa con aire indiferente junto a la chimenea y por encima de la llama del fósforo sus ojos, mirando de soslayo, pedían silencio.

Estaba ya casi oscuro. El inspector y Sir Benjamín tuvieron que conducir fuera del estudio a Robert Saunders enfurecido y amenazador. Rampole y la muchacha se dirigieron al vestíbulo en penumbra. Lo último que vieron fué al doctor encendiendo todavía su pipa, y a Tomás Saunders que levantando la cabeza y con aire indiferente se dirigía hacia el escritorio...

La puerta se cerró.

Capítulo XVIII

DECLARACIÓN

6.15 p. m.

Para el inspector Jennings o a quien corresponda:

He oído toda la historia de labios del doctor Fell y él ha escuchado la mía. Estoy completamente sereno. Se me ocurre vagamente que se supone que en los documentos legales debe asentarse “en su sano juicio”, pero espero se me disculpe si no sigo la fórmula consagrada. Verdaderamente, no la conozco. Permítaseme tratar de ser franco. Me será fácil serlo, tanto más cuando una vez que haya terminado de escribir me dispararé un tiro. Por un momento tuve la intención de disparar sobre el doctor Fell mientras conversábamos hace unos minutos. Pero no había más que un proyectil en la pistola. Cuando le apunté con ella, hizo un gesto como de una cuerda puesta alrededor de su cuello; y reflexionando comprendí fácilmente que esta honrosa salida es mejor que la horca, de modo que guardé el arma. Odio al doctor Fell, lo confieso sinceramente, porque me descubrió, pero debo pensar en mi bien, antes que en cualquier otra cosa, y no tengo el menor deseo de ser ahorcado. Dicen que es muy doloroso y yo no pude nunca soportar el dolor don fortaleza.

Permítaseme decir, para comenzar —haciéndome justicia—, que el mundo me trató de una manera ruin. No soy criminal; soy hombre de educación y méritos; una adquisición, creo, para toda comunidad donde actúe. Esto, en parte, fué mi consuelo. Mi verdadero nombre lo reservaré, ni diré mucho de mi pasado para eludir las averiguaciones; pero es verdad que en cierta época fui estudiante de teología. Mi expulsión de cierto seminario se debió a circunstancias infortunadas, tales como implican el hecho de un joven de naturaleza robusta y sana al que la mística no ha hecho insensible a las seducciones de una bella muchacha. Niego hasta hoy haber robado dinero o haber tratado de que la culpa recayera sobre otro compañero.

Sin comprender, mis padres me negaron su apoyo. Ya entonces no pude menos que creer que el mundo trata indignamente a sus mejores hijos. En una palabra: no pude obtener ningún empleo. Mi capacidad era suficiente para progresar si yo hubiese tenido *oportunidad*, pero no encontré sino ocupaciones manuales. Pedí dinero a una tía (ha muerto ya: *in pace requiescat!*); anduve por el mundo, conocí la pobreza, sí, hasta tuve hambre un día y me cansé. Ansiaba establecerme, tener comodidades, vivir respetado, usar mi capacidad y disfrutar de la holgura.

En un buque que llegaba de Nueva Zelandia, hace algo más de tres años,

me encontré con el joven Tomás Audley Saunders. Me dijo que por influencias de un cierto Sir Benjamín Arnold, un viejo amigo de su tío, al que el sobrino no conocía, había obtenido para él esta nueva y espléndida situación. Como estoy versado en teología me convertí en su amigo durante el largo viaje. Poco después de llegar a Inglaterra el pobre muchacho falleció. Y fué entonces cuando se me ocurrió el plan. Yo desaparecería y un nuevo Tomás Saunders aparecería en Chatterham. Yo no temía que se me descubriese. Conocía su historia lo bastante para reemplazarlo. En cuanto a su tío nunca salía de Auckland. Tenía naturalmente que mantener alguna correspondencia, pero escribiendo a máquina mis no muy frecuentes cartas y ensayando la firma de Saunders que figuraba en su pasaporte, hasta que la imité perfectamente, estaba a salvo de cualquier sospecha. Se había educado en Eton, pero hizo sus cursos de seminario y teología en el colegio de San Bonifacio, en Nueva Zelandia, y era poco probable que me encontrara con algún viejo amigo.

La vida, aunque agradable y familiar, no era muy animada. Yo era un caballero, pero —como cualquier otro— deseaba ser un caballero rico y alegre. Tenía, no obstante, que contener mis impulsos a fin de que mis sermones fueran verdaderamente instructivos y sinceros; y afirmo con orgullo que llevé limpiamente las cuentas de la parroquia, y que solamente una vez, en un caso de grave necesidad, cuando una muchacha sirvienta del condado amenazó con un escándalo por abuso, las alteré. Pero yo soñaba con una vida más alegre: por ejemplo, vivir en hoteles del continente atendido por sirvientes, y de cuando en cuando una aventura de amor. Conversando con el doctor Fell me enteré de que lo sabe casi todo. Había extraído las mismas deducciones del diario del Viejo Antonio Starberth (que Timoteo tuvo a bien mostrarme) que el doctor Fell hizo tres años después. Inferí que debía haber valores ocultos en el pozo del “Nido de Brujas”. Si eran convertibles —joyas u oro en barras— ahora podría yo renunciar y desaparecer.

No insistiré en esta parte. La casualidad, la *vil* casualidad, interfirió de nuevo. ¿Por qué permite Dios tales cosas? Yo había hallado el escondite y quedé encantado al ver que eran piedras preciosas.

Conocía de antes un hombre de confianza en Londres, un revendedor que podía venderlas muy satisfactoriamente en Amberes... Me disgusta la palabra *revendedor* que empaña lo que algunos han llamado la pureza *addisoniana*^[25] de mi prosa; pero dejemos eso... Digo pues que encontré las piedras y que prudentemente su valor se podía calcular en unas cinco mil libras.

Era (lo recuerdo claramente) la tarde del 18 de octubre cuando hice este descubrimiento. Mientras estaba de cuclillas en el escondite contemplando la caja abierta que contenía estas piedras, y cubriendo la luz para que no la vieran desde el exterior, me pareció que había oído un ruido afuera, en el

pozo. Tuve apenas tiempo de ver la cuerda que se balanceaba y una delgada pierna que desaparecía de la boca de la abertura, y oí la risa inconfundible de Timoteo Starberth. Seguramente había notado algo extraño en el pozo. Había descendido y me había visto, y ahora subía a reírse. Puedo agregar aquí que él había alimentado siempre la más incomprensible antipatía, o más bien odio, contra la iglesia y todas las cosas santas, y a veces lindaba su actitud con la blasfemia. De todas las personas era él quien más podía dañarme. Aunque no hubiera descubierto mi hallazgo (y ciertamente lo había hecho) su regocijo al encontrarme ocupado en esto arruinaba todas mis esperanzas.

Aquí debo señalar un rasgo curioso de mi propio carácter. Hay ocasiones en que parecería que pierdo totalmente el control sobre mis actos reflejos y en las cuales se diría que siento placer causándome sufrimientos físicos. Ya de pequeño había enterrado conejos vivos y arrancado las alas a las moscas. En mi edad madura esto sucedió en ciertos actos extraordinarios, que me cuesta recordar y trato de ocultar, y que a menudo me han espantado... Pero, continuemos. Lo encontré parado al borde del pozo, esperando que yo saliera. Sus ropas de equitación chorreaban agua. Se doblaba de risa y su barba le tocaba la rodilla. La preciosa caja la llevaba yo oculta en la chaqueta; en la mano tenía la pequeña barra.

Mientras continuaba riéndose casi me había vuelto la espalda. Asesté el golpe. Y luego del primero continué golpeándolo después que estaba en el suelo. No puedo jactarme de que en aquel momento mi plan estuviera muy madurado, pero entonces había tomado forma y resolví sacar provecho de la leyenda de que los Starberth morían con el cuello fracturado. Le rompí el cuello con la barra de hierro y cuando había oscurecido lo arrojé en un matorral, haciendo que su caballo quedara cerca.

Se comprende fácilmente mi terror cuando más tarde y ya calmado, supe que no sólo no estaba muerto sino que deseaba verme. El doctor Fell me ha dicho hace unos momentos que este hecho fué el que primero le inspiró sospechas contra mí: a saber, que Timoteo Starberth me hiciera acudir hasta su lecho, y que habláramos solos. La natural agitación después de esta conferencia (agitación que apenas podía ocultar) no escapó a los ojos del doctor Fell. En una palabra, el señor Starberth me dijo lo que el doctor Fell nos explicó el otro día, es decir su plan de depositar una exposición de mi crimen en la bóveda de la Pieza del Gobernador, de modo que una prueba del crimen pendiera sobre mi cabeza durante tres años. Cuando le oí decir esto no supe qué hacer. Se me ocurrió estrangularlo pero hubiera gritado y yo habría sido apresado al instante. Y pensé que en tres años yo encontraría algún medio para frustrar su propósito. Cuando volví adonde estaban los otros cuidé de sugerirles que el anciano estaba loco, a fin de evitar qué en un momento de descuido me descubriera antes de morir.

No es preciso que explique aquí los muchos planes que elaboré para apoderarme del papel. Quedaron en nada. En vez de poder renunciar y abandonar Chatterham, ahora me encontraba atado de pies y manos. Cierto que en tres años podía poner mucha tierra entre Lincolnshire y yo, pero una razón abrumadora me hacía desistir.

Si yo desaparecía se realizaría una investigación sobre Tomás Saunders, de la que resultaría inevitablemente que el verdadero Tomás Saunders había muerto, a menos, claro está, que cada vez que investigaran yo me presentase y detuviese la acción. Si yo hubiese estado libre de esta acusación por asesinato que me amenazaba desde la bóveda de la Pieza del Gobernador, me podía presentar; podía pasar sencillamente por Tomás Saunders que había renunciado a su parroquia. Pero si era Tomás Saunders el fugitivo —como lo seré siempre— entonces se sabría lo que había ocurrido al verdadero Tomás Saunders de Auckland y se me creería culpable de crimen contra él. En cualquiera de los dos casos, si yo desapareciera entonces, tendría que hacer frente a una acusación por asesinato. La única solución era robar de algún modo de la bóveda, el documento fatal.

Por lo tanto me dediqué a lograr la confianza del joven Martín antes de que partiese para América. Creo que puedo decir, sin que merezca el cargo de jactancioso, que mi poder de atracción es suficiente para hacer un fiel amigo de cualquiera que yo me proponga. Lo hice con Martín que aparte de ser algo engreído y caprichoso, era un joven de lo más simpático. Me habló de las llaves para llegar a la bóveda, de las condiciones y de todo lo referente a sus obligaciones en la víspera de cumplir sus veinticinco años. Yo en aquel tiempo, hará unos dos años, estaba nervioso. A medida que transcurría el tiempo, notaba por las cartas que me escribía desde América que su temor había llegado a ser patológico (si puedo decirlo así), y vi que podía aprovechar este temor y la conocida admiración de Herbert por Martín, su brillante primo. Naturalmente que mi propósito era apoderarme del papel; era desgracia que tuviera que matar a Martín para hacerlo —la verdad es que me gustaba mucho Martín—, y como corolario, incluir la muerte de su primo Herbert, pero como se verá, mi posición era muy precaria.

He indicado ya que mi plan se basaba en el temor de Martín y en la devoción de Herbert, pero había un tercer factor. Ambos jóvenes eran sorprendentemente parecidos en complexión y apariencia general. A cierta distancia se podía *confundir* fácilmente el uno con el otro.

Entrando en su confianza yo expuse mi combinación. No sería necesario que Martín se sometiera a los terrores de esa guardia. La noche de ella, inmediatamente después de la cena, irían a sus respectivos cuartos; y para evitar el peligro de que alguna persona fuera a ver a alguno de ellos y se descubriera el cambio, Martín debía ordenar que nadie fuera a verlo. Herbert

debía vestirse con la ropa de Martín y éste con las de su primo. Para no perder tiempo cuando estuviera terminada la guardia (sugerí), Herbert debía poner en una valija ropa suya y de Martín y dársela a éste, que la pondría detrás del asiento de la motocicleta de Herbert. Inmediatamente después partiría en la moto, por un camino por detrás de la casa para la parroquia. A la hora debida Herbert partiría para la Pieza del Gobernador, llevando las llaves y cumpliendo las instrucciones tradicionales de los Starberth.

Como se comprende, esto es lo que yo les *dije* a ellos. Mis propios planes eran diferentes, pero ya los veremos. A las doce en punto Herbert debía salir de la Pieza del Gobernador y Martín, habiendo ya cambiado su ropa en la parroquia y regresado, debía estar ya esperándolo con la motocicleta, en el camino, delante de la prisión. Entonces Herbert entregaría a su primo las llaves, la lámpara y la prueba escrita de que había cumplido su guardia y Martín volvería a pie a la Residencia. Herbert tomaría la motocicleta, fría a la parroquia, cambiaría de ropa y también regresaría, aparentemente luego de una excursión por la campaña, a fin de calmar sus nervios, durante la prueba de su primo.

Innecesario es decir que mi propio plan era: Primero, proporcionarme una coartada absolutamente invulnerable; y, segundo, arreglar las cosas de modo que el asesinato de Martín pareciese obra de Herbert. Con este fin toqué fuertemente los resortes del orgullo familiar, que en sí es un sentimiento admirable. Sugerí que aunque se violase la letra estricta de la tradición, se preservase su espíritu. Herbert abriría la caja que estaba en la bóveda, *pero no examinaría su contenido*. Debía, en cambio, poner todo en su bolsillo y entregarlos a Martín cuando se encontraran a medianoche delante de la prisión. Volví. De regreso en la Residencia, Martín lo examinaría sin prisa. Si, a la mañana siguiente, el señor Payne protestaba de que se hubiese sacado de la caja de hierro algo que no se debía, Martín podía disculparse verosímilmente achacándolo a confusión. Confusión que de cualquier modo era inofensiva ya que confirmaba que se había cumplido el propósito de la prueba, es decir, que había pasado su hora prescrita en la Pieza del Gobernador.

Lo que tenía que hacer yo, estaba claro. Cuando Martín llegara a la parroquia, no más tarde de las 9 y 30, sería eliminado allí. Lamentaba no poder hacer indolora su muerte; pero con un golpe con una barra de hierro quedaría inconsciente, y entonces su cuello sería fracturado y le ocasionaría otras heridas. Entonces lo llevaría, sin provocar ninguna sospecha, hasta el “Nido de Brujas” y lo pondría al pie de la muralla. El almanaque pronosticaba tiempo oscuro y lluvioso, lo que resultó una profecía exacta. Luego de esto iría a lo del doctor Fell. Como yo había sugerido previamente que nos reuniéramos para vigilar la ventana de la Pieza del Gobernador, me pareció

que era imposible asegurarse una coartada más segura.

Cuando —a media noche— se extinguiera la luz en la Pieza del Gobernador, a la hora exacta, la inquietud de los observadores se calmaría sin dificultad. Llegarían a la conclusión de que Martín había salido sano y salvo de la prueba. Un momento después me iría. Yo sabía que Herbert esperaría pacientemente delante de la prisión todo el tiempo que yo quisiese, ya que aguardaba a su primo; y no quería ser visto. Cuanto más demorase yo tanto mejor sería. Cuando saliese de lo de Fell dejaría mi auto y me reuniría con Herbert. Le diría que durante mi ausencia su primo se había emborrachado (cosa que se podía creer con toda facilidad por la conducta anterior de Martín) y que era necesario que me acompañase allá a fin de hacer que Martín pudiese andar antes que su hermana se alarmase.

Con las llaves, la lámpara y el contenido de la caja de acero, volvería conmigo a la parroquia. No había necesidad de subterfugios en este caso; una bala bastaría. Más tarde, durante la noche, yo volvería sin peligro a la prisión y me aseguraría de que Herbert no hubiera pasado por alto alguna cosa. Yo había tratado de hallar un motivo para hacerle abrir la puerta del balcón, pero temí despertarle algún recelo y determiné hacerlo yo mismo.

En cuanto a los sucesos materiales apenas es necesario relatarlos. Sin embargo, en un detalle (que indicaré) mis cálculos fallaron. Creo que puedo decir que mi serenidad me salvó de una situación de peligro. El *azar* solamente me derrotó. Herbert fué visto por el mayordomo cuando ponía las ropas en la valija: era señal de fuga. Martín —a quien ellos confundían con Herbert— fué visto cuando iba en la motocicleta por una callejuela trasera: otro signo de fuga. Ocurrió también que la señorita Starberth fué al vestíbulo (caso imprevisto) cuando Herbert, personificando a Martín, salía de la casa. Pero lo vió sólo de espaldas a distancia y con una *luz* dudosa; cuando fué interpelado murmuró simplemente algo entre dientes simulando ebriedad, y así evitó que lo reconociera. Ninguno de los dos fué, en ningún momento, interpelado o visto cuando tomaba la representación del otro. Cuando Budge llevó la linterna al cuarto de Martín, donde esperaba Herbert, no la dió a nadie, como él observó; simplemente la dejó fuera de la puerta. Cuando Budge iba a buscar la linterna de la bicicleta, vió a Martín (era en plena noche) que se alejaba.

Aplicé procedimientos letales contra Martín. Confieso que tuve vacilaciones al hacerlo, pues él me estrechaba las manos casi llorando y dándome las gracias por haberlo liberado de los terrores que más temía. Pero le asesté repentinamente un golpe cuando se inclinaba sobre la botella, y me sentí animado y dispuesto. Pesaba muy poco. Se me considera hombre muy fuerte y no tuve la menor dificultad. Una callejuela que pasa por detrás de Yew Cottage, me llevó a las cercanías de la prisión; acomodé el cuerpo bajo el

balcón y al lado del pozo, y volví a lo del doctor Fell. Aunque había coqueteado con la idea de hacer que los hierros del pozo lo atravesaran, para producir un detalle más realista y dar fuerza mayor a la vieja historia de la muerte de Antonio, desistí de ella por parecerme un retoque *demasiado* perfecto, una confirmación *demasiado* estudiada de la maldición de los Starberth.

Ahora mi único temor era que Herbert saliese de la casa sano y salvo. Sin querer hablar mal del muerto, creo que puedo decir que era hombre lerdo, tosco, nada rápido para pensar en momentos de emergencia. Hasta le había costado trabajo comprender mi plan y tuvo con Martín varias discusiones acaloradas y casi desagradables... Sea como sea, el doctor Fell me dice que mientras estaba esperando en el jardín el toque de las once, me excedí. Mi nerviosidad y mi pregunta un tanto extemporánea “¿Dónde está Herbert?” en el instante crítico de la esperable hicieron cavilar un poco, pero me atrevo a recordar que había atravesado un período, de tensión emotiva y no se podían esperar sino manifestaciones de esa clase.

Y ahora hablemos de otro esfuerzo de la casualidad, baja y diabólica, para causar mi perdición. Me refiero, por supuesto, los diez minutos de diferencia en los relojes. Por un tiempo me preocupó el misterio: si Herbert había llegado a la Pieza del Gobernador casi al toque de las once de la *hora verdadera*, cómo luego había apagado su luz diez minutos antes de lo debido, y así precipitado casi la catástrofe. Pero, lamento decir que vi anticipada la respuesta a mis preguntas, cuando el doctor Fell interrogó a los sirvientes en la casa de Starberth. Herbert tenía su reloj adelantado. Pero mientras aguardaba en el cuarto de Martín fue natural que mirara el reloj que estaba allí. Ordenó a la sirvienta que arreglara todos los relojes y dió por cierto que ella lo había hecho. En el cuarto de Martín había un gran reloj con la hora exacta, cosa que observó el doctor Fell. Por eso Herbert salió de la Residencia a la hora exacta. Pero en la Pieza del Gobernador no tenía sino su reloj, por lo cual salió antes de tiempo.

En este punto, no por falla de mi previsión sino debido puramente a la *casualidad*, el joven americano (por el que siento alto respeto) había llegado a un estado crítico de tensión nerviosa. Decidió lanzarse a través del prado. Traté de disuadirlo; hubiese sido fatal que se encontrase con Herbert que salía de la prisión, y hubiera resultado mi desastre. Por lo que viendo que era imposible detenerlo, lo seguí. La vista de un eclesiástico corriendo bajo la lluvia, sin sombrero, como un muchacho que retoza en el campo, no dejó de llamar la atención del doctor Fell, pero otras cosas me urgían en esos momentos. Y vi lo que yo había esperado y que no era sino natural... Él corría hacia el “Nido de Brujas” y no hacia la puerta de la prisión.

Y luego tuve un rasgo de inspiración del cual no puedo jactarme porque es

una parte de mi carácter y no desarrollo consciente. Vi cómo este peligro podía ser convertido en ventaja. Corrí —como era natural en un hombre que estuviese desprevenido de todo— hacia la puerta de la prisión. Había prevenido mucho a Herbert de que, aunque debía mostrar su luz a la *ida*, debía absolutamente ocultarla cuando, saliera; alguien podía ver su encuentro con Martín y hacerse preguntas.

Todo sucedió con una sincronización que no puedo considerar sino como debida a mi previsión. Un poco por la lluvia y otro poco por la oscuridad, el americano se extravió, y tuve amplio tiempo para encontrarme con Herbert. Me aseguré de que llevaba el documento. Le dije brevemente, en medio de la tormenta y la oscuridad, que había calculado mal (¡invención profética!) que estaba diez minutos adelantado y que Martín estaba todavía en la parroquia. Agregué que los observadores parecían desconfiar y que andaban en derredor nuestro. Debía regresar a prisa a la parroquia, a pie y haciendo un rodeo. Yo temía de veras que dejase ver su luz, y se la quité de la mano, pensando librarme de ella arrojándola en el bosque. Pero otra chispa de inspiración me sugirió un plan mejor. Salvo en los momentos en que brillaba un relámpago, el americano no podía ver nada. En consecuencia aplasté la linterna con el pie y cuando corría a reunirme con él la dejé caer, sencillamente, cerca del muro. En tales momentos críticos es cuando el cerebro nos sorprende con la rapidez y delicada complejidad de sus concepciones.

No tenía ahora nada que temer. Herbert iría a pie. Era imposible que el americano no hallase el cuerpo de Martín, pero si no lo hallaba, yo lo haría. Y como además yo tenía el único coche a mano en esos instantes, sería enviado a Chatterham a buscar el doctor o la policía. Tendría tiempo de anticiparme a Herbert en la parroquia.

No necesito decir que las cosas resultaron así. Tuve una tarea sobrehumana esa noche, pero me había dispuesto fríamente; y ahora que había matado a Martín, este hecho, por un estímulo inexplicable, me hubiese impulsado a hacerlo con otra docena. Antes de llegar a la casa del doctor Markley (tal como lo dije al jefe de policía) hice un alto en la parroquia, con toda naturalidad, para tomar mi impermeable.

Me había demorado unos momentos y apenas si me anticipé por un instante a Herbert. Habría sido más prudente acercarme y disparar sobre él a quemarropa para producir menos ruido; pero la parroquia está aislada y no hay peligro de que se oiga un disparo de revólver; hasta me pareció más elegante mantenerme lejos y herirle en medio de los ojos.

Me puse entonces mi impermeable y volví a la prisión llevando al doctor Markley.

Para la una habíamos terminado todo. Tenía pues varias horas antes de que aclarase, para completar mis cosas. Nunca me he sentido tan impulsado a

ordenar y asear todo, como uno se complace en limpiar y arreglar un cuarto. Podía haber ocultado el cuerpo de Herbert —al menos momentáneamente— en el sótano donde había ya puesto la bicicleta, la valija y ciertos implementos que había usado con Martín. Pero debía ir a acostarme con la casa, por así decirlo, barrida y adornada. Por otra parte quería que la muerte de Martín señalara a su primo y no debía descuidar ningún *azar*.

Todo lo que hice, lo hice esa noche. No fué cosa fatigosa ya que el cuerpo era muy liviano. Conociendo tan bien el camino ni siquiera me hizo falta luz. Tantas veces había hecho caminatas solitarias por la prisión, de pie sobre sus muros (y me temo, visto con frecuencia), de pie, digo, sobre sus muros —recorriendo sus históricas galerías con una cita apropiada en los labios— que podía andar con los ojos vendados. Con las llaves de los Starberth en mi poder tenía acceso ahora a la Pieza del Gobernador. Largo tiempo estuve dudando si la puerta al balcón había estado alguna vez con llave o no. En todo caso (como he indicado) podía estar sin *ella*. Puse la llave y la hice girar. Mi plan fué completado. Otra cosa. A la caja de acero que contenía los documentos la arrojé posteriormente al pozo. Lo hice porque todavía recelaba (más aún, temía) la diabólica astucia de Timoteo, a quien yo matara. Temía otro documento, acaso algún compartimiento secreto; y quería estar seguro.

Me causa gracia recordar que anoche casi me atrapan. Comencé a sospechar de tantas conferencias en casa de Fell, y debidamente armado, me puse a vigilar. Alguien trató de interceptarme el paso y disparé; me tranquilicé al saber hoy que era Budge, el mayordomo. Anteriormente en esta narración dije que sería franco: retiro ahora esa promesa. Hay algo que no diré, aunque sé que dentro de unos momentos debo aplicar un arma a mis sienes y apretar el gatillo. A veces, en la noche, he visto rostros. Anoche me pareció que veía uno también y por un instante, quedé aterrado. No hablaré de ello. Cosas así confunden la lógica sutil de mis planes. Esto es lo que puedo decir.

Y ahora, señores que leerán esto, casi he terminado. Mis transacciones con mi amigo el vendedor de diamantes han sido realizadas —no demasiado a menudo para no despertar sospechas— durante años. Yo estaba preparado. Cuando a modo de remate de las agresiones de la mala suerte, recibí una carta en que *tío* me avisaba que venía a visitar Inglaterra luego de diez años, lo tomé con tranquila resignación. En una palabra: estaba cansado, había luchado durante demasiado tiempo. De modo que difundí por todo el condado las nuevas de que venía mi tío; como subterfugio rogué a Sir Benjamín que fuera a recibirlo, sabiendo que rehusaría y que insistiría en que fuese yo en su lugar. Yo habría desaparecido. Durante tres años he meditado tanto sobre el azar y las malas pasadas que juega a los hombres, que ya no me parecía esencial una vida llena de seguridad.

El doctor Fell ha tenido a bien dejarme su pistola. No quiero usarla

todavía. El hombre tiene mucha influencia en Scotland Yard...

Se me ocurre ahora que debí haber hecho fuego sobre él. Con la muerte tan próxima, creo que soportaría la idea de ser ahorcado con tal de que faltasen algunas semanas. La lámpara no tiene luz para mucho y me hubiese gustado matarme de un modo más distinguido, con un ademán adecuado y ropas más convenientes.

La facilidad que he tenido en mis sermones escritos parece abandonarme. ¿He blasfemado? Un hombre de mis dotes, me digo a mí mismo, no podría razonablemente hacerlo, desde que mis principios —aunque yo no esté ordenado ni ello sea posible— eran de lo más ortodoxos. ¿En qué consistía la falla de mis planes?, pregunté al doctor Fell. Por ese motivo quería verlo. Sus sospechas contra mí se convirtieron en certidumbre cuando yo, en un momento de excesiva audacia, dije, para desviar cualquier duda que tuvieran, que en su lecho de muerte Timoteo Starberth había acusado a uno de su propia familia de ser su asesino. Fui audaz, pero lógico. Si hubiese tenido una oportunidad en esta vida, una oportunidad para mis brillantes —brillantes— dotes, *yo sería* un gran hombre. Me cuesta dejar la pluma porque después debo tomar la otra cosa.

Odio a todos. Aniquilaría al mundo si pudiera. Ahora debo dispararme un tiro. He blasfemado. Yo, que secretamente no he creído en Dios, ruego, ruego... Dios, ayúdame. No puedo escribir más; me siento mal.

TOMÁS SAUNDERS

No se disparó el tiro. Cuando abrieron la puerta del estudio, lo vieron temblando, con la pistola cerca de su sien, pero sin ánimo para apretar el gatillo.

FIN



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gastón Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

Notas

[1] Prólogo completo de Salvador Bordoy Luque para la edición del Tomo I de sus “Novelas escogidas” publicadas por Aguilar que recoge estas obras: *Con guantes de acero*, *Sangre en el espejo de la reina*, *Los crímenes de la viuda roja*, *Los crímenes del unicornio* y *La Policía está invitada*. <<

[2] Ingenuidad. En francés en el original, (*N. del T.*) <<

[3] Famosa cerveza inglesa. (*N. del T.*) <<

[4] Canción escandinava que narra la historia de *Alviss*. <<

[5] Variedad de cerveza inglesa. <<

[6] *Supernaugulum*: echar sobre la uña la gota que quedaba en el vaso luego de apurado. Los términos se referían a actitudes y gestos al beber que demostraban capacidad y resistencia. <<

[7] De la Biblia. (*N. del T.*) <<

[8] Del pueblo de Londres. (*N. del T.*) <<

[9] Poeta inglés. <<

[10] Escritor inglés. <<

[11] “Mi puerta que se puede abrir con una palabra, como los cuarenta ladrones de Scheherazade”. En francés en el original. (*N. del T.*) <<

[12] *Gallows*, en inglés singular y plural. (*N. del T.*) <<

[13]

*¿Cómo se llamaban los moradores de Lyn-dun?
La historia de Troya narrada por el Gran Homero
Patria del Sol de Medianoche
Dime lo que mata a todo hombre.*

*Contra ella ha tropezado humano pie
¡Oh, ángel que lleva una espada!
En el huerto en que oró Nuestro Señor,
¿Quién umbríos astros y temores vierte?*

*En este lugar se eleva la blanca Diana;
Aquí Dido fué despojada...
Donde en cuatro hojas crece la fortuna
Este, Sur, Oeste ¿dónde es la izquierda?*

*El Corso fué vencido allí
¡Oh madre de todo pecado!
Encontrad un verde igual al nombre de Shiretown
¡Encontrad la cárcel de Newgate y venced!*

<<

[14] *Nine days' wonder*: maravilla o asombro ele nueve días. Refrán inglés que significa noticia sensacional y efímera. (N. del T.) <<

[15] Célebre canción del poeta escocés Burns. (*N. del T.*) <<

[16] *Fenman*, habitante de Lincolnshire. <<

[17] *Death*, en inglés. <<

[18] *Stone*, en inglés. <<

[19] *Ithuriel*, alude al ángel con una espada del *Paraíso Perdido* de Milton. <<

[20] *Getsemaní*, lugar en que Jesucristo sufrió el martirio. <<

[21] *Find*, en inglés. <<

[22] *Sing*, primeras sílabas de *signet*, sello. <<

[23] *Find signet in...*, buscar sello en... <<

[24] *Well*, en inglés. <<

[25] Addison, estilista, inglés. <<